



FALTAN MÁS

43 voces por Ayotzinapa



Sociedad de Estudiantes
de El Colegio de México

A las víctimas

FALTAN MÁS

43 voces por Ayotzinapa



Sociedad de Estudiantes
de El Colegio de México

ÍNDICE

Colaboradoras..... 9

Presentación..... 11

Voz

Bertha Nava Ramírez..... 19

Plática con don Tomás..... 27

Mi nombre es Marissa Mendoza..... 33

Julio César Mondragón Fontes: sobrino..... 43

Mi nombre es Cuauhtémoc Mondragón Fontes..... 55

Mi nombre es Teófilo Raúl Mondragón Cruz..... 65

Julio César Mondragón Fontes: hermano..... 73

Recordando a Julio César Mondragón Fontes..... 81

Crimen y Estado

La tragedia de Iguala y la fragmentación criminal..... 97

Puntadas para una historia del narcotráfico
en Guerrero..... 105

Las flores del mal

Narco, minería y neoliberalismo..... 119

Ayotzinapa: nos faltan más de cien mil..... 129

¿Qué revelaron los hechos de Iguala?..... 135

¿Un Estado delincuente?	
Reflexiones sobre Ayotzinapa.....	141
Fue el estado, es el estado y será el estado.....	145
Ignominia que obliga a ver.....	153
Ayotzinapa. Debilidad, captura del Estado mexicano, y una ciudadanía en ciernes.....	159

Verdad e historia

La “verdad histórica” es problemática.....	169
Ayotzinapa y la verdad.....	175
Ayotzinapa y la verdad de estado.....	183
Ayotzinapa. El discurso y la máscara del Estado.....	189
El dominio de la verdad.....	197
Los archivos de la represión en México: reclamos por una justicia inacabada.....	201
Guerrero, un cementerio histórico.....	215
Madera e Iguala: la lógica de exclusión del sistema político mexicano.....	223
Breve recuento de las voces de Ayotzinapa.....	227

Movilización y experiencia colectiva

Ayotzinapa: The events that shook the Mexican youth.....	241
¿Por qué casos como los de Ayotzinapa y Tlatlaya fueron visibilizados y originaron movilización social en ciertos grupos de la sociedad?.....	249
Sin la acción, nuestro futuro es cierto.....	255
¿Cómo nos movieron los 43?.....	261
Nuestros futuros maestros: entre la paternidad y la violencia de género.....	271
Decepción de nosotros.....	277
Nuestro trabajo.....	283

Trazos por Ayotzinapa.....	291
Bibliografía.....	295

COLABORADORAS

Compilación: Josemaría Becerril, Nayeli García, Wendy Medina, Lorena Rodas, Gerardo Sánchez, Israel Solares, Abraham Trejo.

Edición: Mariana Arellano, Josemaría Becerril, Saúl Espino, Fidel García, Nayeli García, Alejandra Pérez, John Rueda, Gerardo Sánchez, Israel Solares, Abraham Trejo.

Textos: Sergio Aguayo, Mariana Arellano, Ishita Banerjee, Josemaría Becerril, Ilán Bizberg, Saúl Bravo, Clementina Chávez, Elvira Concheiro, Ana Fernández, Guillermo Figueroa, Johan García, Nayeli García, Manuel Gil, Saúl Hernández, Carlos Inclán, Ignacio Lanzagorta, Erick Limas, Claudio Lomnitz, Alfredo López Austin, Wendy Medina, Lorenzo Meyer, Reynaldo Ortega, Ana Palacios, Marco Palacios, David Palma, Camilo Pantoja, Rodrigo Peña, Enrique Rajchenberg, Lorena Rodas, Gerardo Sánchez, Israel Solares, Abraham Trejo, Raúl Zepeda.

Ilustraciones: Gonzalo Fontano, Raúl Mono, Leo Monzoy, Rodrigo Padilla, Rodrigo Rosas, Francisco Torres Beltrán.

Diseño Editorial: Alejandra Pérez.

PRESENTACIÓN

En mayo de 2015, la recién formada Sociedad de Estudiantes de El Colegio de México decidió hacer un libro conmemorativo a ocho meses del asesinato de 3 compañeros normalistas y de la desaparición de 43 compañeros más, perpetrados la noche del 26 de septiembre de 2014. Para lanzar la convocatoria y gestionar la elaboración de la obra se conformó un Comité Organizador.

La primera acción que logramos fue contactar al Comité de Padres de los normalistas durante #43x43 Encuentro cultural por Ayotzinapa, celebrado afuera del Palacio de Bellas Artes los días 26, 27 y 28 de junio de este año. A partir de ese acercamiento y de la relación que establecimos con algunas de las madres¹ de los 43 y con la familia de Julio César Mondragón, se delineó la estructura del libro y se planeó una jornada de análisis y testimonio en torno a los hechos de Iguala.

Consideramos fundamental abrir un espacio para la reflexión y el testimonio de las víctimas en formato de libro, pero también estimamos necesario invitarlas a nuestro Colegio y refrendar la relación de solidaridad activa que se ha expresado a lo largo del año transcurrido desde los hechos.

La presente antología de textos es un esfuerzo contra el olvido de los trágicos hechos de septiembre de 2014 que nos marcaron

¹ El plural femenino se usa como el genérico en esta presentación.

como ciudadanas, como jóvenes y como estudiantes. Tanto el libro como el evento organizado han buscado dar voz a las víctimas. La jornada a un año de los hechos de Iguala, formada por tres mesas, tuvo lugar el 9 de septiembre de 2015 en la sala Alfonso Reyes del Colmex y fue transmitida en vivo desde la página web de la institución. Contó con la presencia de especialistas en derechos humanos y desaparición forzada, con el testimonio de las familiares de los desaparecidos y caídos la noche del 26 de septiembre y con el apoyo de la comunidad de El Colegio de México: alumnas, profesoras y autoridades.

Los textos que forman parte de la presente antología provienen de tres distintas convocatorias. En primer lugar, los que conforman la parte inicial del libro, I) “Voz”, son el resultado del trabajo con las familiares de los normalistas caídos. Esta sección recoge siete entrevistas y una plática con las familiares de Julio César Ramírez Nava y Julio César Mondragón Fontes. A la fecha, seguimos buscando comunicación con las familiares de Daniel Solís Gallardo. El acercamiento con las familias de los caídos se logró gracias al colectivo El rostro de Julio, dedicado a la exigencia de memoria, verdad, justicia y reparación de los daños causados por la muerte de Mondragón Fontes, y al Comité de Padres de los 43, cuya demanda principal, la aparición con vida de sus muchachos, se ha mostrado incansable ante los intentos del Estado mexicano de desgastar y olvidar su movimiento.

En forma paralela al trabajo con las familiares de las víctimas, realizamos dos convocatorias a la comunidad de El Colegio de México. En ambas llamamos la atención a la necesidad de reflexionar en forma colectiva y exigir justicia para detener la revictimización y para que no se repitan más los sucesos que se han vuelto cotidianos en México. Esta situación es agravada por la violencia y ausencia de justicia que impera en muchas regiones de México. Estos textos conforman las secciones II) “Crimen y estado”, III) “Verdad e historia”, y IV) “Movilización y experiencia colectiva”.

Una de estas convocatorias fue abierta y se dirigió a estudiantes de nuestra comunidad académica. En ella enfatizamos nuestras capacidades y compromiso ético como académicas sociales para aportar a la reflexión y con miras a solucionar los problemas nacionales. De esta manera las invitamos a contribuir con textos breves sobre Ayotzinapa que hablaran sobre una lista de temas que propusimos, sin ser restrictiva y que invitaba a incluir más temas relacionados: normales rurales en México, violencia, narcotráfico, sistema de justicia, inseguridad, historia de Guerrero, *guerra sucia*, desaparición forzada y movimientos sociales. De los textos recibidos se incluyeron doce, que se encuentran repartidos en distintas secciones.

La segunda convocatoria consistió en invitaciones a académicas de la planta docente de la institución y a algunas de otras universidades. En esta invitación les propusimos a nuestras interlocutoras una serie de preguntas que fuesen guía del texto, que nos entregaron en el formato de su elección. Cada una de las autoras fue libre de elegir una o varias de las siguientes preguntas: ¿Qué revelaron los hechos de Iguala ocurridos el 26 y 27 de septiembre de 2014 dentro del contexto nacional?; ¿qué opina de las reacciones que existieron en el gobierno, la sociedad civil, y otros actores ante el caso Ayotzinapa?; ¿cuales considera que podrían ser las soluciones a los problemas planteados por el caso Ayotzinapa? Catorce de los textos de esta antología provienen de dichas invitaciones.

Finalmente, convocamos a ilustradoras a participar en la elaboración gráfica de la antología, quienes colaboraron con un total de seis imágenes distribuidas a lo largo del libro. Adicionalmente, ocho integrantes de la Sociedad de Estudiantes por fuera del Comité participaron en la edición final de los textos y una diseñadora se encargó de la formación completa de la antología de manera solidaria.

En total, el libro es el resultado del trabajo de 43 personas, entre autoras, diseñadoras, editoras y compiladoras. Agradecemos a todas las que participaron directa o indirectamente en esta antología y

lamentamos no haber podido incluir todas las colaboraciones recibidas. Les agradecemos a las madres de los normalistas la confianza otorgada a este comité y a ustedes lectoras por difundir, comentar y discutir los textos que aquí presentamos.

Comité Organizador,
Sociedad de Estudiantes de El Colegio de México



VOZ

BERTHA NAVA RAMÍREZ

Mamá de Julio César Ramírez Nava, uno de los tres muchachitos que cayeron masacrados ese día 26 para amanecer el 27

Nayeli García

Doctorado en Literatura, CELL

El Colegio de México

@nayegasa

Pues ese día, como saben, para nosotros ahí quedamos estancados, para nosotros no transcurren días, minutos, segundos, para nosotros quedamos ahí, para nosotros no hay vida, a pesar de a 9 meses ya casi los 10 y pues aquí estamos, para nosotros seguimos en la misma, seguimos, este, en esta lucha, seguimos en busca de justicia, en busca también de una respuesta que el gobierno aún no nos la tiene, una respuesta que queremos y se la hemos exigido día a día.

DÑOÑA BERTHA CONVERSA CON NOSOTROS EL 18 DE JULIO DE 2015 en el rincón zapatista del D.F., después de la presentación del libro *Pensamiento crítico frente a la hidra capitalista* que recoge los trabajos de un seminario de reflexión y análisis organizado por el EZLN. Apenas le quedan unos minutos pues, recién llegada de Chilpancingo, se dirige a un evento en solidaridad con la comunidad de Xochicuautla contra la construcción de la autopista Naucalpan-Aeropuerto de Toluca. Están con ella su esposo, Tomás Ramírez, y Erick, alumno vigente de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa. Bertha se ha unido a todas las caravanas que puede para difundir los hechos de Iguala y exigir justicia, la lucha por los desaparecidos es lo que la mantiene en pie.

Queremos saber también por qué también se ensañaron con estos muchachitos y por qué aún se siguen ensañando con los alumnos que sobreviven en la Escuela Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa, por qué siguen tratándolos como delincuentes cuando saben bien que no lo son, cuando saben bien que los delincuentes son el ejército, son federales, son militares, son estatales y municipales, ¿por qué se siguen ensañando con ellos y ahora también con los padres de familia?

Bertha es originaria del lugar donde nació Lucio Cabañas, un pequeño pueblo llamado El Paraíso. Ubicado en la sierra de Guerrero, en el municipio de Atoyac de Álvarez cerca de Chilapa. El Paraíso tiene una minoría hablante de lenguas indígenas. Los abuelos de Julio César hablaban español y *mexicano*, pero no lo utilizaban con su familia. Emigraron a Tixtla cuando Bertha tenía apenas 8 meses: “Desde entonces yo no sé de ninguno otro lugar más, que no sea Tixtla”. Julio César nació allí. De los tres hijos de Bertha y Tomás, Julio César fue el único que decidió entrar a estudiar para maestro normalista, siguiendo el consejo de su primo Saúl, que intentó ingresar a la Raúl Isidro pero no pasó el curso propedéutico de la semana de prueba. El 30 de septiembre de 2014, a unos meses de haber iniciado el ciclo escolar, los familiares de Julio reconocieron su cadáver.

Todo eso queremos saber, sabemos que tres personas que ahora tienen en la cárcel y a más sabemos más, ahora tres personas les dicen que ellos fueron los que mataron a estos muchachitos, ¿cómo es posible matar a 43 y que haigan sido tres personas?, ¿cómo pudieron haberlas subido?, ¿cómo pudieron haberlas matado? Y al revés, porque también ellos mismos se cuatrapean, dicen mentiras cuando dicen que son muchachos, que ya no aguataron, que llegaron muertos en las camionetas, ¿cómo es posible?, ¿por qué?, ¿por qué decir eso y después decir que ya arriba en el risco los mataron con un balazo en la cabeza?, ¿dónde está la verdad?, ¿a dónde está la verdad de tanta mentira que dicen? Pues ya ellos mismos ya no saben qué van a decir, pero nosotros queremos las respuestas. Queremos pruebas contundentes. Queremos saber por qué también los atacaron, por qué se ensañaron con ellos.

La versión oficial del Estado mexicano sobre los hechos de Iguala es que miembros del cártel Guerreros Unidos asesinaron e incineraron en el basurero de Cocula a los 43 estudiantes desa-

parecidos. El exprocurador general de la república, Jesús Murillo Karam, dio a conocer el 7 de noviembre de 2014 esta versión del crimen perpetrado. Desde ese día se anunció que había varias personas detenidas por los seis asesinatos cometidos en Iguala, así como por el secuestro de los estudiantes y su entrega al grupo de sicarios. Tres de ellas se declararon culpables de haber asesinado a los 43 estudiantes y de haber quemado sus restos. Sin embargo, hay pruebas de que esta versión de los hechos es científicamente imposible.

Pues mi muchacho er..., es, para mí, porque asegún lo sigo sintiendo vivo, porque si están sus compañeros por allá perdidos siento que él anda con ellos y hasta el día que él regrese o hasta el día que nos entreguen pruebas contundentes de que sí que lo mataron, entonces quizá mi cerebro diga que también él está muerto y que es que ya no va a regresar.

El hecho de que 43 compañeros de Julio César sigan ausentes no le permite a doña Bertha hacer el duelo por el asesinato de su hijo. El crimen del que fue víctima Julio César se perpetúa cada día por la desaparición forzada de los demás normalistas. El hijo de Bertha tuvo una misa de cuerpo presente en la catedral de la virgen de la Natividad, su cortejo fúnebre fue encabezado por la banda de guerra Halcones dorados de Ayotzinapa, y su velorio se organizó en el patio central de la Isidro Burgos. Desde ese momento, Bertha decidió irse a vivir a la ENR para apoyar a las familias de los normalistas desaparecidos.

Mi hijo tenía grandes necesidades, ver que ya su madre ya no ande trabajando, porque decía él: “Mamá, tú ya trabajastes mucho, ahora yo —dice—, yo voy a trabajar para comprar un terrenito, para hacerte una casita, mamá”. No, hijo —le digo— yo no quiero casas, yo no quiero nada material— le digo— yo te

quiero a ti, que estés bien, que tú te prepares para ti, no para mí. Que el día de mañana cuando yo en realidad lo necesite, cuando estas manos —le digo— que han trabajado toda la vida por ti ya no puedan funcionar para agarrar un plato y lavarlo, entonces es cuando sí te voy a querer tu ayuda. “No, mamá —dice—, desde ahora”. Pero, pues, pasó esto. ¿Cómo hacemos?

Las pocas veces que Bertha habla en singular ocurren siempre que recuerda su vida con Julio. Reproduce las palabras de su hijo. Recita largas conversaciones de cuando todavía pasaba el tiempo para ella, cuando Julio César estaba vivo. El muchacho quería ser licenciado en Educación Primaria para alfabetizar y enseñarles sus derechos a los niños de las poblaciones rurales dedicadas a la siembra y el cultivo en Guerrero. La superación del normalista consistía en ayudar comunidades como la suya. Con pesar, Bertha aceptó que su hijo se internara en Ayotzinapa para respetar sus deseos. Cuando le preguntamos sobre su propia vida, Bertha nos cuenta que sólo se dedicaba al cuidado de su familia porque las secuelas de un viejo accidente le impedían dedicarse a otras labores.

Dice el dicho estoy, este, estoy armada por mi pellejito que me está uniendo los huesos, que si no ya me hubiese desarmado, no sabemos ni qué, dónde estaría yo y pues, eh, sus ganas de mi muchacho de superarse, les digo.

La primera vez que Julio intentó entrar a la Normal, fue rechazado. Sin embargo, al año siguiente volvió a concursar por la matrícula y finalmente fue aceptado en la generación 2014. Al principio Bertha no quería que su hijo entrara en el internado de Ayotzinapa porque ya no se iban a ver con frecuencia. Todas las mañanas, Julio César y su madre conversaban y trabajaban juntos en tareas sencillas, platicaban mucho. Ella sabía que su hijo tendría que salir de la casa a buscar hacer su propio camino.

Y dijo él que sí, que se iba a aventar, pero pues ya casi a los últimos días decía: “Ay mamá, yo ya me choca estar encerrado acá”. Porque él es como un gorrioncito. No le gusta estar cerrado. En la escuela ahí, deben estar encerrados ahí hasta que terminan su semana de prueba. Y él era de los que les gustaba andar libre, salir todas las tardes a hacer este, jugar futbol, basquet, ir a correr.

Doña Bertha no ha querido recibir atención psicológica porque dice que perdería claridad mental. Para ella, la única cura será encontrar a los 43 estudiantes desaparecidos. Aunque reconoce la muerte de su hijo y sabe que él no está desaparecido, Bertha ha decidido abrazar esta lucha contra la desaparición forzada y las ejecuciones extrajudiciales en nuestro país.

Y es para mí, como que si ellos, si mi hijo anduviera ahí con ellos. Aunque yo no le vea la carita, pero para mí es como verlos ahí, ver ahí a miijo. Y así va a ser. Mientras estos chiquillos... Ahorita este niño que vino conmigo es también de los que pasaron esa prueba tremenda. Aquella masacre. Aquel 26 para amanecer 27. Tienen que salir y yo los quiero ver. Que se gradúen. Pase lo que pase.

Desde el momento en que Bertha reconoció el cadáver de Julio César, el tiempo se rompió para ella. Empezó ese momento interminable en que vive una víctima que no encuentra justicia. En la cabeza de doña Bertha se suceden conversaciones imposibles entre ella y su hijo. Encontrar justicia para sus compañeros es una forma de dejar ir a Julio: su duelo depende del hallazgo de los desaparecidos. El gobierno ni siquiera ha cumplido el acuerdo de pagar la sepultura de Julio César: tuvo que enterrarse en el espacio dedicado para su abuelita, que cedió el lugar.

Y me dijeron... Di muchos datos de mi hijo. Di señas de él. Y me decían: “No tía, no es su muchacho, es otro muchacho. No se preocupe él está bien. Él anda por allá con sus compañeros”. Y pues no. “Nada más que queremos que vaya a reconocer a un muchacho que está allá, pero no sabemos quién es su mamá”. Le digo: Sí —le digo— vamos. Pero yo estaba tranquila. Jamás pensé yo que era mi muchachito que estaba allí acostadito con sus ojitos cerrados. Yo hubiese querido que me hubiese dicho: “Mamá, ya llegaste. Me perdí, no pude llegar a la casa. Qué bueno que ya llegaste”. Pero nunca abrió su boquita. Nunca abrió sus ojitos. No pude ni abrazarlo. No lo pude ni despedir. Tanto tiempo... Ver a mi niño, tanto tiempo compartir con él y ahora que ni siquiera eso me pude despedir de mi hijo. Se siente feo. Verlo ahí con sus ojitos cerrados. Cuando la última vez que lo vi estaba contento y lleno de vida. No. Esto es lo que vive uno día a día. Para nosotros es lo mismo. No hay, no avanza los días. Es el mismo tiempo. La misma fecha. No puede uno avanzar los meses, los días, los segundos. No hay avance de nada. Nosotros seguimos ahí.

PLÁTICA CON DON TOMÁS

Papá de Julio César Ramírez Nava

Abraham Trejo

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@ibrahimterror

NAYELI, WENDY, ISRAEL Y YO PLATICAMOS CON DOÑA BERTHA Nava y don Tomás Ramírez en el Rincón Zapatista el pasado sábado 18 de julio, después de la presentación del libro *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*. Cuando Wendy y yo nos acercamos a platicar con don Tomás, le preguntamos si nos dejaba grabar la conversación mientras le hacíamos algunas preguntas sobre la relación que llevaba con su hijo asesinado la noche del 26 de septiembre del año pasado. Con su primera respuesta nos propuso amablemente que debíamos hablar con su esposa Bertha, pues en la familia es ella quien está al tanto del caso Ayotzinapa. Le insistimos que nos interesaba escuchar su experiencia de los últimos 10 meses. Fue en ese momento cuando confesó excusándose que aquella era la tercera ocasión que salía a pedir justicia por la muerte de su hijo Julio César Ramírez Nava. Escuchar su experiencia nos hizo entender la compleja situación en la que se encuentran las víctimas del caso Iguala y cómo es que estas personas se han involucrado en este movimiento que exige justicia, más por necesidades personales que por el contexto político o incluso social y económico que atraviesa el país. Escribo este texto breve con las notas que hice al llegar aquella noche a mi casa.

Don Tomás Ramírez es el mayor de doce hermanos, tiene 57 años y es originario de Tixtla, Guerrero. La historia de su vida, tal y como la recordó aquella tarde, está lejos de ser la de un activista político o social comprometido con una conciencia de clase, con fines de derrumbar el capitalismo imperialista, o de desquebrajar al Estado mexicano y las alianzas políticas y económicas que lo sostienen. Su participación en el movimiento de los familiares de los 43 debe entenderse como mecanismo para sobrellevar el duelo y, a la vez, como un reclamo propio y legítimo de justicia por la muerte de uno de sus cuatro hijos: Julio César Ramírez Nava.

Don Tomás y doña Bertha son padres de cuatro hijos, tres hombres y una mujer: el más chico tiene dieciocho y recién egresó del Conalep; el que seguía era Julio César, quien tenía veintitrés; el mayor de los varones tiene treinta y dos y es mecánico automotriz; la mayor de los cuatro hermanos tiene treinta y tres, es ama de casa y su esposo es policía. Al mencionar este último dato, don Tomás sonrió y aclaró que su yerno es un policía bueno.

Don Tomás platica que vivió parte de su infancia “debajo de unas escaleras” en la Escuela Normal de Ayotzinapa, donde tenía una tía normalista. Nos platica que llegó a vivir ahí porque siendo huérfano andaba por la vida como un “vago”; luego aclaró que sí tenía padres, pero como lo golpeaban decidió tomar otros rumbos lejos de aquella casa. Durante su relato, don Tomás insistió en denominarse como un vago: vivió en la Ciudad de México y en Guadalajara durante varios años. Sin embargo, esa migración del campo a la ciudad no se tradujo en ascenso social pues lleva veinticinco años trabajando como albañil. En la Ciudad de México, don Tomás vivió en Vallejo donde, al tiempo que trabajaba para sobrevivir, estuvo en contacto con adictos a las drogas y el alcohol. Aquella tarde de julio, don Tomás platicó que en el último trabajo que tuvo en Vallejo tenía que hacer chicharrón de harina pero decidió dejarlo e irse de la ciudad porque no le pagaban, “sólo [le] daban de comer”.

Julio César Ramírez Nava era alto y fuerte, recuerda su papá; a modo de auto explicación nos dice que quizá por eso lo dejaron ahí tirado. Admite, sin embargo, no tener explicaciones de por qué se ensañaron con su hijo. A Julio César, como a su padre, le gustaba jugar fútbol: el padre en la posición de portero y el hijo como defensa. “Éramos muy buenos”, respondió sonriendo cuando le pregunté qué tal eran jugando. Don Tomás nos platica que en 2014 fue la segunda ocasión que Julio César intentó ingresar a Ayotzinapa y que se interesó en estudiar ahí por influencia de su primo Toño, quien egresó este 2015 de la Normal Rural “Raúl

Isidro Burgos”. Don Tomás no oculta sus lágrimas cuando habla de su hijo y nos muestra sus expectativas truncadas en él: “cuando un hijo entra a una escuela es porque va salir”.

Durante la plática que dio aquella tarde en el Rincón Zapatista, don Tomás expresó en un par de ocasiones, y luego en la charla que sostuvimos con él, su convicción de que para los pobres no hay justicia. Esta afirmación y el recuento de sus vaivenes en la vida, particularmente en Vallejo, me hacen recordar la excusa con la que acompañó su confesión de que aquella ocasión era la tercera que salía a exigir justicia: anteriormente había enfrentado su duelo con el alcohol. El Grupo de Investigadores Expertos Independientes (GIEI) documenta en su Informe sobre el caso Ayotzinapa las distintas maneras en que los familiares de los 43 normalistas desaparecidos han enfrentado “el dolor y los impactos individuales y en la dinámica familiar” de su desesperante situación; una de esas maneras es el alcoholismo (GIEI, 2015: 261).

Asimismo, el informe del GIEI reconoce la importancia de la movilización de los familiares de los normalistas desaparecidos y muertos aquella trágica noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre del año pasado. No solamente por su incidencia política nacional e internacional, sino como espacio de sociabilidad en tanto que ha permitido la colaboración, el trabajo común y la organización de los familiares en una causa común: que aparezcan sus muchachos (GIEI, 2015: 293 y 304). En este sentido, la incorporación de doña Bertha Nava y recientemente de don Tomás Ramírez en la movilización general que demanda la aparición con vida de los 43 normalistas puede entenderse como ese espacio en donde sus frustraciones y duelo cobran un sentido.

Don Tomás nos recuerda que antes del 26 de septiembre de 2014 eran pobres pero felices. Hoy, por la fuerza de las circunstancias se encuentran inmersos en una movilización capaz de articular los discursos de lo podrido que existe en el país, en especial en los distintos niveles del Estado mexicano: desde las narco alianzas que

sostienen gobiernos a nivel local en Guerrero hasta la simulación en el sistema de justicia a nivel Federal. Sin embargo, las agencias del Estado mexicano han enmarcado como “revoltosos” a quienes participan de las complejas e intensas relaciones que suceden al interior de estos movimientos colectivos. Esta victimización secundaria forma parte del ejercicio de la justicia según la situación de clase que don Tomás nos refirió en la plática.

Frente a este panorama, necesitamos asumir nuestra responsabilidad de las injusticias que evidenciamos. Es necesario hacernos preguntas más elaboradas, desde las ciencias sociales, que indaguen las formas complejas en que se construye el Estado mexicano, pero sobre todo la forma en que ejerce su poder y, paradójicamente, se sostiene a pesar de los serios cuestionamientos a su legitimidad. Es necesario apelar al sentido común, inteligencia y participación de la ciudadanía para encontrar salidas a los problemas que el caso Iguala ha alumbrado.

MI NOMBRE ES MARISSA MENDOZA

Soy esposa de Julio César Mondragón, el chico desollado en los hechos de Iguala el pasado 26 de septiembre

Nayeli García

Doctorado en Literatura, CELL

El Colegio de México

@nayegasa

Israel Solares

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@irrealsolares

¿Y si me hacen llorar?

ES LO PRIMERO QUE PREGUNTA MARISSA, JOVEN VIUDA DE JULIO César, antes de iniciar la entrevista. Ha aceptado platicar con nosotros el 28 de junio de 2015, último día de actividades del mitín de 43 horas a nueve meses de los hechos ocurridos el 26 y 27 de septiembre en Iguala, Guerrero.

El Encuentro cultural 43x43 por la justicia y la memoria se llevó a cabo en diversas carpas localizadas en la explanada del Palacio de Bellas Artes, donde se reunieron familiares de los desaparecidos y los asesinados durante los hechos de Iguala con artistas, académicos, activistas y miembros de la sociedad civil para hacer un ejercicio de memoria común y exigir justicia.

Tras una larga jornada de actividades políticas y culturales, el mitin está finalizando cercado por la interminable fila de los asistentes a la más reciente exposición del Palacio. Una misa se oficia en el templete principal mientras Marissa conversa con nosotros en una de las carpas instaladas para alojar a los familiares.

—Y ¿dónde se conocieron?

—Yo lo conocí... Yo soy egresada de una Normal Rural.

Marissa proviene de una comunidad de Tlaxcala y al igual que su difunto esposo, fue estudiante de una Escuela Normal Rural. Se graduó en 2012 de la ENR exclusiva para mujeres Licenciado Benito Juárez, fundada en 1938 en Panotla, Tlaxcala. Como el resto de las normales rurales del país, la de Panotla ha tenido que luchar para seguir existiendo. Poco tiempo antes de la entrevista, el 24 de junio, en plenos exámenes finales, las normalistas de Tlaxcala hicieron un paro estudiantil de dos días para exigir respeto al sistema de internados, a la matrícula de 342 alumnas, al Comité

y a la Organización Estudiantil y para exigir el mantenimiento de las instalaciones, conforme a los acuerdos firmados el 11 de septiembre de 2014 con las autoridades de la Secretaría de Educación Pública.

En unos minutos iniciará el último acto programado del mítin: la presentación del grupo de danza de la ENR Isidro Burgos de Ayotzinapa. Los bailarines, todos hombres, ejecutan las danzas sin parejas, hay música norteña, tapatía y huasteca. Cuando era estudiante, Marissa participaba en el grupo de danza de su ENR, que se presentaba en celebraciones y programas de otras normales rurales. El primer encuentro entre Marissa y Julio fue precisamente en una de esas presentaciones: el grupo de baile de Panotla fue convocado para festejar el 83 aniversario de la ENR Lázaro Cárdenas del Río, ubicada en Tenería, Estado de México y fundada en 1927.

Entonces cuando nos mandaron al aniversario, que se encuentra precisamente en el Estado de México, en Tenería, como está muy cerca de donde Julio vivía con su familia, está a diez minutos. Entonces yo lo conocí ahí porque, después de todas las participaciones que tuvimos, eh, al final del aniversario había baile ¿no? Entonces, pues él estuvo ahí. De la cual, pues me lo presentaron como una persona extraña, diferente para mí.

Pasaron casi dos años para que Julio César y Marissa se reencontraran en redes sociales. Cuando en 2012 Julio César la agregó en Facebook, él estudiaba en un Tecnológico del Estado de México la carrera de Administración con su hermano Lenin, y ella vivía en el Distrito Federal, donde compartía departamento con una compañera de generación. Poco antes de egresar de la Normal, Marissa había presentado un examen de oposición y había ganado una plaza para trabajar un turno en una escuela de la capital del país. Durante ese tiempo, Julio viajaba de Tenancingo al Distrito para estar con Marissa.

En el 2012 yo empiezo a tener contacto nuevamente con él, vuelvo a repetir, por redes sociales. Entonces ya, él iba y venía, como amigos, que duramos aproximadamente como medio año y ya después empezamos a salir y de ahí fue todo el tiempo que duramos, que no fue mucho, como un año.

Marissa y Julio César decidieron vivir juntos en 2013. Él se mudó a la Ciudad de México y buscó trabajo como guardia de seguridad en la terminal de autobuses de Observatorio en turnos completos de 24 horas por 24. Algún tiempo después, la pareja se embarazó. Los meses siguientes, Marissa y Julio comenzaron a pasar un fin de semana en Tlaxcala y un fin en Tenancingo, visitando a las dos familias, y se dieron cuenta que el dinero no les alcanzaría para los gastos que se vendrían.

Para la bebé. Entonces [Julio] decide cambiarse, pero antes de cambiarse decide, primero pensar qué va a ser de su vida, porque él tenía ya la idea de meterse a estudiar. Dónde, no tenía en la mente fija, ¿no?, la idea. Entonces se queda, aproximadamente, quince o un mes aproximadamente sin trabajar, después se vuelve a meter a trabajar en el centro comercial de Santa Fe igual de guardia de seguridad, y decide: “¿Sabes qué? Voy a estudiar en Ayotzinapa”.

Dado que Julio César había sido expulsado de la ENR de Tenerife y no había logrado ingresar a la ENR Vasco de Quiroga en Tiripetío, Michoacán, la opción más viable para entrar a una normal rural era concursar por un lugar en la ENR Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, Guerrero. La entrada de Julio César a la Normal implicaría, desde luego, estar lejos de su familia y Marissa se opuso a la decisión.

Porque, de hecho, le reiteraba yo muchas veces: “¿Por qué no vuelves a intentar en Tenerife?”, que es la escuela que está muy

cerca de su casa, que lo volviera a intentar, que a lo mejor y sí se quedaba. “No, ya no me van a dar oportunidad, en primera por la edad y en segunda porque soy expulsado, ya no me van a dar oportunidad de que yo regrese”.

Las familias de ambos aprobaron la decisión de seguir estudiando de Julio César, pero Marissa no quedó conforme. Después de una semana de curso propedéutico, Julio César regresó agotado por las pruebas que los aspirantes de todas las ENR deben pasar. Marissa conocía muy bien el proceso de selección, pues había experimentado uno muy similar en Tlaxcala y, al ver a Julio en malas condiciones, le insistió en que reconsiderara.

Y Julio muy aferrado: “No, que el ya, el estar ahí y el haber pasado el examen la semana de prueba fue un gran reto, y ahora que lo eche a la basura, pues no”. Entonces, definitivamente no quiso y dijo que iba a seguir hasta el final. Dice: “Yo voy a regresar con un papel en la mano”.

El curso propedéutico está diseñado como una semana de adaptación a la vida en la ENR. La mayoría de las actividades está relacionada con labores campesinas: arar la tierra, sembrar, cosechar, lavarle a los animales, entre otras. Los aspirantes deben acostumbrarse a la vida de los internados y estar dispuestos a comer, dormir, trabajar y estudiar en las instalaciones de sus escuelas; así como a hacer las actividades necesarias para el difícil mantenimiento de las ENR, por ejemplo, recaudación de fondos por medio de boteos públicos, tomas de casetas y extracción de gasolina.

Cuando Marissa ya estaba en días, Julio César pidió permiso en Ayotzinapa para acudir a Tlaxcala por dos semanas, para acudir al nacimiento de Melisa. Quince días más tarde, pidió un nuevo permiso para ausentarse de la escuela y registrar a la bebé en Tenancingo. Lenin, hermano de Julio, acudió como testigo al

registro, pero los funcionarios encargados del trámite les pidieron un documento, firmado por el delegado de Tecamatlán, que acreditara que Marissa y Julio César llevaban viviendo juntos cinco años ahí. Desilusionado de no poder registrarla en Tenancingo, Julio César pidió unos días más para registrar a su hija en Tlaxcala, donde el trámite fue más sencillo. “Y sí, fue menos problema que en el Estado. La registramos, la dejó registrada. Prácticamente vuelve a regresar y ya de ahí jamás lo vuelvo a ver.”

Una semana antes de los sucesos del 26 de septiembre Marissa perdió contacto con Julio. La comunicación se restableció tres días después: Julio le llamó a Marissa desde el celular de un compañero de Ayotzinapa y le contó que su celular se había extraviado, al parecer alguien se lo robó mientras el teléfono se cargaba.

Entonces, con ese número era con el que yo me comunicaba con él. Donde el día 26, que fue viernes, a mediodía me dice que estaba haciendo actividades, de lavarle a los animales en el espacio donde estaban, y que más tarde iban a salir a actividades, y dice: “Yo te mando mensaje por cualquier cosa”. Entonces ya dejamos de mensajearnos. Hasta como las 6 de la tarde o 7 donde me dice: “¿Sabes qué?, estamos camino a Iguala vamos a secuestrar autobuses, tenemos que secuestrar tantos autobuses para irnos a la marcha del 2 de octubre; pero te tengo una buena noticia, ese día, después de la marcha, me han autorizado quedarme en el Distrito por quince días, entonces sí conviene ir, van a ir a hacer una actividad”. Le digo: No pues sí, está súper bien —le digo— pero pues te hubieses venido este fin de semana, porque tenía planes de venir ese fin de semana. Entonces me dice: “Si me voy, nada más me dieron permiso [de] salir hoy viernes y regresarme el domingo a las 6 de la mañana”, entonces así. Entonces, ya pensando las cosas, si él hubiese venido no le hubiese pasado todo esto ¿no? No hubiese vivido todo ese momento de terror. Y ya, de ahí, me dijo que estaba en Iguala, que habían

empezado a dispararles. Me dijo que les estaban disparando y que los habían, me dijo que: “Lamentablemente, ya mataron a uno” y que pues, lo único que él quería era no estar ahí, ¿no? Entonces yo le dije que huyera, que se escondiera, que saliera de ese lugar. Donde él me contesta y me dijo que no podía, porque estaban ahí sus compañeros y tampoco podía dejarlos solos. Entonces yo le digo: No, es que ya no veas por tus compañeros, ve por ti, piensa que tienes una hija. Pues no, dijo que no, que él iba a estar en todo momento ahí, apoyar a sus compañeros hasta donde se pudiera. Y las últimas palabras que yo recibí de él fue: “Cuida a mi hija, porque pues aquí las cosas se están poniendo difíciles y probablemente pueda perder la vida. Dile que la quiero mucho, cuídala, en todo momento”.

Marissa no supo más de Julio. Esa noche Melisa tampoco pudo dormir, estaba muy inquieta: “Pues dicen que los bebés sienten, ¿no?”. En la tarde del día siguiente, buscando información, encontró en las redes sociales la foto de un cadáver con el rostro desollado.

Al principio que yo vi la imagen sí me aterroricé, qué está pasando. No identifiqué en el primer momento a Julio, después de que yo observé por varios minutos la imagen, supe que era él. Entonces hablé con mis papás y les dije lo que estaba pasando. Y ellos trataban de consolarme, me decían: “No, tranquila, no es él”.

Marissa estaba convencida de que era él, de que se trataba de Julio, era su ropa. Al principio la familia de Julio no lo creyó. Decidió ir a Guerrero para confirmar su sospecha, la acompañó su mamá; allá la alcanzaría un tío de Julio, Cuitláhuac, pues la familia Mondragón debía atender su puesto de chicharrón en domingo. Marissa tuvo que identificar sola el cadáver de Julio César y, en ese momento, aceptar los términos del acta de defunción, en donde

sólo se registra la muerte de Julio como un homicidio calificado y no se hace mención alguna de la tortura que presenta el cuerpo.

Una de las principales demandas que los familiares de Julio le han hecho a la PGR es que se califique la muerte del joven como una *ejecución extrajudicial* por tortura, es decir, que quede asentado que, estando bajo la custodia de la policía municipal, a Julio César lo desollaron vivo entre varias personas, y ésa fue la causa de su muerte. Sólo a partir del reconocimiento de la verdad de los hechos, podrá haber justicia para el asesinato del joven normalista.

Cuando nos entregaron el acta defunción dice que la muerte fue causada por un edema cerebral porque tuvo un golpe, se cayó, y a lo mejor algo le pasó después. Pero nosotros apelábamos mucho en ese momento que le pusieran ahí que fue desollado vivo y que fue torturado porque las autoridades pues prácticamente nos dijeron que era lo mismo, que no nos preocupáramos, que es exactamente, con otros términos pero dice lo mismo. Pues ya, estábamos en dos situaciones, o seguíamos exigiendo eso y nos quedábamos prácticamente ahí con todo y cuerpo ¿no? Y pues lo único que queríamos era salir, salir ya de ahí, que nos entregaran a Julio, velarlo.

Ahora la familia de Julio sabe que los peritos que realizaron la necropsia asentaron que el desollamiento había sido *post-mortem* “por la fauna que se encontraba en el lugar”. Nueve meses de demanda por parte de la familia y sus abogados tuvieron que pasar para que se otorgara el resultado de la necropsia, con resultados a todas luces infames y ridículos. Durante estos meses de demanda de justicia para el caso de Julio César, familiares y activistas cercanos han formado un colectivo, El Rostro de Julio, con el que han realizado diversas actividades, exigiendo memoria, verdad y justicia para los crímenes cometidos en los hechos de Iguala los días 26 y 27 de septiembre de 2014.

Actualmente Marissa trabaja y reside en el Distrito Federal y acude, cuando le es posible, a las reuniones de los padres de los 43 desaparecidos. Marissa se niega a hablar de su fortaleza y de su lucha, fija la mente en la exigencia de justicia para Julio y sus compañeros.

Que sigamos en esta lucha juntos, que no nos apartemos de tanto de los 43 como de la muerte de Julio y de los otros dos ejecutados. Entonces, que nos unamos a esta lucha constante y que hagamos una oración fuerte hacia Dios que es el Juez Todopoderoso. Que si no hace justicia aquí en la tierra, lo hará allá, en la tierra de arriba.

JULIO CÉSAR MONDRAGÓN FONTES: SOBRINO

Wendy Medina de Loera

Maestría en Estudios de Asia y África, CEEA

El Colegio de México

wamedina@colmex.mx

Abraham Trejo

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@ibrahimterror

EL PRIMER SÁBADO DE AGOSTO DE ESTE AÑO, LA FAMILIA MONDRAGÓN Fontes nos recibió en su casa ubicada en San Miguel Tecamatlán, Estado de México. Ahí tuvimos la oportunidad de platicar con don Cuitláhuac Mondragón Fontes, tío de Julio César Mondragón Fontes. Aquella ocasión fue la segunda que coincidimos con él; pero a diferencia de la primera, en ésta conversamos sobre el impacto inmediato que tuvo en él la tortura y desollamiento de su sobrino, las exigencias de la familia por conocer la verdad como un mecanismo contra el olvido al que apuesta el gobierno Federal, y la necesidad de acceder a la justicia y la reparación a la que tienen derecho la viuda y la huérfana de Julio César.

Cuitláhuac Mondragón Fontes es el segundo de cinco hermanos. Es profesor de educación primaria, egresado de la Normal Rural Lázaro Cárdenas del Río de Tenería. Cuitláhuac nació en Toluca, pero vivió un tiempo en Mexicalcingo, Estado de México. Cuando pasó a quinto grado su familia se mudó a Tecamatlán, de donde es originario su papá, don Raúl Mondragón. En este pueblo crecieron Julio César y Lenin Bernabé Mondragón Fontes, hijos de la hermana menor de Cuitláhuac, Afrodita. Para don Cuitláhuac es un orgullo que sus sobrinos lleven los mismos apellidos que él tiene y tanto él como su hermano Cuauhtémoc han tenido un compromiso con sus sobrinos desde pequeños, pues no tuvieron papá. Cuitláhuac recuerda que cuando Julio César era niño se fue a vivir con él a Ixtapan por petición de su hermana Afrodita.

Se fue a vivir conmigo. Él estaba en la escuela [primaria] pero en ese año [cuando terminó cuarto] bajó un poco su aprovechamiento escolar y como yo era maestro frente a grupo [...]; me platicó mi hermana y le dije que yo me lo podía llevar porque

trabajaba yo en una escuela unitaria y me lo llevé. Estuvo un año allá conmigo y posteriormente a ello no sé qué pasó, se motivó al estudio. A partir de ahí ya nunca más volvió a tener problemas en el rendimiento académico.

Para don Cuitláhuac, quizá el hecho de que Julio César haya presenciado su labor en el aula influyó para que quisiera ser maestro rural, tal y como le sucedió a él con el ejemplo de sus primos mayores, a quienes recuerda en sus años como estudiantes normalistas: “a mí me gustaba [...] varias cosas que aprendí de mis primos [...]; por ejemplo ellos venían a lavar aquí a la casa de los abuelos porque era un tanque muy grande. [...] Yo aprendí que mis primos se lavaban su ropa, cosa que no es muy común, [y] cosa que hace todo normalista rural”. El tío Ismael Mondragón Cruz y el tío León Mondragón Cruz, a quienes don Cuitláhuac se refirió como “docentes muy destacados”, influyeron para que él decidiera ser profesor: “ellos [...] eran [...] los ídolos de nosotros, egresados de Tenería”. Cuitláhuac considera que “así como ellos [sus tíos] influyeron [en él], [...] sin querer o de manera inconsciente pues uno influye en los sobrinos, y sobre todo en Julio César”.

El tío Cuitláhuac nos platica que en la familia Mondragón Fontes hay varios normalistas, principalmente egresados de la Normal Rural Lázaro Cárdenas del Río, de Tenería:

El tío Ismael Mondragón Cruz, el tío León Mondragón Cruz y [...] mis primos: que Ismael, que René, que Rogelio, sí, egresaron de aquí de la Normal de Tenería. También los primos de acá arriba: Efraín Cruz Mondragón [y Gelacio Cruz Mondragón], que [...] fueron hijos de mi tía Beatriz, una hermana de mi papá, Beatriz Mondragón, [...] egresaron de ahí de la Normal de Tenería.

Al egresar del bachillerato, Julio César ingresó a la Normal de Tenería, la misma de la que se graduó don Cuitláhuac años atrás.

Sin embargo, Julio César tuvo que abandonar esa institución educativa, nos platica su tío:

...por algunas cuestiones que ya algunos alumnos dieron testimonio, [...] él tuvo que abandonar esa instancia. Él era muy crítico y seguido llamaba a cuentas a los del Comité. Éste es un problema eterno que cuando yo estaba en la Normal también salíamos a botear, y como que nunca ha habido una cuenta muy clara hacia las bases. Y yo sigo pensando que si tú vas y colectas, tienes derecho a preguntar qué están haciendo con ese dinero. Definitivamente comparto ese pensar. Y Julio César lo hizo.

Cuitláhuac nos contó que esta situación incomodó a los dirigentes y por tal motivo lo dieron de baja de manera poco clara. A su salida de Tenería, Julio César se fue al Distrito Federal a estudiar a la Benemérita Escuela Nacional de Maestros. Posteriormente, por motivos económicos, Julio César desertó e ingresó al Tecnológico de Villa Guerrero, donde fue compañero de su hermano Lenin. Sin embargo, el Tecnológico no cumplió las expectativas de Julio César, ya que era un sistema educativo totalmente diferente a sus experiencias previas y ajeno a la formación docente.

Luego de haber pasado cerca de un año sin estudiar, Julio César decidió regresar al normalismo rural. Durante este periodo vivió en la Ciudad de México con quien ahora es su viuda, Marissa Mendoza, y trabajó como guardia de seguridad cubriendo turnos de 24 por 24. Al momento que decidió incorporarse al normalismo rural, su esposa Marissa ya estaba embarazada de quien se convertiría en la pequeña Melissa, hoy huérfana de Julio César. Un factor importante para que Julio haya decidido regresar al normalismo fue el económico, nos afirma don Cuitláhuac, “porque en las normales rurales te dan de comer y los gastos son mínimos”.

En 2014, con 22 años de edad, Julio César le expresó a su tío Cuitláhuac su decisión de volver al normalismo rural.

Primero buscó ingresar a la Normal de Tiripetío, en Michoacán, pero no lo logró. Dadas las situaciones que Julio César experimentó en Tenería por sus cuestionamientos y demanda de cuentas claras al Comité, su tío Cuitláhuac le dio algunos consejos: “Si tú quieres hacer algunas modificaciones que consideres que son para bien; tú primero entra, ¡usted cierre la boca!, llega al Comité y haga las reformas necesarias como lo hizo a quien tú... por el cual nos inspiró ponerte Julio César, por el emperador”.

Llegado este punto de la plática le preguntamos a don Cuitláhuac de qué forma ayudó a Julio César para aprobar su examen de ingreso a la Normal de Ayotzinapa. De ahí fue que nos explicó las distintas etapas que todo aspirante a normalista rural debe pasar antes de ser admitido: primero es el examen de conocimientos, luego le sigue el examen político y, posteriormente, anuncian la lista de quienes cursarán el propedéutico, el cual consiste en pasar una semana en la Normal realizando pruebas académicas y físicas. Para don Cuitláhuac era muy importante que Julio César se prepara en el pensamiento socialista, y por ello lo incentivó a leer a Marx, Engels y Mao Zedong, y a entender el papel de Lázaro Cárdenas al impulsar al normalismo rural durante su sexenio, así como a saber quienes fueron Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. Fue entonces cuando le preguntamos de qué forma discutían las lecturas:

...él era lector, yo le recomendaba lo que tenía que hacer. Le hacía yo como un esquema y él tenía que leer, y ya después socializábamos: a ver ¿qué asunto con Marx? [...] Entonces todo esto es literatura que se tiene que leer, obviamente, y entonces [...] ¿qué has leído de esto?, ¿qué te parece? [...] intercambiábamos, pero obviamente yo le decía lee esto y ya después , ¿qué opinas de eso?, ah mira está muy bien eso que dices, lo más [importante] [...] Marx por ejemplo es que él creó toda una teoría, todo un paradigma: el materialismo histórico dialéctico, él estudió sociológicamente a las sociedades, y etcétera, etcétera.

El tío Cuitláhuac guarda vívidamente en su memoria lo que sucedió en las horas y días posteriores de enterarse sobre la muerte de Julio César. Según recuerda, primero se enteró de la represión en las noticias pero no se preocupó pues, señala, es una práctica común que después de que pasa una situación así, los normalistas se tomen dos o tres días antes de reportarse porque se esconden en changarros o huertas y luego se dirigen a un lugar seguro. Los primeros indicios de la muerte de su sobrino los escuchó de Marissa el sábado 27 por la tarde: “Ya en la tarde como a las cinco de la tarde o a las seis más o menos, ya Marissa me habla y me dice que Julio César se encontraba en la lista de desaparecidos. O sea, cuando yo oficialmente supe de los desaparecidos fue por Marissa: ‘es que Julio César está desaparecido’. Pero yo aún así no me preocupé mucho”.

Más tarde, ese mismo día, su sobrino Lenin le comunicó su convicción de que su hermano Julio César había sido desollado y le mostró la imagen que circulaba en internet:

Ya que mi hermana [Afrodita] se metió, Lenin fue el que me dice “tío venga tantito”. Y ya empieza a llorar, “¡ya valió madre!” [...] Y ya me enseña el cuerpo de la fotografía. Y yo, pues mi cerebro no lo aceptaba: no que mira, que este Julio no estaba gordo y éste está gordo, este Julio era moreno claro y éste está blanco, no pues no es. “Tío —dice— es su playera, es su bufanda, sus tenis”, y entonces aquí es en donde... pues tu cerebro no te lo permite... así quisieras que alguien le hubiera robado los zapatos o los tenis [...]. Entonces a mí no me cabía pero ya me entró la duda, y a mí ya me había entrado ahí la duda y entonces a partir de ahí pues ya empiezas... Yo hasta las 12 de la noche cuando el diario *El Sur* pues ya da a entender ese día a las 12 o a la una de la mañana, por lo menos a esas horas yo vi la información, que los alumnos de la Normal de Ayotzinapa habían identificado el cuerpo que estaba todavía sin ser identificado; de acuerdo a las características respondía a un alumno de Ayotzinapa que

le decían *el Chilango* y entonces ahí es cuando sientes, porque a los del Estado de México en otros estados nos dicen que somos del Distrito por la cercanía del Estado de México con él, [...] [además] de por sí como vivía en el Distrito Federal le decían *el Chilango*. Y entonces dije ¡chin! ¿cómo le hago? ¿cómo le hago? Y ya que le mando a Marissa, toda la noche estuvimos ahí, ya le mando un mensaje, no me acuerdo si en el celular o en el WhatsApp. Oye tú, le digo, para que podamos identificar a Julio, en las normales rurales —ella también es egresada de Panotla, Tlaxcala— le digo, en las normales rurales nos conocemos por el apodo, ¿cómo le decían a él?, “pues le decían *el Chilango*”. No pues ya. Entonces yo a esas horas yo ya tenía la certeza de que era él y entonces ya dije ¿pero a estas horas qué hago? pues ya no duermes. Yo dije, no a ver, a ver tienes que tranquilizarte, si es él ya...y ya le empecé a hablar a mis amigos: sabes qué, el asunto se me puso de la fregada, ya hay evidencias de que sí fue mi sobrino. Ya no le dije Marissa, sí es él, pero ya tenía yo la certeza: con lo de Lenin, con la información que ya lo habían identificado. [...] Yo no quería yo aceptarlo, pero ya a la una de la mañana ya me convencí, y me esperé, me levanté, me bañé.

Don Cuitláhuac recuerda que sus primeras reacciones fueron de una profunda molestia y le pesaba muchísimo comunicarle a su hermana Afrodita sobre la situación. En esos momento “reniegas de dios”, nos afirma:

En esos momentos ya no crees en nadie [...] ni en nada porque haces un concepto de justicia que tú te formaste y pues dices cómo que esta cosa o quién inventó o que... ahí cambia, tu vida cambia, o sea desde ahí es cuando yo no entendía yo cuando alguien decía es que estoy vivo... estoy muerto en vida, dices: qué cosa tan estúpida; pero no porque desde ese momento ya no eres el mismo. O sea, desde ese momento ni sientes miedo,

a veces no sientes hambre, a veces no sientes el tiempo, a veces todo te molesta, ya no tienes ilusiones, ya no tienes proyectos, ¿sí?, y tu mente está pensando en cosas y te cambia la vida. O sea, si un día antes a lo mejor decías que bueno que dios me permite tener trabajo como está la crisis en el país y al otro día sabes qué, retiro lo dicho. Y oras y eso, yo oraba en el novenario pero con coraje así, con rencor y hasta la fecha. [...] Cambia tu concepto, [...] te matan en vida, eso es cierto, porque te quedas dolido contra todo.

El tío Cuitláhuac nos platicó que el domingo, en su camino a Iguala, le llegó una llamada a su celular que confirmó lo que sospechaba: el portal oficial de Ayotzinapa publicó que la imagen que circulaba en las redes sociales correspondía a Julio César Mondragón Fontes; ya no lo referían como *el Chilango*.

[Cuando] llegamos a Iguala ya estaba Marissa. Ya llegué, hicimos todos los trámites e inmediatamente llegando allá ya estaba la Comisión de Derechos Humanos del Estado de Guerrero, estaba la Procuraduría de Justicia de Guerrero. Entonces a la hora de hacer los trámites veo el acta de defunción y decía que homicidio calificado y edema cerebral provocado por un objeto contundente o algo así. Pero jamás en la vida decía que había sido torturado, etcétera, etcétera. Y entonces tú sin un abogado, sin nada. Pero pues eso es lo importante de tener cierto grado de cultura, digo no, ¡ni madres!, yo no firmo. Mi sobrino fue torturado porque desde cuando entro a reconocer el cuerpo me fijé en toda la parte... Dije: Esta patada, porque tenía pintadas así como rayas de las patadas, de las botas de los soldados, porque las botas se te pintan. [...] Ya le vi, no pues si era [Julio César], y le vi la mallugada, por decirle así, el edema o el moretón que nosotros le decimos, para que nos entienda la gente. El moretón más fuerte era uno, el de la clavícula, pero no era un golpe

mortal. Entonces lo que le ocasionó la muerte necesariamente fue el desollamiento. Vivo lo desollaron.

Una vez que reconocieron el cuerpo, primero Marissa y luego Cuitláhuac, la siguiente urgencia que tenían era la de llevarse el cadáver de Julio César para que fuera sepultado. La Normal de Ayotzinapa le preparó un homenaje a Julio César. Sin embargo, los observadores de Derechos Humanos les sugirieron que no acudieran porque existía la posibilidad de que les quitaran el cuerpo debido a que era una evidencia de la tortura que sufrió. Incluso, agentes estatales les insinuaron a Marissa y a don Cuitláhuac que podrían obtener dinero por el cadáver de Julio César. “Entonces, ¿ese día usted no firmó nada?”, le preguntamos:

Si firmé porque el de Derechos Humanos de allá me dijo que teníamos derecho a apelar. Y pues ya, lo que me urgía era traerme el cuerpo. Sin embargo, ahí mismo el de los Derechos Humanos, porque le iban a hacer un homenaje a Julio en Ayotzinapa, y él dice: “No es que yo le diría que no porque les pueden quitar el cuerpo”; que quién sabe qué, que quién sabe cuánto. Y ¿quiénes o qué?, pues si ya lo mataron qué más quieren. “No —dice— es que como lo torturaron y todo eso, dice, a lo mejor no quieren evidencia”. Ya fue cuando se te pone la... Ves un carro y te pones paranoico, ¡imagínense! La tortura que te traes y luego los de la Procuraduría de Justicia del Estado de Guerrero: “Oye, dice —platicando entre ellos, insinuándote— oye, dice [uno] ¿y por los chavos que mataron en la gasolinera cuánto dieron?, dice [el otro] como 2 millones de pesos; no, dice [el primero], pero este chavo lo dejaron más, más peor, ¿como cuánto irán a dar por él de indemnización?, ¿como 3 millones?, ¿o como cuánto?”. Así haciéndote la pregunta. Y tu así, ¡chinguen a su madre! No manchen, a ver con todo el dinero del mundo, que junten todo el dinero del mundo y que revivan a un ser humano. Entonces,

digo que el dinero es muy poderoso, pero [...] no se hace ese tipo de estupideces, o sea te das cuenta cómo opera la justicia aquí en México. O sea piensan que está uno hambriento o que vas a decir pues saben qué denme 5 millones y ahí muere... Llego aquí [a la casa], a ver Lenin, un millón para ti, un millón para tu mamá, otro millón para Marissa, otro millón para mí. Es más, para mí, yo como soy tío y lo apoyaba, nomás medio y tú... ¡Ay, ya felices!, ¡o sea, qué estúpidos!

Este tipo de insinuaciones no sólo las recibieron los familiares de Julio César Mondragón Fontes. Los familiares de los 43 normalistas desaparecidos aquella noche del 26 de septiembre han narrado los diversos mecanismos con que se les ha querido persuadir para que dejen de buscar a los 43; las amenazas y el ofrecimiento de dinero son algunos de ellos. (GIEI, Informe Ayotzinapa, p. 256 y s.) Con todo, ellos continúan demandando esclarecimiento sobre los hechos y justicia.

Por su parte, el tío Cuitláhuac tiene muy claro que es necesario luchar por la dignidad de su sobrino muerto; tanto para que el Estado reconozca cómo fue torturado y desollado vivo entre la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre, como para luchar por la justicia a la que tienen derecho sus familiares, principalmente la viuda Marissa y su hija huérfana Melissa Mondragón. A los ojos de don Cuitláhuac, los hechos de Iguala constituyen un sólo hecho. Sin embargo, debido a las diferentes tipificaciones en cuanto al proceso jurídico, el caso de Julio César es paradigmático y sus familiares tienen demandas muy específicas, diferentes a las exigencias de los padres de los 43 y de los otros dos caídos aquella noche de septiembre, Julio César Ramírez Nava y Daniel Solís Gallardo.

“Jurídicamente los delitos tienen una [...] tipificación distinta”, nos explicó don Cuitláhuac. Sin dejar de recalcar la gravedad del delito de desaparición forzada de los 43, nos detalló que el caso de Julio César debe ser investigado como una ejecución extrajudicial,

al igual que el caso de los otros dos estudiantes caídos, pero también se debe agotar la línea de investigación sobre la tortura que sufrió su sobrino, “porque Julio César fue cruelmente torturado”, enfatiza.

El tío Cuitláhuac reiteró que él y su familia quieren que el Estado mexicano reconozca la verdad de lo que le sucedió a Julio César, porque conocer la verdad es su derecho. Cuitláhuac subrayó que una investigación, profunda, seria y científica es imprescindible para demostrar quiénes fueron “los verdaderos culpables: físicos e intelectuales” de la tortura y ejecución de Julio César y enjuiciarlos, porque “de acuerdo a la ley y la obligación en un Estado de derecho, que dice la constitución que tenemos, [se deben de llevar a cabo] las investigaciones pertinentes [para demostrar quiénes son los verdaderos culpables]”.

De igual manera enfatizó que no ha habido ningún avance en lo jurídico y que para el mes de julio la nueva procuradora, Arely Gómez, ya llevaba cuatro meses evadiendo sus responsabilidades con los familiares de Julio César Mondragón Fontes. El tío Cuitláhuac hizo hincapié en que si hubiera voluntad por parte de las autoridades sería muy fácil saber la verdad porque “en un Estado de derecho, [éste] tiene la obligación y los recursos económicos necesarios para que se investigue la verdad”. Sin embargo, Cuitláhuac enfatiza, “el gobierno le está apostando al olvido”. Además, el tío Cuitláhuac recalca que también “la lucha de esto es contra la impunidad: terminar con la impunidad remedia las cosas”.

Para concluir, Cuitláhuac insistió en la necesidad de construir el Estado de derecho actualmente inexistente en México; ya que eso nos conviene y beneficia a todos: “al mismo que mandó a hacer eso [la tortura y ejecución de Julio], eso protegería a sus hijos, al mismo que lo ejecutó, protegería a sus hijos y sus nietos. ¿Qué no se ponen a pensar que algún descerebrado como él le puede hacer lo mismo a su familia?”.

**MI NOMBRE ES CUAUHTÉMOC
MONDRAGÓN FONTES**
**Soy tío de Julio César
Mondragón Fontes**

Israel Solares

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@irrealsolares

SAN MIGUEL TECOMATLÁN ES UN PUEBLO DEL ESTADO DE MÉXICO ubicado en el municipio de Tenancingo. El pueblo está en las faldas del cerro y el paisaje es fundamentalmente boscoso, húmedo, algo frío. Pueblo de 3 mil habitantes, a unos kilómetros de la Normal de Tenería, tiene calles empedradas, huele a humedad, pan y madera quemada. La mayoría del pueblo se dedica a la producción del pan de feria o de Chalma, el cual se distribuye en Chalma y en otras zonas del centro del país. Gran parte de la familia Mondragón se dedica a ese negocio: don Raúl Mondragón hacía pan, su esposa aprendió aunque era de Mexicalcingo y muchos de sus sobrinos son panaderos.

Más temprano, por la mañana, probamos algunos de los cocolitos de sabores que produce una tía de la familia, casi al lado de la casa, y que vende a peso cada uno. El negocio de los Mondragón Fontes es, no obstante, el chicharrón y la longaniza, que producen desde hace años y a lo que se ha dedicado desde chico Cuauhtémoc, quien sólo terminó la secundaria.

Mi papá, hace mucho tiempo, tenía carnicería aquí. Después empezamos ya, a vender chicharrón en la plaza de Tenancingo. Ya después yo empecé a hacer longaniza y también empezamos a comercializar, sí. Yo fui el que empecé. Bueno, de hecho él, cuando tenía carnicería, hacía pero poquita para venderse aquí, nada más. Él vendía chicharrón, nada más, y yo empecé a hacer longaniza y empecé a buscar entregos y empecé a, luego también me ayudaba mi papá, a vender en el puesto la longaniza, me echaba la mano, ayudándome a vender mi longaniza que me quedaba y todo eso. Ahora ya, ya no puede trabajar y me heredó sus puestos para vender chicharrón.

Cuauhtémoc y Afrodita son los que heredaron el negocio de don Raúl. Con sus hermanos Maribel y Cuitláhuac estudiando en las normales de Amilcingo y Tenería desde los 16 años, Afrodita y Cuauhtémoc cultivaron una complicidad que se aprecia hasta la fecha. Cuitláhuac vivió muchos años fuera de Tecamatlán mientras hacía la maestría y daba cursos en normales rurales, mientras que Maribel, asignada primero a Oaxaca, buscó la manera de tomar su plaza en Morelos, donde radica hasta la fecha. Menor que Afrodita, Cuauhtémoc era aún muy joven cuando ella tuvo a Julio César y a Lenin.

No sé los motivos para la separación con su mamá, pero cuando Lenin llega aquí viene con un mes de edad, Julio con un año y mes. No, no se habían bautizado, no se habían registrado, no nada. Entonces cuando se le dice al papá: “¿Sabes qué? Pues vas a tener que dar gasto —no sé— manutención para tus hijos”. Él se niega; entonces se le dice: “¿Sabes qué? Te niegas a dar manutención, te niegas a dar la ayuda; no tienes derechos, no tienes derechos. ¿Sabes qué?, lo sentimos mucho, pero el día que vengas te vamos a correr, así de simple y sencillo. Aquí déjalos y aquí se verá cómo se les saca”. Sobre todo mi papá en esa época estaba más fuerte y trabajaba bien, ¿no? Y por eso ellos llevan nuestros apellidos, porque se registraron como hermanos nuestros.

Cuando Julio César y Lenin llegaron a vivir con la familia, Cuauhtémoc tenía apenas 18 años. Cuauhtémoc comenzó una familia poco tiempo después, se divorció y cuando se volvió a casar sus sobrinos tendrían apenas unos 8 y 9 años. La relación tan cercana de la familia también tuvo que ver con el entrelazamiento con el trabajo del chicharrón, en el cual colaboraban don Raúl, sus hijos, Cuauhtémoc y Afrodita, y muy pronto sus nietos, Julio César y Lenin.

El refrigerador donde guardan todo el cuero se encuentra en la casa de don Raúl y en el patio de la casa se pueden ver los palos donde se asolea el cuero y hay dos grandes cazos, uno frente al otro, uno en la casa de don Raúl y otro en la de Afrodita. Así, a escasos metros de distancia, tres generaciones trabajan juntas en el terreno y en el tianguis, adecuando su ritmo de vida al de la producción del chicharrón.

Los lunes los Mondragón van a Mexicalcingo a comprar el cuero, el cual es traído principalmente de Canadá, de Estados Unidos, de Chihuahua, Sonora y Yucatán. Compran del cuero grueso, carnudo, en el que se especializó don Raúl, lo rayan y lo ponen a asolear en unos palos todo el día, tiempo en el cual va soltando toda su manteca. Al día siguiente el cuero tiene que sancocharse. La manteca se calienta en el cazo y se prueba su temperatura con un pedazo de cuero: si sube es el punto preciso y se le agrega el resto. La piel del cerdo se remueve entre tres y cuatro horas para que no se pegue y el sonido indica si está pidiendo la leche Clavel, la sal, el agua. Antes de que truene, o al primer tronido, el cuero recocado se pone a reposar, a temperatura baja, que es cuando absorbe la leche y la sal hasta ponerse rojito.

Ya reposado se saca el cuero y se pone en cajas. Si se guarda bien, el sancochado, el cuero ya rojo, puede durar hasta un año, pero los Mondragón lo guardan para los tianguis de esa semana. Cuauhtémoc, además, prepara la longaniza que distribuye en diversos locales en Toluca y Malinalco. En la madrugada del día de venta calientan la manteca de nuevo, a una temperatura más alta, y doran y escurren el sancochado. Cuando ni Lenin ni Afrodita pueden ir por el cuero, Cuauhtémoc les trae y cuando, entrada la tarde, les queda producto, Cuauhtémoc les deja el puesto de su papá y la báscula para que salden, pues en general él termina muy pronto. Toda la familia ahora vende alrededor de 70 kilos cada tianguis, aunque don Raúl asegura que él llega a vender en Toluca 200 kilos a la semana. El proceso de trabajo del chicharrón

determina el ritmo de vida de la familia y en él se involucraban todos solidariamente.

Bueno, inclusive Lenin todavía: “¿Qué onda carnal?”, y Julio también llegaba: “¿Qué, carnal?, ¿qué pasó?, ¿qué haces?” No, pus aquí. Ya se ponía a ayudarme: “¿Te ayudo carnal?”. ¡Sí! Órale. Carnal y carnal y carnal y carnal, nada de, nunca escuché que me dijieran “tío”. De chiquillos sí, pero luego fueron creciendo y ya a sus diez años me empezaron a decir: “carnal, carnal, carnal”. Y sí, ahora pues, menos. Ya “carnal, ¿qué onda carnal?”. No pus aquí estamos... Nos llevábamos mucho. Cuando dos o tres veces de que, se echaban sus cervecitas entre los dos, me iban a hablar: “¿Qué, carnal?, ¿no tienes nada?, ¡invítanos algo!”. En serio, pues ya sabían que yo no los regañaba: “el enojón, el tío Cui, el tío Temo es buena onda, es chido, vamos a despertarlo y nos tiene que invitar algo”. Y sí, no pues sí, la verdad dos o tres ocasiones llegaron allá a la casa: “¿Qué tío no tienes nada?”. No pues que sí, ora, no pues que no tengo, vamos a comprar. Sacaba el carro y los iba yo a invitar unas cervezas, órale, y pues nos las pasábamos bien con ellos, con los dos, la verdad. Y sí, o sea, a mí me tocó tomarnos nuestras cervecitas.

La relación amistosa entre Cuauhtémoc y Julio César pasaba también por el deporte. Cuauhtémoc juega todos los fines de semana en un equipo de fútbol desde hace años, va al gimnasio y a correr al monte. Hace unos años Lenin empezó a correr y Julio César, competitivo como siempre, comenzó a correr con él. Cuando Lenin se aburría, Julio César empezó a correr con Cuauhtémoc, quien tenía más resistencia, hasta que Cuauhtémoc tampoco le podía seguir el paso a su sobrino y consiguió que un amigo del gimnasio lo hiciera. Tan imparables como esos periodos competitivos fue la decisión de Julio César de ser un maestro rural. Después de los distintos intentos en las normales, de su estancia en el tecnológico

y de la temporada en la Ciudad de México con Marissa, Cuauhtémoc intentó convencer a Julio para que desistiera de estudiar en una normal rural.

Yo no sé por qué motivo se empeñaba mucho en ser maestro rural. Inclusive yo, yo le comentaba una vez, antes de que entrara a Ayotzinapa, precisamente antes de que entrara, le decía: Pues ya, carnal, ni modo, no se te dio el estudio, este, pues hay que ver qué hacemos, ¿no?, tienes que trabajar, tienes que, hay que hacerte, no sé, un curso ¿cómo ves?, este, pues ya, otro giro. Me dice: “No, carnal, quiero ser maestro, quiero ser maestro”. Se empeñaba mucho, mucho, mucho, en ser maestro rural, mucho en ser maestro rural.

Toda la entrevista ha estado arrancándose pellejos de la palma de sus manos, callosas de trabajo, y se le ha quebrado la voz cada vez que menciona a su sobrino. La última vez que lo vio fue el 12 de septiembre, cuando fue a registrar a su niña en Tenancingo, cuando Julio se llevó dos kilos de longaniza. El 22 de septiembre Julio le avisó por Facebook que había perdido su teléfono celular, para que le dijera a su mamá que estaba bien y que se comunicaría. Fue lo último que supo de él.

En esos días es la fiesta aquí en Tecamatlán. Es, la fiesta de aquí es el 29 de septiembre y, este, mi hija la chiquita, hizo su primera comunión el día 28 de septiembre. Entonces, este, aquí en Tecamatlán se ve solamente la televisión y noticias, todo eso, por medio de cable o antena, ¿no? O sea Direct-Tv, Sky, lo que sea, este, entonces, como tenemos ahí una antenita en la casa llegaron a poner la lona. Eh, fue el 28, el 27 tempranito, ponen la lona y nosotros ni nos enteramos; se va la señal de la tele y ni cuenta nosotros. Entonces nosotros metidos en lo de la primera comunión de Michelle y todo eso. Entonces, la verdad, para nada

me enteré hasta el 28. Me llega un mensaje de mi hermano, que me dice: —¿cómo me dijo?— “Vamos a Iguala —dice— vamos a identificar el cuerpo y te comunico”. Así nada más. Sí, yo en ese momento iba a dejar longaniza a Malinalco, tengo mis entregas ahí, y me paro y digo: ¿Pues qué pasó? Yo no estaba enterado de nada, ¿qué pasó? Me detengo y le hago la llamada y empieza decir: “¿Sabes qué? Tal parece que pasó esto con Julio”... Entonces, en ese momento yo siento que: ¿Cómo puede ser posible todo esto? No, no, no, se rehúsa uno a creerlo realmente. Me dice: “¿Sabes qué? Pero, ahorita no te puedo yo confirmar nada, hasta que estemos seguros”. Ok. Yo sigo mi camino, regreso a la casa. Ya estando en la casa suena el teléfono, me dice: “¿Sabes qué? Ya estamos aquí, y sí es”. ¿Cómo? En ese momento la que estaba, todos habían ido a misa, yo iba llegando, la que estaba es mi hija la grande, Ariana, y la abrazo y le digo lo que había pasado. Se pone a llorar también. “¿Cómo puede ser posible todo esto?”. Sí, efectivamente —le digo— hija, yo tampoco lo puedo creer. Pasa un ratito, empiezan a llegar —me acuerdo— dos amigos llegan que invitamos. “No pues, ¿qué pasó?”, les platico, son de confianza y, para mí pues, les platico: No pues, que pasa esto. No pues ya, me dan el pésame, me abrazan y todo eso, empieza a llegar gente, invitados y todo. En serio que me daban ganas de correrlos: No, ¿cómo puede ser posible esto?, ¿qué estemos aquí en una fiesta? Y ni modo de estarles diciendo, ahí, explicarles a las personas; no, nada más a los más allegados, en este caso. Ni modo de estarles diciendo: Pasa esto, pasa lo otro. En serio que me daban ganas de sacarlos a todos: ¿Saben qué? ¡Esto se acabó! No hay nada, ¡váyanse! Y pues, es uno gente educada, ni modo, hay uno que aguantar el dolor y al rato... Ya en un rato más me habla mi hermano dice: “¿Sabes qué? Vamos a llegar allá a la madrugada”, como a las, ¿qué será? Las siete de la tarde, de la noche, “vamos a llegar como a las tres de la mañana allá —ajá, el cuerpo— vamos a llegar allá como a las tres de la

mañana, duérmete y estás pendiente”. Y este, ya, no ni me dormí, me vine luego luego para acá, no me dormí. Se fue la gente, me vine para acá y ya llegué empezaban a hacer los preparativos, el arroz y todo eso. Yo no lo podía creer, en serio, no lo podía creer, ¿no?, todavía se resiste uno a estas alturas, casi un año, la forma en que lo hacen, ¿no?, la forma en que lo torturan, la forma en que lo, o sea es muy, muy difícil para nosotros, digerir todo lo que ha sucedido.

En un principio Afrodita, temiendo represalias, se opuso a que la familia protestara por el caso. El terror y el coraje, con la insistencia de Cuitláhuac, Lenin y Cuauhtémoc, se transformaron en organización y lucha. La familia ahora participa con el colectivo El Rostro de Julio, y la vida de los Mondragón Fontes ha cambiado. Aún tienen que trabajar todos los días y, además, organizarse para asistir a todos los eventos y gestiones que tienen que llevar a cabo.

El gobierno no ha cumplido el compromiso adquirido con Marissa y su hija ni tampoco ha acompañado al proceso de la familia, la cual, al contrario, se puede apreciar vigilada. La inexistencia de justicia para el caso de Julio hasta la fecha sigue victimizando a la familia. La búsqueda de la no repetición y de la certeza jurídica del caso, como una ejecución extrajudicial y como tortura, son demandas que, por mínimas que parezcan dada la brutalidad del caso, no se han cumplido a un año de los hechos.

Me llega mucho a la mente, casi a diario, casi a diario, pienso en él, cuando me voy a dormir, lo recuerdo... Y lo que más dolor me causa es pensar en sus últimos momentos de él: la forma en cómo lo hicieron sufrir, como sufrió, cómo terminó, es lo que más dolor me causa, cómo los torturaron, porque no, no es común, ver una muerte así, para nadie, para nadie es común, no es lo mismo que le den un balazo y lo mataron y ya, “no sufrió, murió instantáneamente”. Pero esa forma así, no es

común y muy dolorosa para nosotros. [...] Nuestro derecho, se aclare, nuestro derecho, pedir que no haya repetición del caso, porque al hacer justicia nosotros estamos ayudando a que otras familias no sufran lo que nosotros hemos sufrido, en este caso, y por eso, más que nada, esa es nuestra lucha. Nosotros, pues, ya lo vivimos, ya lo pasamos, bueno no lo pasamos, lo vivimos, lo estamos viviendo y no queremos que otras familias lo sufran de esta manera. Algo horrible, es algo incomparable, la verdad, este yo, cuando falleció mi mamá yo siempre creí que no había dolor más grande, ella falleció de muerte natural, pero cuando fallece Julio, en serio, no se le compara, no se le compara. O sea, una muerte natural a una muerte de esta naturaleza. Yo, cuando falleció mi mamá, si me atrevo a decirlo, pensé que no había dolor más grande que ése, pero cuando fallece Julio es cuando se da uno cuenta, cuando está uno viviendo realmente que hay dolores insoportables, es algo... Pero pues más que nada eso es tratar de hacer justicia, que otras familias no sufran lo que nosotros estamos sufriendo, eso es.

**MI NOMBRE ES TEÓFILO RAÚL
MONDRAGÓN CRUZ
Soy padre de Maribel, Cuitláhuac,
Cuauhtémoc y Afrodita
Mondragón Fontes**

Israel Solares

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@irrealsolares

Nomás que me siento mal porque ya no trabajo y ellos cada semana se hacen una cooperación, uno una semana, el otro otra semana, y de esa forma no me falta dinero. Y luego ya estoy empezando a, ahorita no tienen casi aguacates, pero ya estuve cosechando, y ya tenía yo las dos cosas. Poquito tiempo, pero lo tenía.

NO PODER GANAR CON SUS PROPIAS MANOS SU SUSTENTO ES UNA carga para don Raúl Mondragón Cruz. Don Raúl seguía fuerte y trabajando hasta que hace un par de años, poco después de quedar viudo, enfermó de gravedad; su hijo Cuitláhuac se fue a vivir con él para cuidarlo y desde entonces la familia paga sus gastos. Incapaz de quedarse quieto, toda la tarde nos ha presumido la calidad de los duraznos de su jardín y los aguacates del terreno que tiene más arriba, que ahora trabaja Lenin, su nieto. A media reunión con la familia, don Raúl sale a su jardín y regresa con un durazno justo en su punto. Lo limpia con cuidado y lo examina por todos lados antes de obsequiarlo a la que considera la muchacha más bonita de los visitantes.

Regadas por toda la casa están piezas de su orgullo: lo obtenido por su trabajo y sus lecturas a pesar de haber acabado apenas el sexto grado. Por toda la casa están tirados diarios *La Jornada* y en los cajones de su cama guarda fotos del subcomandante Marcos y de López Obrador, algún brillante durazno del que se había olvidado o un documento con el sello del PRI, de cuando fue regidor de Tecmatlán. Su trayectoria política, ligada al pueblo, la recuerda con una mezcla de orgullo y pesar. Recuerda que tuvo un papel importante en la pavimentación de las calles del pueblo y en el otorgamiento de créditos a los panaderos, pero sabe muy bien de las prácticas que el partido tiene en el Estado. Don Raúl se refiere a Enrique Peña Nieto como un ave de mal agüero, asegura

que desde Salinas todos los presidentes han saqueado a la nación y nos confiesa que ha votado por López Obrador en las dos últimas elecciones.

Yo , por lo menos, siempre quise que estudiaran mis hermanas y va, que por lo menos se quitaran de pobres, porque éramos muy pobres y la familia era muy grande. Y mi padre era albañil, le pagaban poco precisamente en la Normal de Tenería. Entonces esa era la situación pero mi padre sí todavía tenía el interés, como trabajaba de albañil ahí, se daba cuenta cómo vivían o cómo salían y eso cómo ya eran maestros. Y a él sí le preocupó que estudiaran mis hermanos. El mayor fue el primero. Y el segundo fui yo, pero la situación no se dio económicamente, y luego mejor, siguió el que sigue de mí, ése, y yo ya empecé a ayudar a la casa.

Dos de sus hermanos se recibieron como normalistas rurales y uno logró recibirse de técnico. Los hombres migraron todos: dos a Veracruz, uno más a Hidalgo y don Raúl se fue a trabajar un tiempo a la Ciudad de México, donde a veces tuvo que vivir en la calle, y después se fue a Mexicalcingo de donde era la familia de su esposa. Ahí se inició en el negocio de la carne, en específico del chicharrón, oficio que le enseñó su cuñado. Vendiendo en el tianguis de Toluca, a don Raúl le fue muy bien en un inicio. Ahí tuvo a sus primeros hijos y se involucró con la comunidad. En esos años se organizó con otros padres de familia para construir un jardín de niños, haciendo kermeses y bailes, recolectando fondos y en gestiones con el gobernador. Poco antes de que se construyera la escuela, cuando vendía hasta cuatro cajas de chicharrón al día, murieron su padre y su abuela. Incapaz, además, de conseguir chicharrón en Mexicalcingo, por escasez de cuero, decidió regresar a Tecamatlán a cuidar de su mamá. Su madre murió poco después, pero don Raúl se quedó en su pueblo.

Ahí abrió una carnicería que, de nuevo, tuvo un éxito momentáneo, el cual le permitió construir su casa en sólo seis meses. Al año, regresando de su carnicería, don Raúl halló que las dueñas de la otra carnicería del pueblo salían de su casa. Le aseguraron que querían arreglar precios de la carne pero, apenas se fueron, don Raúl halló una masa blanca en la sala de su casa. Le dijo a su hija que la barrera pero a partir de entonces toda la carne, aún matando al marrano en la madrugada, se le podría antes del mediodía, poniéndose de un blanco enfermizo y lechoso. En esa época, con su mujer enferma de artritis, tuvo que pedir un préstamo y antes de darse cuenta debía ya 40 mil pesos. Sin saber cómo pagar sus deudas, con la carnicería cerrada, compró el boleto para una rifa por 100 mil pesos, el cual guardó sin ver. Días después de anunciar el número ganador no se había reclamado el premio. Don Raúl no podía encontrar su boleto, se encomendó a San Miguel, el patrono del pueblo de quien es muy devoto, y encontró el boleto ganador.

Con el dinero de la rifa, don Raúl pudo empezar de nuevo como chicharronero en Tecomatlán. Su hijo mayor, Raúl, murió de chico, pero los que siguieron, Maribel y Cuitláhuac, pudieron estudiar en normales rurales, en Morelos y Tenería, y a Afrodita y Cuauhtémoc les heredó el negocio del chicharrón. Cuando su hija tuvo a Julio César y a Lenin, Raúl pasaba por una buena racha: su lugar en el tianguis estaba consolidado y había llegado a ser regidor. Julio César y Lenin no nacieron en el pueblo sino en La Malinche, donde vivían con la pareja de Afrodita.

Ah, pero él era taxista, pero muy enamorado, sí, a cualquiera les daba dinero seguramente y pues nunca llevaba. ¿Qué llevaba? ¿Cuánto era lo que llevaba para ellos? O sea, vivían en su casa de él. Pero le daba cincuenta pesos a la semana. Entonces, yo supe esa situación, ¿sí? Y un día me dispuse a irla y, este, en este caso, quitarla de ahí, ¿verdad?, traerla para mi casa, para acabar pronto. Sobre todo por mis nietos, que unos pequeñitos y ya con

esas situaciones tan difíciles, ¿no? Y que, lo más seguro, que si siguen otro poco de tiempo allá se hubieran muerto, pues es la verdad. El grande ya nomás torcía el cuello de lo, en este caso, de lo mal que estaba, físicamente. El chiquito tenía bien poquito tiempo de haber nacido. No recuerdo tanto, pero yo creo que, que tenía como un mes, ¿sí? Pero ya nomás se le iba la cabecita de lado. Y, a pesar de que prácticamente estaba recién nacido, y flaco, flaco, los puros huesos se le veían. De tal forma que un día me decidí, a que hubieran matado a mis nietos, ¿verdad? Entonces no podía yo dejar en esa situación a mi hija con todo y hijos y, desde entonces, se han criado aquí con nosotros, ¿sí? Y caso claro que cambió su vida, por lo menos ya comían bien, ¿sí? Se les trataba muy bien y se recuperaron, no, no estaban gordos, gordos, pero eran unas personas, digamos, eh, bien. Bien. Y aquí vivieron con nosotros todo el tiempo. Ya más adelante, compré ese lotecito, de ahí, es doble. Yo que, para atrás no está construido, para delante está una casa. Se lo regalé a mi hija porque no quería que ella una día tuviera un mal momento, ¿sí? Y se fuera con otro igual o peor, ¿sí? Entonces le regalé el lote y afortunadamente le ayudé a tener un, un este, una situación de una economía mejor, ahora trabaja aquí en, este, en COBAEM y le pagan bien.

Afrodita construyó su casa enfrente de la de su papá e iniciaron a compartir el negocio del chicharrón con Cuauhtémoc. Él es el único que se dedica solamente al chicharrón: Afrodita trabaja como intendente en el COBAEM y vende artículos de temporada y Lenin estudia y vende hamburguesas los fines de semana por las noches. Lenin, además, carga con casi todo el trabajo del chicharrón que venden él y su mamá, alrededor de 25 kilos a la semana, además de cuidar las huertas de aguacates y duraznos de su abuelo, que venden a un mayorista. Familia humilde, el trabajo en conjunto es lo que les permite mantenerse, y también en conjunto llevan los

asuntos de sus miembros. Es con respecto al apoyo a la economía familiar, a la vida en conjunto, que don Raúl recuerda a Julio César, su personalidad y sus cambios cuando decidió ser maestro.

Bueno pues, muy chico era un poco, este, grosero. No le peleaba a uno pero pues como que no le hacía caso a uno. Ésa es la verdad. Ya desde que entró a la Normal cambió totalmente, ya fue buena persona, ya fue responsable. Una persona que si teníamos que ir al campo, no decía no. Se iba con nosotros a trabajar. Tenía la situación de que yo, a veces tenía yo coraje, porque se iba de visita y no sabía yo ni a qué iba ni por qué iba. Y entonces, este, yo me molestaba porque no llegaba noche y no le hablaba, ya me iba yo a dormir, ya tranquilo de que ya había llegado. Pero eso fue en general básicamente la situación personal entre los dos. Ahora, lo que yo tuve una gran impresión cuando supe que en las noches se salía y llegaba hasta media noche, yo no sabía a dónde había ido, ya estaba yo en la cama, pero siquiera por qué llegaba me acostaba yo a dormir. Pero, lo que no sabía, que había hecho obras buenas, una situación de compañerismo, de conocimiento, de lo que sea. Entonces, ya estaba cambiado todo totalmente... Lo último que supe, pues es que, ya que estaba en la Normal, era una persona muy popular, sus compañeros lo querían mucho, inclusive ya estaban pensando en que fuera del Comité de alumnos de la Normal. Ya prácticamente le decían: Que te queremos allá y te queremos allá. Pero no llegó.

Esa época le queda poco clara a don Raúl. En un par de años, enfermó, perdió casi 20 centímetros de estatura y varios kilos. De la muerte de Julio se enteró después, hasta el velorio, cuando conoció a mucha gente que frecuentaba en el pueblo. La relación de Julio con el pueblo, sin que él lo supiera, impacta profundamente a don Raúl, aunque está tremendamente consciente de que el caso de su nieto no es un hecho aislado.

A mí no me dijeron porque estaba recién operado y pensaron que me iba a, vamos, en este caso, a ir mal con que me hubieran comunicado de lo que pasaba. Entonces, solamente me dijeron: “Vamos a Ayotzinapa y quién sabe qué relajo tiene Julio César”. Y llegaron y no me dijeron que porque me dejaban ni nada por el estilo. Yo esperé pues que no fuera gran cosa. Yo al principio, no sabía yo que ya lo habían matado. Y eso fue lo que sucedió. Y bueno pues ya saben que la situación ha sido en Ayotzinapa pésimo para los estudiantes. Mucho los han matado, no es el primero que matan.

JULIO CÉSAR MONDRAGÓN

FONTES: HERMANO

Wendy Medina de Loera

Maestría en Estudios de Asia y África, CEEA

El Colegio de México

wamedina@colmex.mx

Abraham Trejo

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@ibrahimterror

LENIN BERNABÉ MONDRAGÓN FONTES TIENE 22 AÑOS Y SU hermano Julio César era solamente un año mayor que él. Coincidimos con Lenin a nueve meses de los hechos de Iguala, durante el mítin de 43 horas que tuvo lugar los días 26 al 28 de junio del presente año afuera del Palacio de Bellas Artes. La breve entrevista que le hicimos ese día fue la primera de 6 que realizamos como colectivo a los familiares de Julio César Mondragón Fontes.

Al preguntarle a Lenin por su lugar de origen y familia, nos comentó que él y su hermano Julio César crecieron en el pueblo rural llamado San Miguel Tecomatlán, ubicado en el municipio de Tenancingo, Estado de México: “Ahí crecimos toda la infancia y parte de la juventud. [...] Nuestra familia se ha dedicado a la producción de chicharrón de cerdo”. Esta actividad se ha enseñado de generación en generación; su madre y él se dedican a ese negocio.

Lenin nos platica que la muerte de su hermano Julio César y la forma en que sucedió fue un acontecimiento que impactó a la familia:

Fue algo muy duro, muy difícil. [...] En particular para mí demasiado difícil porque como les decía me llevaba un año de diferencia de edad. Y convivíamos demasiado, en muchas aventuras, muchas experiencias vividas, buenas, malas, pero pues ahí estábamos. Y pues sí fue muy difícil para mi mamá también de que después se lamentaba: “No le hubiéramos permitido que se fuera allá [a Ayotzinapa]”. Y todos mis tíos también porque siempre estuvieron al pendiente de nosotros, como pues... Desgraciadamente no contamos con un padre... Pues ellos eran los que estaban al tanto.

Dos hermanos de la mamá de Julio César son normalistas rurales, don Cuitláhuac Mondragón Fontes y doña Maribel

Mondragón Fontes. Lenin recuerda que cuando eran pequeños sus tíos les preguntaban si querían ser profesores como ellos para enseñarles a los niños a escribir, leer y sumar. En la memoria de Lenin, su hermano mayor meditaba esa posibilidad, mientras que él no tenía ninguna respuesta clara.

Antes de ingresar a la Normal Rural Isidro Burgos en Ayotzinapa, Guerrero, Julio César intentó concluir sus estudios en otras instituciones educativas. Debido a estos cambios, hay medios que han señalado a Julio César como un presunto espía. Su hermano Lenin rechaza esa posibilidad y explica que los motivos que llevaron a su hermano mayor a cambiarse de una a otra escuela fueron razones personales, económicas y de anhelos por cumplir su sueño de ser normalista.

Cuando concluyó su bachillerato, Julio César ingresó a la Normal Rural Lázaro Cárdenas de Tenerife, Estado de México. Sin embargo, debido a problemas familiares —el fallecimiento de su abuela materna— se ausentó de la escuela por un tiempo. Lenin nos platica que él y su hermano llegaron a comentar que su ausencia fue un pretexto que la institución utilizó para darlo de baja debido a que cuestionaba constantemente algunas prácticas dentro de la Normal. Su paso por la Normal de Tenerife resultó decisivo para la vida personal de Julio César. En el contexto de un baile organizado por esta Normal con motivo de su aniversario, Julio César conoció a quien sería su futura esposa, Marissa Mendoza, y madre de su hija, Melissa Sayuri, “un regalo del más preciado que nos pudo dejar”, afirma Lenin.

La expulsión de Julio César de la Normal Rural de Tenerife permitió que los hermanos Mondragón Fontes compartieran amigos y salón de clases en el Tecnológico del Estado de México. Cuando Lenin concluyó su bachillerato decidió estudiar la Licenciatura en Administración en este Tecnológico. Lenin recuerda que su mamá convenció a Julio César para que ingresara a la misma institución y carrera que Lenin estaba por iniciar. A la fecha, Lenin trabaja

para poder continuar sus estudios: además de vender chicharrón los domingos, vende hamburguesas los fines de semana, desayunos a sus compañeros de escuela y le ayuda a su mamá vendiendo en su local. Como si eso fuera poco, Lenin le ayuda a su abuelo a recolectar aguacates cuando es temporada. “¡Los aguacates más ricos de San Miguel Tecamatlán!”, nos asegura.

Cuando le preguntamos a Lenin quién de los dos hermanos estudiaba más, nos responde entre risas: “ffjense que él”. Y recuerda que en alguna ocasión su hermano Julio César se lo hizo saber: “No hermano cuando íbamos juntos... Pues yo te veía muy dedicado, siempre puntual, siempre con tareas... Y yo en ocasiones sin tarea y eso, pero en la hora del examen...Pues salía más alto que tú”; se sonrío. Lenin reconoce que su hermano era una persona inteligente, “pues aprendía sin necesidad de repasar apuntes”; “tenía nueves, sacaba dieces” con tan sólo escuchar la clase. Esta cualidad también impresionó a Marissa.

Sin embargo, las buenas calificaciones no eran todo para Julio César. Lenin recuerda que su hermano no estaba convencido de que su vocación fuera estudiar Administración. Además, la difícil situación económica en su casa contribuyó a que Julio César decidiera salirse del Tecnológico: el esfuerzo que hacía su mamá para mantenerlos en la escuela, el pago de las colegiaturas, los pasajes, los gastos de trabajos escolares, la vestimenta, etcétera. Lenin recuerda que su hermano le confesó en alguna ocasión: “Como que siento que acá no es mi vocación y para qué le hago al cuento, para qué voy hacer gastar más a mi mamá si esto siento que no es lo mío que no pertenezco acá. Yo, lo mío era una Normal Rural, mi sueño es egresar de una de éstas y pues quiero cumplir ese sueño”.

Entre su salida del Tecnológico y su ingreso a la Normal de Ayotzinapa sucedieron cambios importantes en la vida de Julio César: se mudó al Distrito Federal con Marissa con quien tuvo a su hija, Melisa Sayuri, el 30 de julio del 2014, y trabajó, primero, como guardia de seguridad privada en la Central de Camiones de

Observatorio y en el centro comercial de Santa Fe más adelante. Ambos trabajos requerían de él hacer guardias de 24 x 24 horas.

Pero sus aspiraciones lo llevaron a buscar nuevamente la oportunidad de ingresar a una Normal Rural. Primero intentó en la Escuela Vasco de Quiroga de Tiripetío, Michoacán. En la memoria de Lenin, su hermano Julio César se deprimió al no ser aceptado en Tiripetío, pero como era muy perseverante le dijo: “La otra Normal Rural para hombres, la más cercana pues es la que está en Guerrero, en Ayotzinapa. [...] Voy hacer mi último intento. Ya si no, pues busco [un] trabajo como en el que estaba. Y pues ya, me quito de historias”.

Luego de haber pasado exitosamente el examen de admisión, Julio César se presentó durante la última semana de julio de 2014 en Ayotzinapa para acreditar el curso propedéutico. Cumplidos estos requisitos, Julio César, contento y entusiasmado por haber sido admitido, le dijo a Lenin que “costara lo que costara no iba a desaprovechar esa oportunidad”. Sin embargo, sus aspiraciones fueron truncadas el 26 de septiembre del 2014 cuando fue torturado, desollado y asesinado.

La demanda principal de Lenin Mondragón Fontes es que se esclarezca la verdad de la tortura y muerte de su hermano a manos de la policía de Iguala y que se haga justicia por ese crimen de Estado. Lenin recuerda que su hermano Julio César se comunicó la noche del 26 de septiembre: “Todavía se logró comunicar... [y nos dijo] que eran policías los que los estaban atacando, los estaban balaceando [mientras] ellos les gritaban que eran estudiantes”.

En el acta de defunción de Julio César aparece que su muerte se debió a un golpe en la cabeza y Lenin nos recuerda que “ahí se está omitiendo [...] que fue desollado vivo”. La muerte de Julio César, según quedó en esta acta, se enuncia “simplemente [como] homicidio calificado y no [habla] de delitos más graves como ejecución extrajudicial y mucho menos de la tortura”. El expediente del caso de Julio César que integró la Procuraduría General de Justicia

del Estado de Guerrero contiene dos peritajes que se contradicen mutuamente acerca de las causas de las lesiones en su rostro: “En el dictamen de la necropsia se establece que dichas lesiones *post-mortem* son producto de la intrusión de la fauna. Un dictamen en materia de criminalística determina que las lesiones se produjeron con un instrumento cortante” (CNDH, 2015: 58).

Lenin expresa su indignación hacia los peritajes realizados por la Procuraduría General del Estado de Guerrero, en particular el que señala a la fauna silvestre de la zona como la causa de las lesiones en el rostro de Julio César. Además, señala Lenin, “la PGR no ha querido abrir nuevas líneas de investigación; que sean científicas, con pruebas, para esclarecer la verdad”. Aunado a ello, el presunto responsable de la muerte de Julio César quedó libre. A la indignación originada por la ineficiencia e irregularidades en la impartición de justicia, se le suma la narrativa que se intenta construir desde estas instancias del Estado sobre la forma en que murió Julio César y que su hermano menor, Lenin Bernabé Mondragón Fontes, rechaza contundentemente: “También nos indignamos porque cómo es posible que una persona desolle a otra y estando viva. Eso es imposible”.

RECORDANDO A JULIO CÉSAR MONDRAGÓN FONTES

Lorena Rodas

Licenciatura en Historia en la FFyL,

UNAM

aomame413@gmail.com

Gerardo Sánchez

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

gsanchez@gmail.com

Brincaba de alegría cuando él pasó su examen y el día que él falleció pues es como morir uno, ya no es la misma alegría, vienen recuerdos. Luego, después de su muerte, llegó el cuatro de junio, era su cumpleaños, fue su cumpleaños, hubiera cumplido veintitrés años, pero todo esto nos golpea mucho, es muy difícil. Es muy difícil superar una pérdida de un ser querido, y más de un hijo porque no está uno mentalizado que los hijos se van a ir primero que uno. Es muy triste y muy difícil llevar un duelo de esta índole, de esta magnitud y lo que más duele: ver que era un buen muchacho y ¿por qué pasó esto? Yo a mi dios le pido justicia divina porque pues aquí yo no creo que no las haga. Ni siquiera nos hacen caso.

Julio César Mondragón Fuentes fue asesinado la madrugada del 27 de septiembre del año 2014. Él, junto a las demás víctimas de aquellos fatídicos eventos en Iguala, se ha convertido en un nuevo referente histórico. Como pocas víctimas de anteriores episodios de represión estatal, el caso de Julio César se podría transformar en un lugar de la memoria colectiva de México, por la gravedad de los crímenes cometidos contra él. Julio César pasó de ser simplemente un joven de 22 años que tenía la vida por delante, para convertirse en infame referente de la violencia cotidiana que se vive en el país. Pero antes de la violencia, la tortura y el doloroso camino recorrido en busca de justicia, él era simplemente Julio, de Tecamatlán, el muchacho al que le gustaba hacer ejercicio, que podía caminar todo el día recorriendo los cerros cercanos, recogiendo obsidianas, coleccionando monedas y piezas prehispánicas. El que tenía la fortuna de tener una familia que todavía hoy lo quiere y lo extraña.

Nos trasladamos a Tecamatlán, en el Estado de México, para hablar con la familia de Julio César, e intentar recuperar parte de la memoria perdida en el estruendo mediático que ha desatado el caso Iguala. Queríamos saber: ¿quién era Julio César Mondragón Fontes?, más allá de su carácter de víctima. Afrodita nos recibió con los brazos abiertos en su casa, construida durante varios años y con mucho esfuerzo. En conversación con la madre de Julio, comenzamos a darnos cuenta de la dimensión humana de la tragedia que se ha repetido en incontables hogares a lo largo del territorio nacional. Nos percatamos de la ausencia de un ser querido, de los rastros que deja tras de sí la memoria de un joven que ya no regresará con sus seres queridos. Si bien apenas comenzamos a descubrir a Julio, su familia, a su vez, lo ha redescubierto a partir de la memoria comunitaria de sus amigos y conocidos, a través de anécdotas que revelan una faceta diferente de su vida. Resumir una vida en pocas hojas no es asunto fácil. No pretendemos elaborar una biografía de Julio, simplemente presentar un esbozo para pensar en las víctimas de la violencia en México como algo más que meras estadísticas, como seres humanos.

Durante más de un año, la imagen de Julio ha sido mancillada con una clara intención política. Se ha sugerido que era un infiltrado, que era “oreja”, también se ha dicho que era “líder” de una opaca organización narcotraficante. Todas estas historias han buscado destruir públicamente a Julio y borrar su calidad de víctima. La intención es claramente minimizar la tragedia y la violencia con la que Julio fue asesinado, porque “andaba en malos pasos”, de acuerdo con el gobierno y sus medios oficiales. La ineptitud del gobierno simplemente reza “se lo merecía”; rehusando reconocer los crímenes cometidos contra Julio, señalando con toda seriedad que su desollación fue producto de “fauna nociva”. Nosotros buscamos contrastar esta imagen oscura, con un recuento humano. Y no sobra decirlo, también hacer un reclamo de justicia para Julio y su familia.

Julio César el de Tecamatlán

Nos imaginamos a Julio César al atardecer, cansado, bajando por Villa Guerrero después de un día completo caminando, explorando los alrededores de Tenancingo. A Julio le gustaba salir, estar entre la naturaleza con amigos. Regresaba a su casa en la tarde y le contaba a su madre lo que había hecho en el día: “A veces me platicaba: ‘fuimos a tal cerro a caminar’. Pero pues yo no ubico y pues pensaba que era aquí cerquita”. Julio llegó a caminar hasta lugares tan lejanos como Ixtapan de la Sal, como si los montes no pudieran contener el deseo de descubrir, de avanzar, de seguir adelante. Julio coleccionaba recuerdos de sus múltiples viajes en una pequeña caja de madera que Afrodita aún conserva. Pequeños sellos prehispánicos que los tractores desenterraban en las tierras de cultivo; puntas de obsidiana, tal vez de Malinalco y Acalzingo, como nos recuerda Afrodita y el hermano de Julio, Lenin, con quien compartió sus viajes.

Antes de que Julio partiera para hacer su vida junto a su esposa Marissa, gustaba de hacer papiroflexia. Afrodita nos cuenta: “Yo creo que aprendió en Tenería, luego yo veía que hacía otras formas, era creativo el muchacho. Hacía muchas cosas: hacía cajitas de papel de colores; hacía unos como globitos, [...] varias figuras, como hexágonos, pentágonos, de papel. Hacía cisnes también, como ese corazón que está allá [...]”. Afrodita recuerda y nos enseña algunas de las figuras que había hecho Julio. “Éste se paraba bien, ya tiene años, aunque no me acuerdo cómo se movía la flor. Tenía un efecto para que la rosa girara. Tenía una creatividad increíble, nada más que ya pasó mucho tiempo y ya se está destruyendo, ya no tiene la misma firmeza, el papel se vence y se zafa”.

Julio también pasaba su tiempo escribiendo poemas en sus cuadernos; estaba aprendiendo a nadar en un tanque de agua que había en el pueblo. Era inquieto y curioso: “Le gustaba observar, conocer, y aprender de los alrededores”. Casi todos los miembros de su familia recuerdan sus proezas físicas: podía correr durante

horas, caminar largos trayectos, realizar lagartijas y abdominales. “Tenía muchísima fuerza, era un muchacho muy sano”.

Julio conocía a muchos jóvenes de su comunidad, mujeres y hombres con los que convivía y a quienes ayudaba, ya fuera con sus labores escolares, escuchándolos y dándoles consejos, o simplemente compartiendo con ellos el gusto por la papiroflexia y la naturaleza. Con frecuencia, Afrodita y otros miembros de su familia recuerdan que parecía conocer a todos los jóvenes del pueblo, a quienes invitaba a su casa. Julio César fue un adolescente con muchísima inquietud, quien no se dejaba vencer por las circunstancias. Su dedicación al ejercicio nos muestran un muchacho sano y contento que “le buscaba”, que era autodidacta y muy independiente. No podía ser de otra forma, Julio tenía la vida por delante y la voluntad de forjarse su propio camino, así como el amor y el apoyo de toda su familia.

Infancia y trabajo

Julio fue un niño alegre junto con su madre y su hermano Lenin. A ellos les encantaba jugar a las “ollitas”, cuenta Afrodita: “Se ponían sus manitas los dos y yo los pasaba de un lado a otro de lo que medía el ancho de la casa”, también agrega la madre: “Jugábamos al caballito, y les decía yo: Este caballo ya está viejo. Y ya me iba haciendo de lado para hacer como que los iba yo a tirar pero siempre jugábamos al caballito. Y se ponían contentos, y decían: ‘¡Más!, más!, ¡échale más!’” La diversión de los juegos no sólo estaba presente en casa, también en el pueblo, en el monte y hasta en la ciudad, cuando visitaban el zoológico.

El monte, como la familia Mondragón le llama, es parte de su paisaje cotidiano y su historia familiar, en él vivieron muchas aventuras Julio, Lenin y Afrodita. En estas tierras la familia Mondragón tiene un huerto de aguacates y es también el lugar donde, a final de año, Afrodita junto con sus pequeños realizaban largas caminatas para buscar lamita, que se usa en los nacimientos decembrinos.

Afrodita aprovechaba lo que el monte daba para hacerlo una aventura más con sus hijos y, al mismo tiempo, ganar un dinero extra para la casa. Ella no sólo pensaba en tener unos pesos más en la bolsa para mantener a su familia, también se preocupaba por jugar con sus hijos. Llevaba una cuerda que convertía en un columpio improvisado en “alguna ramita que estuviera medio inclinada”, para que ahí los niños jugaran y tuvieran un rato de descanso. Así Afrodita, desde que sus hijos eran muy pequeños, supo enseñarles que la responsabilidad y la diversión no están peleados.

Afrodita recuerda la curiosidad de Julio cuando era niño, como cuando llevó a sus hijos al zoológico, ahí Julio César, quien era más grande que Lenin, cuestionaba a la madre: “¿Por qué esto? y ¿por qué el otro?”. Así, Julio creció con una vocación de observación, lleno de ansias por conocer, por aprender lo que el mundo le deparaba.

Julio y Lenin aprendieron desde pequeños que debían ayudar a su madre con lo que pudieran. Aprendieron a vender pan, que elaboraba la familia. En otras ocasiones, los niños ayudaban a Afrodita en su venta de elotes y esquites en un puesto en el pueblo. Los niños fueron creciendo con el compromiso de ayudar a su madre a trabajar para salir todos adelante. El trabajo en cooperación entre madre e hijos, los fue forjando como jóvenes comprometidos con sus seres queridos. Aprendieron desde muy pequeños a pensar en el otro, en el hermano, en la madre, en los tíos, los abuelos; y cuando decidieron hacer su propia familia, siguieron pensando en el bienestar de los suyos. Las lecciones de su niñez marcaron los rumbos que tomaría cada uno, a su manera.

... cuando yo ya sacaba mi puesto de chacharitas: cucharitas, pelotas, juguetitos, y yo daba todo de a siete pesos. Ya después, como desde un principio se empezó a vender, sacábamos un nailon y en la banquetta poníamos nuestras cositas, metíamos y sacábamos. Ya después le pensaba yo cuando se venía el aguacero bien fuerte y pasaba a reventar el nailon y pues sí se maltratan las

cosas, los productos. Aunque sean chacharitas pues deben estar presentables, en buen estado. Luego ya, no la rifamos, él ya no conoció el negocio, el local. Ya era difícil bajar y subir las cosas, entonces pues ya rentamos un localito. De hecho, yo hace como 20 años me dedicaba a vender ropa, vendía yo trajes e íbamos a surtir al Distrito, al último ya vendíamos chacharitas. Él ya no conoció el local.

Después de algunos años Afrodita y sus hijos aprendieron un nuevo oficio: hacer chicharrón. Si bien un oficio nuevo pero no desconocido del todo, ya que parte la familia se ha dedicado a la venta y preparación del chicharrón, así como de otros productos como los populares tacos del abuelo Raúl. Preparar chicharrón resulta muy pesado, ya que requiere muchas horas de trabajo para que esté listo para la venta el sábado y domingo. Julio y Lenin aprendieron a prepararlo de buen sabor, tanto así que Lenin ha montado su propia venta, sin descuidar por ello el producto de la madre, a quien sigue ayudando con la preparación, que es lo más cansado. Cuenta Afrodita que para que el chicharrón quede sabroso se tiene que “limpiar el cuero, [...] tender el cuero, bajarlo, bañarlo, sancocharlo”.

Todo ese trabajo, esa dedicación y ayuda entre la familia Mondragón, en especial de Afrodita con sus hijos ha sido para enseñarles a ser “mexicanos de bien”, como dice. Una parte del dinero que iban ganando era para los estudios de los muchachos, y otra más para hacer su casa, los aguinaldos los invertía en su hogar. Ella siempre estuvo ilusionada con tener un patrimonio y para ello ha trabajado arduamente toda su vida “...de hecho a mí no me llamaban la atención las fiestas y eso, yo siempre pensaba en el trabajo, para mí todo era trabajo porque yo ya tenía pensado hacer un cuartito, pero al final ya no fue un cuartito sino una casita, gracias a dios”. Hoy en día ella reflexiona sobre los espacios que Julio sí conoció, los planes que tenían cuando él la visitaba.

Los espacios que construyó para Julio. Todo el trabajo, siempre para mejorar, para salir adelante entre todos.

Ausencia de Julio

Afrodita recuerda con pesar que Julio decidiera convertirse en maestro, ya que por un tiempo parecía inclinado a volverse sacerdote y entrar a un seminario.

Pues realmente cuando era niño no decía qué quería ser, yo ahora me siento muy mal porque, cuando él salió del bachillerato, él me decía que quería ser sacerdote y yo le dije que era una carrera que yo la veía muy difícil porque no tienen familia o si la tienen es a escondidas. Yo no soy nadie para juzgar pero a mí sí me gustaría que tuvieran su familia, que tuvieran compañía, ¡vaya! Como dios nos mandó al mundo, tener una pareja, hijos..., lo que es una familia. Y siento que ellos no tienen la familia [...] entonces un tiempo se inclinó por ser sacerdote. Luego le llamaba la atención de los maestros porque veía a mi hermano y a mi hermana que son maestros y que a diferencia de nuestra situación que no ha sido fácil, nos ha costado ganarnos el pan de cada día. Ha sido más difícil para nosotros que para un profesionista, entonces pues la Normal de Tenerife nos queda cerca, tres kilómetros y presentó su examen y quedó en segundo lugar, era pues un muchacho, aventado, dicen aquí “aguerrido”.

Pero en Tenerife, Julio no pudo completar sus estudios. Al ser expulsado de la Normal, él decidió probar suerte en el Tecnológico del Estado de México, para estudiar junto con su hermano menor Lenin, la licenciatura en Administración, carrera en la que obtiene buenos resultados. Pero Julio deseaba convertirse en un maestro normalista. Deja sus estudios e intenta ingresar a la Escuela Normal de Tiripetío, en la cual no logró ingresar, lo cual pareció truncar sus esperanzas de convertirse en maestro.

En este punto parece romperse la narración. Julio dejó su casa familiar en Tecomatlán. A sus escasos 20 años, comenzó el peregrinar de Julio hacia una vida independiente. Conoció a Marissa y comenzó a tener una vida en pareja. Para mantener a su nueva familia, mientras Marissa terminaba sus estudios, él decidió trabajar como guardia de seguridad en la Central de Camiones de Oriente en la Ciudad de México, y posteriormente en el centro comercial de Santa Fe. Todavía hasta el día de hoy, Afrodita se pregunta la razón de su súbita independencia:

Pues dicen que él sí extrañaba mucho acá. Esa parte no sé si no me la contó o no la entendí, yo pensaba que se fue por gusto, ¿verdad?, se fue por seguir a su esposa pero nunca me imaginé lo que extrañaba sus raíces. Yo pensé que como todo joven se les hace fácil porque yo cuando fui joven a mí sí me llamó mucho la atención irme a Estados Unidos, me quería ir por gusto. Entonces así entendí, que él se fue al Distrito por gusto, por seguir a su esposa pero nunca me imaginé o como yo nunca estuve fuera pues no sabía cuánto se extraña a la gente del pueblo, los padres, la familia, el mismo pueblo, las amistades, por eso de que estás lejos, yo creo.

Fue así como Julio, posiblemente, decidió salir de la casa de su madre, para seguirla apoyando con su trabajo, para no cargarle tanto la mano con el dinero de los estudios, pero también para crecer. La solidaridad y la responsabilidad con que fueron educados Julio y Lenin, los marcó para ser jóvenes trabajadores, siempre buscando opciones para ser mejores, para salir adelante, pero también para construir una familia propia y forjarse un camino independiente junto con su esposa.

Aún así Julio regresaba, no olvidaba sus raíces. Afrodita recuerda cuando llegaba a visitarla en su trabajo en el Colegio de Bachilleres

del Estado de México, y veía cómo avanzaba la construcción de la casa:

... entonces él cada que venía se sentía muy orgulloso, se sentía muy contento: “Ay mamá qué gusto me da que hemos progresado, ¡qué gusto me da!, ¡hasta me dan ganas de quedarme aquí”. Él disfrutaba mucho acá porque como venía de visita. Yo luego le hacía un pastel [...] A él le gustaba mucho la comida que yo hacía, a él le gustaba mucho estar platicando conmigo, como me iba a trabajar él visitaba sus amistades.

Fue durante este periodo que Julio decidió dejar el trabajo y volver a intentar su suerte en una Escuela Normal Rural, la de Ayotzinapa, que le permitiera obtener un título y que no supusiera una fuerte carga económica para su familia. Julio parecía decidido a estudiar y volverse maestro a pesar de las objeciones de Marissa. Estaba dispuesto a vivir lejos de sus seres queridos y soportar las dificultades de un arduo proceso de selección para procurarse un mejor futuro. Al respecto, Afrodita recuerda:

Pues yo me sentía ya muy contenta, ya me sentía yo muy feliz de que, pues él tuviera una profesión. Yo viendo la situación, la crisis, cada vez somos más personas que luchamos [...] Llegó y me sentí muy contenta cuando me dijo que quería ser maestro y lo veía yo muy animado y ese ánimo me lo transmitía. Cuando él pasó su examen en la Normal de Ayotzinapa pues brincábamos de gusto y nunca imaginé, ni siendo tantito negativo, nunca me pasó por la cabeza la tragedia que se nos avecinaba, la muerte de mi hijo.

Recordando a Julio

Hoy la familia de Julio sigue reconstruyendo su memoria, sigue intentando dar cuenta del muchacho que vieron crecer, pero muchas

cosas sólo parecen cobrar sentido una vez concluidas. Las razones por las cuales Julio dejó su casa familiar, su interés por encontrar un trabajo. Todo esto sigue siendo una interrogante para Afrodita. Su ausencia y su continuo retorno.

[Era] muy amigable pero yo nunca me imaginé qué tanta relación tenía, cuántos amigos tenía. Yo veía que le hablaba a muchas muchachas, pero pues yo veía y creía que pues porque yo trabajaba allá. Sino que cuando él fallece resulta que eran sus amigas, que eran sus amigos, incluso de lo que yo llegué a escuchar que llegaba del Distrito y ya quería llevarse gente de acá para trabajar también. Él era muy chistoso, se preocupaba por todos [risas de Afrodita]. Le decía: ¿Pero dónde los vas a meter hijo?, no espérate, son broncas, no sé. Pues dicen que él sí extrañaba mucho acá.

Lo mismo que recuerdan sus tíos. Las amistades de Julio, la gente que él intentaba ayudar en el pueblo para que salieran adelante. Pero Julio y su hermano Lenin siguieron los pasos de su familia, de su madre. Fácilmente pudieron evadir su responsabilidad, vivir de lo ajeno, como aquellos quienes fueron los culpables de la muerte de Julio y aquellos quienes no han hecho nada para llevarlos a la justicia. Ellos decidieron trabajar, tomar el manto de la responsabilidad y ayudar al prójimo, comenzando con su familia. Julio abandonó en varias ocasiones los estudios para ayudar a los suyos, ya fuera apoyando tras la muerte de su abuela, o dejando el Tecnológico para aliviar la economía familiar. Y con una hija en ciernes, como padre, él decidió optar por una carrera como maestro, viendo el ejemplo de sus tíos, como una posibilidad de superación económica, como la forma de procurar un mejor futuro para su familia. Julio fue a estudiar pero nunca regresó.

Ahora Afrodita, una mujer que sigue siendo fuerte, amorosa, y sobre todo muy trabajadora, continúa luchando por el bien de su

familia, luchando por la justicia de Julio. Gran parte de esta labor se da en la vida cotidiana, trabajando desde que sale el sol hasta altas horas de la noche, a pesar de lo sucedido. De lunes a viernes Afrodita acude desde temprano a sus labores como intendente en un Colegio de Bachilleres, puesto que recuerda ella, “todavía vio Julio”. Ella no ha sido abatida por el dolor de su pérdida, reclama al Estado la falta de apoyo y atención que le ha dado al caso de su hijo. También se ha solidarizado con la causa de los padres de los 43 normalistas desaparecidos, con quien comparte la lucha. Ha pasado más de un año del asesinato de Julio a manos de agentes del Estado y del crimen organizado, y todavía no hay justicia. Las agencias del Estado sólo han bloqueado y entorpecido las investigaciones y además han tratado de manchar el nombre de Julio.

Tal vez Julio ya no se encuentra con Afrodita y su familia, pero su recuerdo los impulsa a seguir adelante, buscando justicia, unidos como familia.

CRIMEN Y ESTADO

LA TRAGEDIA DE IGUALA Y LA FRAGMENTACIÓN CRIMINAL

Raúl Zepeda Gil

Maestría en Ciencia Política, CEI

El Colegio de México

@zepecaos

LA TRAGEDIA DE IGUALA, EN LA CUAL DESAPARECIERON 43 ESTUDIANTES de la Normal Rural de Ayotzinapa y fallecieron otras seis personas, es una de las consecuencias más terribles de dos procesos paralelos e interconectados: la guerra entre las organizaciones criminales del tráfico de drogas del norte del país y las políticas de seguridad implementadas por el gobierno federal. Estos dos procesos dieron lugar a una guerra entre el Estado y las organizaciones criminales que ha tenido consecuencias sangrientas. En especial, una de las estrategias privilegiadas del gobierno federal, la captura de líderes de estas organizaciones, provocó una severa fragmentación de las redes criminales en el país. Iguala no se puede entender sin conocer los efectos de la política de seguridad en el régimen nacional e internacional de prohibición de drogas. A lo largo de este texto explicaré estas transformaciones que dieron lugar al escenario previo al nefario 26 de septiembre de 2014.

En México el escenario del tráfico de drogas estuvo controlado por grandes organizaciones criminales dedicadas a producir estupefacientes y transportarlos hacia los Estados Unidos. Estas organizaciones han sido conocidas como ‘cárteles’. Los cárteles mexicanos surgieron, naturalmente, al norte del país. Hasta finales del siglo pasado existían cuatro organizaciones importantes: el Cártel de Juárez, el Cártel de Tijuana, el Cártel de Sinaloa y el Cártel del Golfo. Mientras tanto, en el centro y sur del país estas organizaciones tenían intermediarios para el tráfico y producción de drogas. En Guerrero, Michoacán, Estado de México o Morelos no existían cárteles sino productores y transportadores locales. Apenas en 1990 surgiría el primer cártel de la zona centro-sur del país, el Cártel del Milenio, el cual controlaba la producción de marihuana en el municipio de Uruapan, Michoacán.

Los cárteles de la droga son, en realidad, un conjunto de organizaciones —como firma empresarial— con jerarquía y actividades comunes (Gianluca y Peltzman, 1995). Es decir, son un conjunto de bandas criminales que fueron articuladas en el tiempo para surtir el mercado de drogas de los Estados Unidos. Además, no son inherentemente violentas, pero usan la violencia para resolver los problemas de mercado cuando no pueden conciliar dificultades con otras organizaciones (Schelling, 1984). En general, las organizaciones criminales realizan pactos entre sí para llevar a cabo sus actividades de la manera más pacífica y ordenada posible. Estos pactos están basados en la confianza subjetiva entre las organizaciones y no en reglas claras como son las leyes del mercado lícito. Cuando son quebrantados, las organizaciones criminales usarán la violencia hasta resolver sus diferencias y establecer un nuevo equilibrio no violento (Gambetta, 1993). Para proteger sus actividades ilegales, las organizaciones criminales incorporan redes de protección violenta (Gambetta, 1993). Con rutas y territorios establecidos estas organizaciones difícilmente invadirán el espacio de otras a menos que el mercado de las drogas, o el gobierno, los impulse a cambiar su ubicación (Varese, 2011). Sirva esto para entender que los grandes cárteles de la droga en México son más bien federaciones inestables de bandas de protección violenta, financiadas por un mercado altamente lucrativo.

Durante el sexenio de Ernesto Zedillo se buscó debilitar a estas organizaciones. El arresto de Héctor Palma, de Sinaloa; Juan García Abrego, de Golfo; y la muerte de Amado Carillo Fuentes, de Juárez, provocó la llegada de nuevos liderazgos en esas organizaciones, mucho más ambiciosos en la búsqueda por capturar el mercado de las drogas en México. Joaquín Guzmán Loera se volvió el líder de Sinaloa y Osiel Cárdenas Guillén, de Golfo. Ambos decidieron incursionar en Guerrero y Michoacán por medio de otros brazos armados. El Cártel de Sinaloa lo hizo mediante un grupo de hermanos que eran sicarios de la organización: Alfredo, Arturo, Carlos

y Héctor Beltrán Leyva. El Cártel del Golfo reclutó dos grupos de sicarios: a los desertores del ejército, mejor conocidos como los Zetas, y a sus escoltas, los llamados Rojos (Valdés, 2013). Los hermanos Beltrán Leyva reclutaron, a su vez, a diferentes bandas criminales de Guerrero que después se harían llamar los Guerreros Unidos.

Guerrero, en especial lo que se conoce como el pentágono de la amapola, es una de las zonas más codiciadas por las organizaciones criminales; no sólo por sus condiciones ideales para los cultivos ilegales, también por su ubicación estratégica debido a su cercanía al centro del país y por su infraestructura en puertos marítimos.

Tanto el Cártel del Golfo como el de Sinaloa incursionaron con sus grupos armados en dicha entidad, pero las disputas internas de ambos provocaron que sus grupos de sicarios se independizaran. Los Zetas se convertirían en una organización independiente del Cártel del Golfo a los pocos años de su surgimiento; ellos comenzaron, más tarde, a extorsionar y secuestrar para ampliar sus actividades ilícitas. Los Zetas entraron en conflicto con las organizaciones locales, en especial con el Cártel del Golfo, lo cual provocó un aumento de la violencia a finales del sexenio de Vicente Fox. De una rebelión interna de los Zetas surgió un nuevo grupo en Michoacán: la Familia Michoacana.

Otra escisión interna provocó una de las reacciones más violentas que se hubiese imaginado en México. El 20 de enero de 2008, ya en pleno sexenio de Felipe Calderón, el gobierno federal detuvo al narcotraficante Alfredo Beltrán Leyva (Valdez y Méndez, 2008). Dicha detención provocaría el rompimiento de los hermanos Beltrán Leyva con el Cártel de Sinaloa. Arturo Beltrán Leyva acusó a Joaquín Guzmán Loera de haber entregado a su hermano al Ejército mexicano (de Mauleón, 2014). En ese momento nació el Cártel de los Beltrán Leyva. Esto dio lugar a una amplia disputa entre esas organizaciones criminales, lo cual llevaría a que 2008 y 2009 fueran de los años más sangrientos en la historia reciente del país (Hope, 2013).

El Cártel de los Beltrán Leyva fue una organización efímera. El gobierno federal se dedicaría activamente a deshacer su liderazgo. El 26 de diciembre de 2008 fue arrestado Timoteo Mata, jefe de sicarios, en Zihuatanejo (Agencia EFE, 2008). El 14 de abril de 2009 fue arrestado, de igual manera, el encargado de la Costa Grande de esa organización, Rubén Granados Vargas (Agencia EFE, 2009). Los golpes finales contra la organización serían el abatimiento de Arturo Beltrán Leyva el 17 de diciembre de 2009 en Cuernavaca a manos de la Marina (Morelos y Aranda, 2009), el arresto de Carlos Beltrán Leyva el 2 de enero de 2010 (Olivares, y Valdez, 2010) y el arresto de su último lugarteniente, Édgar Valdez Villareal, el 30 de agosto de 2010 (CNN México, 2010).

Tras la desaparición definitiva de los Beltrán Leyva, los diferentes grupos de sicarios que tenían bajo su control, los Guerreros Unidos y los Pelones, se independizaron. A estos se les sumarían otras organizaciones que tenían presencia en Guerrero: los remanentes de la Familia Michoacana, que se había escindido en 2011; y ocasionalmente los Caballeros Templarios y los Zetas. Otros grupos, como el Cártel Independiente de Acapulco y los Rojos, expresarían su intención de capturar las rutas de comercio ilícito que habían sido abandonadas. Estas organizaciones, a diferencia de los grandes cárteles del norte, al estar aislados y en competencia por todo Guerrero, no se dedicaron de manera exclusiva al tráfico de drogas, aprendieron de los Zetas y adoptaron varias prácticas nuevas: la extorsión de comerciantes y ciudadanos, el secuestro y la confiscación de recursos del erario público de los municipios por medio de amenazas y atentados. La fisonomía de crimen en Guerrero cambió de manera definitiva.

En la zona norte de Guerrero quedaron como contendientes por los negocios ilícitos y el cultivo de amapola los Guerreros Unidos, dirigidos por Sidronio Casarrubias, y los Rojos, dirigidos por Antonio Reina Castillo. Las dos organizaciones aprendieron, al igual que los Caballeros Templarios, que era mejor corromper a

los candidatos de los partidos que amenazarlos al tomar posesión. José Luis Abarca llegó a la presidencia municipal de Iguala de la mano de los Guerreros Unidos.

El conflicto entre los Guerreros Unidos y los Rojos es una señal clara de la transformación de la lucha contra el narcotráfico, la cual pasó de la disputa entre las grandes organizaciones criminales dedicadas al trasiego de drogas, a una guerra entre el Estado y numerosas bandas criminales que no necesariamente se dedican al mercado ilícito de estupefacientes (Lessing, 2014). De esta guerra también es culpable del Estado por sus políticas ya que no sólo desapareció a los normalistas, también creo el escenario propicio para ello.

PUNTADAS PARA UNA HISTORIA DEL NARCOTRÁFICO EN GUERRERO

Juan Camilo Pantoja García

Maestría en Ciencia Política, CEI

El Colegio de México

jpantoja@colmex.mx

A FINALES DE LA DÉCADA DE LOS SESENTA TUVO LUGAR EN Michoacán y parte de Guerrero la Operación Pulpo, un operativo militar de erradicación de cultivos ilícitos (Flores, 2005, p. 111). Ese episodio nos permite introducir dos temas. Por un lado, la larga historia del narcotráfico en Guerrero; por el otro, el fracaso de las estrategias antinarcóticos llamadas de *mano dura*, consistentes en atacar más la oferta, como el caso de la producción en Guerrero, y que resultan no sólo ineficaces e inefectivas, sino, peor aún, contraproducentes.

Para tratar de dar sentido a lo sucedido en Iguala con los normalistas de Ayotzinapa es necesario entender de dónde surgen las organizaciones criminales con la capacidad, operativa y política, para cometer tales actos. Por todo ello, en este texto intento resumir brevemente lo poco que conocemos de la historia del narcotráfico en Guerrero.

I

La presencia de marihuana en Guerrero está documentada, al menos, desde mediados del siglo XIX (Campos, 2012, p. 82). De acuerdo con Astorga (1999, p. 13), en Guerrero, al igual que en otros estados, se produce por miles de toneladas desde la década del treinta del siglo pasado. Sin embargo, desde finales de la década de los sesenta e inicios de la década de los setenta, Guerrero adquirió una mayor importancia como estado productor de enervantes. Entre otros factores, lo anterior se debe a dos causas: el aumento del mercado de drogas consideradas ilegales en Estados Unidos y los efectos del endurecimiento de las políticas prohibicionistas tanto en México como en su vecino del norte (Astorga, 1996, p. 132; Knight, 2012, p. 125).

Respecto al endurecimiento de las políticas prohibicionistas es necesario advertir que fueron iniciadas en México debido en buena medida a las presiones ejercidas por los Estados Unidos (Enciso 2009 y 2010), ya que México fue la fuente de bienes de contrabando, al menos desde la época del porfiriato (Knight, 2012, p. 119). Sin embargo, durante sus primeras épocas el narcotráfico fue un negocio relativamente pequeño en México controlado, primero, por políticos y autoridades locales; luego, cuando las condiciones políticas generadas por la consolidación del priismo así lo permitieron, manejado por el centro a través de diversos mecanismos (Knight, 2012; Astorga, 1999; Serrano, 2012).

Si bien las operaciones conjuntas de erradicación entre autoridades mexicanas y estadounidenses iniciaron desde finales de la década de los treinta (Astorga, 1996, p. 132), su impacto fue mucho mayor con el endurecimiento de las políticas prohibicionistas en Estados Unidos durante la administración Nixon que se reflejaron en México a través de la Operación Intercepción I, que cerró las fronteras entre ambos países, y que si bien no logró el objetivo de reducir el tráfico de narcóticos, sí cumplió con su función política de presionar a las autoridades mexicanas para que "... adoptaran medidas más agresivas contra el tráfico de drogas y que involucrara al ejército" (Enciso, 2010, p. 79). Ejemplo de ello fue la Operación Cóndor que concentró los esfuerzos de erradicación de cultivos ilícitos en los estados del norte; específicamente, en el llamado Triángulo Dorado, durante la década de los setenta (Astorga, 1999, p. 18).

Los resultados de la Operación Cóndor han sido cuestionados no sólo por su incapacidad para acabar o al menos reducir la producción y tráfico de enervantes, sino también por los abusos y violaciones a los derechos humanos que afectaron principalmente a los campesinos productores, el eslabón más débil de la cadena. No obstante, sí tuvo otros efectos; por ejemplo, los traficantes de entonces optaron por trasladarse a Guadalajara (Illades y Santiago, 2014, p. 53), convertida entonces en centro de operaciones, y aumentó

la producción en otros estados de la república, como Guerrero, según queda evidenciado en el testimonio de un campesino de la Sierra de Guerrero. El campesino narra cómo su padre empezó a cultivar marihuana en 1967, luego de ver el éxito de su primo con la misma actividad (Grillo, 2012, p. 70).

En este último estado, un personaje esencial en la industrialización de la producción de marihuana en Guerrero fue el narcotraficante cubanoamericano Alberto Sicilia Falcón (Enciso, 2015, p. 117; Osorno, 2008).¹ Este personaje inició sus operaciones en Tijuana en la década de los setenta e incursionó en el tráfico de cocaína sudamericana, así como en el trasiego de heroína y marihuana mexicana hacia Estados Unidos. Sicilia Falcón fue quien, al parecer, tuvo la brillante idea de monopolizar la producción de marihuana en México.

Para ello, Sicilia Falcón, por un lado, sobornó a las autoridades mexicanas —que debían autorizar las operaciones de las autoridades estadounidenses— para que concentraran sus esfuerzos de erradicación en los estados del norte (Enciso, 2009, p. 619). Por el otro, recurrió a las guerrillas de Guerrero, mismas que proveerían la marihuana a cambio de armas y dinero (Enciso, 2015, p. 117). Sin embargo, aparte de la investigación de las autoridades norteamericanas, sólo he encontrado una fuente adicional que respalda esta versión: un informe del ejército mexicano, fechado en julio de 1974 y firmado por el general de brigada Alberto Sánchez López, quien, informando a sus superiores sobre la situación de Atoyac, menciona que el cultivo y tráfico de enervantes juega un papel importante en las actividades del Partido de los Pobres, guerrilla comandada por Lucio Cabañas. Sin embargo, ya en sus conclusiones, el mismo general matiza sus afirmaciones diciendo que la relación es “... casi segura” (Comverdad, 2014^a, p. 580).

¹ Ambos retoman a su vez la investigación que realizan autoridades estadounidenses en contra de Sicilia Falcón durante la década de los setenta. James Mill tuvo acceso a dicha investigación y la presenta en su libro *The Underground Empire* (1986).

La sospecha que generan las fuentes de esta versión proviene del uso que hicieron —y hacen— las autoridades, tanto civiles como militares, de la excusa de la lucha contra la producción de enervantes para adelantar no sólo actividades antsubversivas, sino también para controlar posibles brotes de descontento social. En el caso de Guerrero, durante la denominada Guerra Sucia, en varias comunidades de la sierra fue frecuente el uso de campañas antinarcóticos para aterrorizar a sus poblaciones con ejecuciones extrajudiciales, detenciones injustificadas y torturas (Aviña, 2014, p. 123).

Respecto a lo anterior es importante detenerse en un par de ejemplos. El primero sobre el uso de estrategias extrajudiciales en la persecución de guerrilleros y que es explicado en un informe de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) de 1974. En dicho informe se reporta la aparición de cadáveres torturados sin identificar en Acapulco y poblaciones cercanas, los cuales presuntamente están relacionados con crímenes y narcotráfico, pero respecto a los cuales se establece que “... los cuerpos encontrados pertenecen a personas conectadas con Lucio Cabañas Barrientos y su gente ...” (Comverdad, 2014, p. 24). En el mismo informe se aclara que los responsables de esos hechos son el general Salvador Rangel Medina, comandante de la 27a Zona Militar, y que en ellos participan el teniente coronel Francisco Quirós Hermosillo, 2º comandante del Batallón de Policía Militar. Ambos jefes, según la prensa, forman parte del denominado Grupo Sangre², el cual estaría integrado por policías retirados y militares.

El segundo ejemplo hace referencia al control social por medio de la lucha antinarcóticos. Se trata del caso de los ejidatarios de

2 En un informe de la DFS de 1976 mencionan que el entonces gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa (1975-1981), tiene un grupo de represión dirigido por el capitán Francisco Javier Barquín. Este grupo de represión está compuesto por exintegrantes del Grupo Sangre. Se especifica que sólo responden al gobernador y al comandante militar de la zona. Entre las actividades mencionadas están vengar los insultos al gobernador o encargarse de personas que han tenido problemas con el ejército y traficantes de drogas. Una vez que eran detenidos, la mayoría de los opositores eran desaparecidos (Comverdad, 2014, p. 26).

Santa Lucía, en Tecpan de Galeana, que en su disputa con el cacique Melchor Ortega, por la concesión para explotar los bosques que tenía este último, sufrieron el acoso del ejército que, en apoyo de Ortega y con la excusa de la existencia de cultivos de marihuana en la zona, capturaron y desaparecieron a varias personas. Uno de esos episodios es relatado por una campesina que cuenta cómo, durante una reunión con el ejército para preguntarles por unos jóvenes capturados:

... los guachos nos dijeron: “Desvergonzados, si ustedes son sembradores de marihuana, la venden, la trafican, se enriquecen con ella ¿qué, vienen a buscar a sus compinches?”. Teníamos miedo, pero le respondimos: Eso dicen ustedes para desprestigiar a cualquier campesino que no se deja robar de los madereros. Nosotros nada tenemos que ver con la yerba esa. No respondieron, se fueron como si nada. Pero bien sabían que les podíamos decir que son ellos los que andan comprando, los que en tiempos de Lucio protegían a los grandes contrabandistas de la marihuana que venían a tratar de convencer a los campesinos para que la sembraran y luego decir que como en la región había puros sembradores de yerba venían a acabar con todos (Gomezjara, 1979, p. 170 y 172).

La acusación sobre la participación de militares en el negocio del narcotráfico no es exclusiva de esta campesina. También en un informe del Departamento de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS) del 30 de junio de 1971, citado por Osorno (2008, p. 76), se detalla que agentes del Ministerio Público, una diputada y grupos de militares evitan combatir la siembra de marihuana en Arcelia, Guerrero. Adicional a esto, está el testimonio de un informante anónimo citado por Flores (2005), quien participó tanto en campañas antisubversivas como antinarcóticos en Guerrero durante la década de los setenta. El informante habla de cómo era evidente

la tolerancia y aprovechamiento de muchos militares del negocio del narcotráfico, lo cual quedaba plasmado en una mentalidad muy específica: “... el marihuanero —digo— no había bronca; pero al guerrillero sí había que romperle la madre” (Flores, 2005, p. 115).

II

Mario Arturo Acosta Chaparro y Francisco Quirós Hermosillo, militares mencionados líneas arriba, fueron capturados y juzgados por un consejo de guerra que inició en el 2002 y durante el cual les siguieron dos procesos. En el primero, los acusaban de narcotráfico y de tener vínculos con el Cártel de Juárez; en el segundo, de haber asesinado a un número indeterminado de guerrilleros (alrededor de 143) entre 1975 y 1979. Ambos fueron condenados a 15 y 16 años de prisión, respectivamente. Quirós Hermosillo murió en el 2006, Acosta Chaparro logró su absolución y recuperó su honor militar en 2007, pero murió asesinado en el 2012 en el Distrito Federal (Padgett, 2014).

Durante el consejo de guerra hubo dos testimonios que, aparte de los acusados, involucraba también a dos exgobernadores de Guerrero con el narcotráfico. El primero fue de Michael Roger Batista Beebe, quien dijo que su padre había recibido en 1976 una propuesta por parte de Acosta Chaparro para traficar con heroína bajo la protección del entonces gobernador Rubén Figueroa Figueroa. El segundo, de Gustavo Tarín Chávez, era sobre un “regalo”³ que le envió Amado Carrillo Fuentes en 1995 al entonces gobernador, Rubén Figueroa Alcocer (1993-1996).⁴

3 Una camioneta Suburban blindada con 50 rifles AK-47, 30 pistolas, 20 radios, 10 mil cartuchos para AK-47 y 5 mil cartuchos para pistolas. Acosta Chaparro habría intentado quedarse con el “regalo” pero tuvo que entregar la camioneta —nadie supo que pasó con las armas— cuando Amado Carrillo se enteró, durante una reunión con Figueroa Alcocer en Acapulco, que éste no había recibido nada (Veledíaz, 2014).

4 Fue electo para el periodo 1993-1999, pero por su aún no del todo esclarecida participación en la masacre de Aguas Blancas en 1995, pidió licencia definitiva en 1996. El congreso del Estado nombró como gobernador a Ángel Aguirre Rivero.

La cercanía de Acosta Chaparro con los Figueroa había iniciado cuando estuvo en Guerrero combatiendo a las guerrillas. En esa época, aparte de sus funciones militares, Rubén Figueroa F. lo nombró director de la Policía y Tránsito de Acapulco y jefe de grupo de la Policía Judicial del Estado, además de jefe del Departamento de Asuntos Exteriores de la DFS. Con esas credenciales, Acosta Chaparro creó una red a su alrededor con algunas personas que terminaron involucradas con el narcotráfico, pero que antes pasaron por distintas instituciones de seguridad municipales y estatales en distintas entidades de la República. Entre ellos destacan los hermanos Tarín Chávez: Gustavo, Alfredo, Manuel y Otoniel; Arturo González, *el Chaky*, quien terminará formando parte del Cártel de Juárez y quien de niño había sido “adoptado” por Acosta Chaparro cuando estaba en Acapulco; y Francisco Tornez Castro, *el Capitán Pancho*, quien participó en el Grupo Enlace (Brigada Blanca) como miembro de la Policía Judicial de Guerrero (Padgett, 2014).

Estos personajes terminaron inmiscuidos en una red de contraespionaje que protegía al Cártel de Juárez.⁵ La red iniciaba con Marcelino Arroyo López, funcionario del Centro de Inteligencia Antinarcóticos (CIAN), encargado de pasar información a Pedro Bárcenas, *Capitán Perico*, quien a su vez reportaba esa información al *Capitán Pancho*, mismo que finalmente daba la información al *Chaky*, quien ya para entonces era parte del Cártel de Juárez.

5 Se conoce como Cártel de Juárez a la articulación de algunas de las células que antes trabajaban en asociación con Miguel Ángel Félix Gallardo, las cuales quedaron desorganizadas tras la captura de éste en 1989. Amado Carrillo es quien organiza, junto con Rafael Aguilar Guajardo, esta nueva organización a la que se integraron los futuros líderes del Cártel de Sinaloa (*el Chapo* Guzmán, Ismael *el Mayo* Zambada, Juan José Esparragoza, *el Azul*; Hector *el Güero* Palma, etc.). A la muerte de Aguilar Guajardo en 1993, Amado Carrillo quedó como líder del Cártel de Juárez, el cual para entonces enfrentaba una dura guerra con el Cártel de Tijuana, comandado por los hermanos Arellano Félix, mientras mantenía relaciones cordiales con quienes luego serían conocidos como el Cártel del Golfo (Hernández, 2010). El primer hecho violento en Guerrero relacionado con la presencia del Cártel de Juárez es la llamada Masacre de Guerrero, cuando el 3 de septiembre de 1992 aparecen los cadáveres de 4 familiares y 5 abogados de los Arellano Félix a las afueras de Iguala; estas personas fueron *levantadas* en Guadalajara y el Distrito Federal (Pligio, 2001).

Toda esta información resultaría poco relevante para el propósito de este texto de no ser porque es el Cártel de Juárez —organización a la que pertenecieron en las década de los noventa personajes como *el Chapo* Guzmán, *el Mayo* Zambada y *el Güero* Palma— el que finalmente controló Guerrero⁶, contando para ello con los hermanos Beltrán Leyva como jefes de plaza. Tras la muerte de Amado Carrillo en 1997, el Cártel de Juárez quedó bajo el mando de Vicente Carrillo, *el Viceroy*, pero su liderazgo era débil, como quedó evidenciado cuando *el Chapo* Guzmán, tras su fuga a principios del 2001, conformó y dirigió la Federación, una organización sombrilla bajo la cual se agruparon los viejos integrantes del Cártel de Juárez y otros jefes del narcotráfico en México (de Mauleón, 2010).

La presencia de la Federación en Guerrero se fortaleció por medio de los arreglos que establecieron los Beltrán Leyva con caciques locales, siendo el ejemplo paradigmático Rogaciano Alba⁷ en Petatlán. Ello les permitió expandir los cultivos de enervantes, establecer mercados locales de droga y redes de lavado de dinero y consolidar las rutas para el recibo y embarque de cocaína a través de los puertos de Acapulco y Zihuatanejo (Kyle, 2015, p. 18).

La Federación, que ya estaba en guerra contra el Cártel de Tijuana, decidió en el 2002 abrir otro frente contra el Cártel del Golfo y, su entonces brazo armado, los Zetas. Esta guerra, que inició en Nuevo Laredo y para la cual la Federación comisionó a

6 El Cártel de Juárez tuvo presencia en distintas entidades al sur del país que colindaban con la costa del océano Pacífico. Estos estados resultaban ideales para recibir y embarcar la cocaína proveniente de Sudamérica, particularmente desde Colombia, una relación que empezó en 1977 cuando Gonzalo Rodríguez Gacha, como representante del Cártel de Medellín, se reunió con Miguel Ángel Feliz Gallardo en Sinaloa por intermedio de Ramón Mata Ballesteros, un narcotraficante hondureño que trabajaba con Alberto Sicilia Falcón y quien le propuso a Félix Gallardo retomar las rutas que habían quedado abandonadas tras la captura de Sicilia en 1975 (Veledíaz, 2013).

7 Rogaciano Alba fue alcalde (PRI) de Petatlán de 1993 a 1996, dirigió el gremio ganadero del estado durante 15 años, fue considerado como operador político de los Figueroa en la región y ha sido acusado de varios asesinatos, entre ellos el de la abogada Digna Ochoa (*El Sur*, 2008). Fue capturado en febrero del 2010 en Jalisco acusado de nexos con el Cártel de Sinaloa y La Familia Michoacana (*CNN México*, 2010).

Arturo Beltrán Leyva, quien a su vez delegó esa misión a Édgar Valdez, *la Barbie*, desarrolló las peores batallas en Guerrero (Osorno, 2008, p. 142). La Federación, a pesar del asesinato de Arturo Guzmán Decena, *¿-1* —líder de los Zetas— y la captura de Osiel Cárdenas —líder del Cártel del Golfo—, no logró derrotarlos. Por el contrario, el Cártel del Golfo decidió atacar a la Federación en un territorio cuyo control le era hasta entonces indisputado: Guerrero.

La ofensiva del Cártel del Golfo en Guerrero inició en el 2005 por medio de los Zetas.⁸ Su primer ataque fue un fracaso, pues de los 20 zetas enviados por Heriberto Lazcano a Acapulco y Zihuatanejo, la mayoría terminaron levantados por presuntos agentes de la Agencia Federal de Investigación (AFI) y entregados a los Beltrán Leyva⁹. Las respuestas no se hicieron esperar. Después de acusar al director de la AFI, Genaro García Luna, de proteger a la Federación, siguieron las ejecuciones, levantones y una nueva modalidad de violencia, al menos en Guerrero: ataques con granadas y explosivos (Astorga, 2007, p. 210-230).

Uno de los episodios más violentos de esta guerra ocurrió el 27 de enero de 2006 en la colonia La Garita, en Acapulco. Fue un enfrentamiento entre los Zetas y los Pelones (brazo armado del Cártel de Sinaloa) que involucró a policías y militares y cuyo saldo fue de 7 muertos (4 delincuentes y 3 policías). Uno de los delincuentes que murieron, Carlos Estaban Landeros, importante lugarteniente del *Chapo* Guzmán, fue presuntamente ejecutado por el comandante de la policía municipal, Mario Núñez Maganda. La cabeza de Núñez apareció el 20 de abril de 2006, junto a la del también policía Erick Juárez, frente a un edificio gubernamental

8 Los Zetas operaban en Michoacán aliados con quienes en el 2006 se independizan y forman La Familia Michoacana (Grillo 2012: 312).

9 Entre ellos estaban Juan Manuel Vizcarra, *el Pizcacha*, su esposa e hija de dos años; *la Barbie*, accede a liberar a la esposa e hija. En diciembre de 2005 cuando el *Dallas Morning News* difundió un video en donde aparecen los Zetas levantados siendo interrogados por sus captores y termina con la ejecución del *Pizcacha* (Hernández 2010: 415).

cercano al lugar del enfrentamiento; la cabeza iba acompañada con un mensaje que decía: “Para que aprendan a respetar” (Kyle, 2015, p. 18).

Un segundo periodo de guerra en Guerrero —cuando aún no terminaba el primero— surgió tras la captura de Alfredo Beltrán, *el Mochomo*, en enero de 2008, gracias a una presunta delación por parte del *Chapo* Guzmán y que ocasionó el enfrentamiento entre éste (apoyado por el *Mayo* y el *Azul*) y los Beltrán Leyva. En Guerrero esta guerra se dio en varios frentes. El primero, en la Costa Grande, fue entre Rogaciano Alba, alineado con *el Chapo* Guzmán, y Rubén *el Nene* Granados, otro cacique de la región que optó por alinearse con los Beltrán Leyva.¹⁰ El segundo, en Tierra Caliente, fue entre La Familia Michoacana, aliada de Rogaciano Alba, y Jesús Nava Romero, *el Rojo*, lugarteniente de Arturo Beltrán Leyva y quien murió junto a su jefe en Cuernavaca en diciembre de 2009. El tercer ataque fue en Acapulco y fue dirigido por Arturo Beltrán Leyva, quien desató una ola de ejecuciones a finales del 2009 en el que murieron incluso sus antiguos colaboradores, entre ellos, Marco Antonio Pineda Villa, *el MP*, y José Alberto Pineda, *el Borrado*.¹¹

La muerte del *Jefe de jefes* desató un tercer periodo de guerra, esta vez entre las células que hasta entonces eran parte de la estructura de los Beltrán Leyva. En Acapulco, Édgar Valdez Villarreal, *la Barbie*, le disputó el control del puerto a Héctor Beltrán Leyva,

10 Los hechos de violencia que más llamaron la atención en relación a este enfrentamiento fueron: i) el ataque a un hotel en Iguala, el 3 de mayo de 2008, donde se llevó a cabo una reunión de ganaderos encabezada por Alba; en dicho ataque, éste salió ileso, pero murieron siete personas. ii) El mismo comando se dirigió a Petatlán y atacaron una casa de Alba, matando 10 personas, entre ellas dos de sus hijos, además de secuestrar a una de sus hijas, quien aún permanece desaparecida. iii) En respuesta a esto, la familia de Rubén Granados fue atacada el 29 de agosto en San Luis la Loma, Tecpan. En dicho ataque murió su esposa, su cuñada y dos de sus hijas, una de ellas de 13 años.

11 El cadáver del *MP* aparece en una carretera de Morelos con un narcomensaje: “Así terminan los traidores y los secuestradores, aquí está el ‘M.P.’: así terminan todos, igual que este marrano. Siguen Jonathan Sido Vega, Chui Pineda Medina, Carlos Campos ‘Comando’. El Jefe de Jefes, arriba Sinaloa”. El cadáver del *Borrado* también apareció dos días antes en Morelos, pero hasta el momento de la muerte del *MP* no habían confirmado su identidad (*El Universal*, 2009).

el H, quien contaba con el apoyo de Sergio Villarreal, *el Grande*, lo cual generó dos grandes grupos. Sin embargo, tras la captura de *la Barbie*, su grupo se dividió dando lugar a la aparición del Cártel Independiente Acapulco y de la Barredora.¹² Por su parte, *el H*, en alianza con Los Zetas, siguió actuando bajo el nombre de La Empresa (Kyle, 2015, p. 22). “... al poco tiempo fueron capturados Édgar Valdez y Sergio Villarreal, sus respectivos grupos se volvieron a fragmentar en 14 organizaciones, de las cuales, 6 siguen teniendo presencia en Guerrero: los Rojos, los Ardillos, los Granados, la Barredora, los Guerreros Unidos y el Cártel Independiente Acapulco” (Sanval, 2014).

III

Alan Knight (2014, p. 32), hablando de la violencia en México desde una perspectiva histórica, plantea que es necesario no considerar la violencia “... como una suerte de patología irracional ni [...] una herencia maldita del pasado remoto, sino más que nada como un conjunto de respuestas racionales e instrumentales a circunstancias particulares, o, si se quiere, a un sistema de incentivos estructurados. *La violencia ha ocurrido porque en muchos casos, funcionó*”.

Efectivamente, creo que es necesario hacer el intento por entender la violencia, por más difícil que parezca. Es cierto que hay que episodios violentos que parecen escapar a toda racionalidad y proporcionalidad —la desaparición de los 43 normalistas, por ejemplo—, en los que probablemente participaron personas con una condición psicopatológica. Pero la condición de posibilidad que tuvieron para ejercer esa violencia surge de un esquema de incentivos producto, entre otros, de la denominada Guerra contra

12 Esta organización recibió el apoyo del Cártel de Sinaloa. Por medio de ella empezaron a aparecer narcomensajes firmados por *el Chapo* Guzmán. Sin embargo, empieza a desaparecer en el 2012, justo después de la captura de Gino Huerta Moreno en Sinaloa, quien servía de enlace entre la Barredora y el Cártel de Sinaloa, en remplazo de Jesús Ricardo Tapia, capturado meses antes (Kyle, 2015, p. 22 y 23).

las Drogas, sustentada en una política prohibicionista que, como dije al principio de este texto, no es sólo ineficaz e inefectiva, sino también contraproducente.

La violencia ocurre, como dice Knight (2014, p. 32), porque funciona. En este caso particular, para defender un mercado que, por su condición ilegal, genera ganancias exorbitantes y que por ello mismo involucra a funcionarios públicos. Es necesario ya no sólo pensar, sino desarrollar alternativas capaces de enfrentar el fenómeno del narcotráfico de manera responsable, con estrategias que partan de reconocer la importancia del respeto a los derechos humanos. En fin, con estrategias que disuadan y no incentiven hechos como los de Iguala.

LAS FLORES DEL MAL

Narco, minería y neoliberalismo

Josemaría Becerril Aceves

Licenciatura en Política y Administración Pública, CEI

El Colegio de México

josbeac@gmail.com



GUERRERO ES UN EXTENSO CAMPO DE AMAPOLA Y TAMBIÉN ES una gran mina de oro. Los hechos trágicos de Iguala nos han enseñado que el capitalismo, su gobierno e ideología son capaces, son causas suficientes, de terribles masacres. En las últimas décadas, de manera exacerbada, el estado del sureste mexicano se ha convertido en terreno fértil para dos de las industrias extractivas más paradigmáticas del actual modelo de desarrollo económico: la minería y el narcotráfico. Por este motivo, cualquier explicación que busque dar sentido a una tragedia como la de Iguala debe basarse no en los saberes tecnocráticos cimentados sobre falsas verdades históricas y su ciencia a modo, sino en la observación y análisis de los arreglos locales de poder y los intereses particulares de distintos grupos encontrados alrededor de estas dos industrias.

En la desaparición de los normalistas se mostró que fue el Estado, por ser un instrumento de coerción que sirve para defender los intereses de los actores económicos más importantes, legales e ilegales. En el caso Iguala, el Estado mexicano ha mostrado ser un mecanismo de protección elitista, incapaz de ver más verdades que la suya, un instrumento de poder fáctico y discursivo que protege a los poderosos atacando a los débiles.

Guerrero es la fuente de la amapola mexicana, el 98% nacional se cultiva ahí, porcentaje que adquiere una magnitud escalofriante si se toma en cuenta que México es el segundo productor mundial de esta droga. En este gran mercado, la ciudad de Iguala —escenario permanente de la trágica obra de la muerte— funge como gran almacén y canal de distribución rumbo a múltiples destinos en los Estados Unidos. Así, el control de Iguala es de especial importancia para los cárteles, políticos y agentes del Estado que se benefician de la producción y tránsito de esta droga.

En una ciudad donde tan sólo en 2009 transitó el equivalente en amapola de 17 mil millones de dólares (de Mauleón, 2014, octubre 23), resulta difícil pensar que el dinero del narcotráfico no

haya corrompido al aparato gubernamental y sus fuerzas del orden. Incluso, podría resultar más válido apuntar que muchos servidores públicos y representantes de la ley en Guerrero y en el nivel federal tienen como objetivo asegurar que el tráfico de drogas funcione plenamente para seguir alimentando a todos los intereses que se articulan a su alrededor. En Iguala y en Guerrero el Leviatán se nutre de heroína.

Sin embargo, el tráfico de drogas no es el único elemento a considerar en las explicaciones sobre el funcionamiento gubernamental y las relaciones políticas en Guerrero. También el Leviatán se viste de oropel y para eso necesita proteger e incentivar el negocio de la minería. En 2014 en este estado, 25 empresas, la mayoría de ellas canadienses, extrajeron de casi 40 sitios mineros 8 mil 686 kilogramos de oro y 32 mil 632 kilogramos de plata. Tan solo en la mina de Los Filos —ubicada en el municipio de Mezcala en un punto equidistante a mitad de camino entre Iguala y Ayotzinapa— en 2011 se reportaron ingresos de 522 millones de dólares para la empresa canadiense Gold Corp, lo que la convierte en la segunda mina de oro más importante del país (Goldcorp, 2014).

Frecuentemente, las empresas han buscado mostrarse como víctimas del ambiente de violencia que se respira en la región. Sin embargo, la realidad apunta a un arreglo entre los intereses de la minería y el narcotráfico. Si bien es cierto que los grupos criminales que operan en Guerrero han secuestrado y asesinado trabajadores de las mineras, también es verdad que las decisiones corporativas han alimentado a la hidra de la violencia para asegurar su lucro. En abril de este año Rob McEwen, CEO de McEwen Mining, confirmó una verdad a voces: las compañías mineras que operan en México cooperan en buenos términos con los cárteles del narcotráfico (Grillo, 2015, abril 22).

Algunos podrían apuntar que esta cooperación entre empresas transnacionales y colectivos violentos es obligada más que voluntaria producto de amenazas y chantaje. Sin embargo, la historia

global del capitalismo apunta que la explotación de recursos en países periféricos muchas veces se ha sostenido sobre la sumisión física, política e ideológica de los habitantes locales que se consigue mediante la unión legal e ilegal entre capitalismo y capacidad coercitiva.

Una observación menos superficial de la economía minera y su relación con la mafia, tanto a nivel mundial cuanto en el caso de Guerrero, permite superar la mirada en blanco y negro que ubica a los empresarios —creadores de empleo y garantes de la bonanza comunitaria— de un lado y a los criminales —guerrilleros y narcotraficantes sedientos de extraer dinero bien ganado a las transnacionales— del otro. Una visión que tome en cuenta los arreglos locales y la interconexión de intereses revela una amplia zona gris y borrosa donde empresa, gobierno y narcotráfico cooperan para alcanzar objetivos compatibles.

En ese sentido, vale la pena considerar que por sus ingresos millonarios estas empresas tienen una capacidad importante para presionar al gobierno o aliarse con grupos del narcotráfico. Esta posición privilegiada les ha servido para amenazar al gobierno de Guerrero con retirar inversiones de hasta 4 mil millones de dólares, sino se les aseguran las condiciones necesarias para operar (Sánchez, 2015, marzo 23). Entendiéndose que las empresas pagan cuotas de protección a los narcotraficantes, algunas veces por extorsión otras para amedrentar trabajadores y opositores, también se entiende que estas “condiciones necesarias” no son de legalidad, sino simplemente de orden.

Dentro de este contexto de colusión y (des)orden destaca la presencia de la minera Nyrstar, Peñoles y Torex Gold quienes explotan, o pretenden explotar en el caso de la segunda y tercera, territorios cercanos al municipio de Cocula, al que pertenecían los policías que desaparecieron a los 43 estudiantes. La región que se extiende desde este municipio hasta Ayotzinapa es especialmente fértil tanto para el cultivo de amapola cuanto para la extracción de

minerales (Jóvenes ante la Emergencia Nacional, 2015), por lo que cualquier interpretación que busque desenredar cómo un Estado puede desaparecer a 43 estudiantes y permitir la aniquilación sistemática de seres humanos, como mostraron las decenas de fosas comunes descubiertas en los últimos meses, debe entender que el campo político se articula en función de los intereses relevantes de la región, aquellos que basan su modelo de mercado en la corrupción y el hostigamiento.

Desde el ártico canadiense, pasando por Wirikuta y Guerrero en México, hasta la pampa argentina, las mineras han tenido que desplazar, amedrentar y envenenar a los habitantes de las regiones que desean explotar. Por esta confrontación inherente, el *quid* de la discusión minera debe de ser la justicia económica y la lucha entre el acceso a lo que pertenece a un pueblo por derecho, contra la agresión económica y física del capital transnacional. Sin embargo, los gobiernos tecnocráticos y neoliberales han antepuesto los criterios de crecimiento económico frente a los de distribución, desde su perspectiva sólo es aceptable proteger las inversiones. En este mundo eficientista impera la lógica de la acumulación, no la del reparto, y la acumulación sólo es alcanzable cuando se impide que otros tengan acceso a ciertos recursos. Así, el mundo neoliberal exige que el brazo armado del Estado resguarde el orden necesario para el triunfo de los arreglos económicos del entramado público-privado.

En estas reflexiones no pretendo establecer relaciones de causalidad, está claro que la coincidencia no implica correlación. Sin embargo, busco apuntar que la droga y la minería son dos factores relevantes a considerar en explicaciones sobre lo que desde sus oficinas los burócratas llaman el estado de derecho y su fracaso en Guerrero. Parecería que en el momento actual del desarrollo capitalista y tecnocrático, el gobierno y los intereses económicos de industrias ecodidas, extractivas y sangrientas son las dos caras del dios Jano. Si bien ambas miran en direcciones contrarias, al final son parte del mismo ser.

No hemos aprendido mucho de Ayotzinapa porque ante la barbarie no hay espacio más que para la indignación y el sufrimiento. Para mí sólo ha quedado expuesta la cara atroz de un mito que lleva años tratando de aparentar ser benigna verdad: el modelo económico neoliberal y sus industrias tienen un control absoluto sobre las fuerzas gubernamentales, el cual cimentaron sobre recursos económicos y la construcción de discursos ideológicos.

En Iguala aprendimos que la historia de la corrupción, los arreglos informales, la coerción y el hostigamiento a los movimientos contrarios a los intereses económicos es también la historia del Estado. También aprendimos que, como apuntaba Engels, el Estado construye y expresa de manera ideológica un ilusorio interés común, pero en la práctica persigue los objetivos particulares de la élite que lo controla. En territorios como Guerrero, donde se enfrentan los intereses millonarios del narcotráfico y la minería contra las humildes voluntades de grupos sociales desfavorecidos, el gobierno funciona como una agencia de control y coordinación enteramente coercitiva. No busca alcanzar el bienestar social, sino crear las condiciones necesarias para que las élites extractivas sean capaces de generar ganancias millonarias que, tarde o temprano, se filtrarán entre los representantes estatales.

El Estado es un instrumento de legitimación y sólo se legitima aquello que si se pudiera ver directamente, tal como es, sería inaceptable, sería una dominación ilegítima. Así, el aparato gubernamental sirve para defender lo indefendible y conseguir la tolerancia colectiva a lo intolerable. La manera más indirecta como lo consigue es a través de la ideología, mientras que la más directa es mediante el ejército y el hostigamiento. En Guerrero, desde inicios del siglo pasado, con especial intensidad durante la Guerra Sucia, y hasta ahora, el Estado ha usado las fuerzas castrenses para amedrentar a las poblaciones opositoras a los intereses de las élites locales y transnacionales.

En la tragedia de Iguala nuevamente el Estado y su ejército han protegido ciertas voluntades sectarias y poderosas frente a la crítica de sectores disidentes como la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos. No fue un caso aislado, es una política de Estado, es el funesto conciliábulo entre economía capitalista, ideología hegemónica y poder coercitivo.

Mientras confeccionaba estas reflexiones encontré varias veces el nombre de Alberto Baillères González, presidente de Grupo Bal, su minera Peñoles y el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), únicamente para confirmar una conjetura que toca los bordes de conspiración.

El Estado no construye su discurso de legitimación, no es la fuente de la hegemonía ni del poder mental, sino una de sus tantas víctimas. Los mismos capitalistas que se benefician del arreglo económico y político son quienes invierten recursos en la construcción de un repertorio mental y discursivo capaz de legitimar su explotación. Así, con una mano financian cuerpos burocráticos e intelectuales para dominar las instancias de control político y asegurar un cierto orden, mientras que con la otra se benefician económicamente de él. En este marco se entiende que el segundo hombre más rico de México sea dueño de dos empresas tan dispares —una de cuerpos minerales, otra de cuerpos ideologizados— pero que aseguran un orden compartido: la minera Peñoles y el ITAM.

Este orden es el neoliberalismo, “un programa intelectual, un conjunto de ideas acerca de la sociedad, la economía, el derecho, y un programa político, derivado de estas ideas” (Escalante Gonzalbo, 2015, p. 17). Esta “cosmovisión” atraviesa todos los aspectos que he criticado en estas páginas: la unión entre depredación económica, capacidad coercitiva e imposición de una idea que ha sido capaz de dominar prácticamente todo el *logos* contemporáneo.

La extracción minera ecocida, la aniquilación de disidentes, el hostigamiento a las bases de apoyo contrasistema son manifestaciones de una racionalidad totalizante que ha servido para legitimar la opresión e incluso volverla natural. Para los grupos sociales dominantes, su reacción frente a la crítica no es injustificada o excesiva, al contrario es necesaria porque la crítica a la verdad no puede ser tolerada. Para los defensores del modelo económico actual, entre quienes destacan los burócratas de Peña Nieto y sus reformas estructurales, la crítica social parte de la ignorancia y la inmadurez de un pueblo que no quiere crecer, que no comprende que los sabios de la economía y la gerencia pública han confirmado en gráficas que, cuando oferta y demanda se unen, se maximiza el bienestar social y no hay objetivo más deseable que aquél.

Así, para los pensadores lineales, dueños de un saber exclusivo que se consigue en las aulas y se confirma con gráficas, la verdad está clara y sólo falta caminar hacia ella, caiga quien caiga, sufra quien sufra, porque al final el bienestar social se maximizará y eso sólo un imbécil podría no desearlo.

El neoliberalismo es para sus defensores una invención, un hombre de paja que construye la crítica de izquierda para aglutinar a todos sus enemigos en una sola amalgama de intereses compartidos. Para los defensores de este modelo económico y moral también las redes de poder y la denuncia de una élite organizada son una mentira, son fruto de la lógica conspiratoria de aquellos cegados por la envidia y los complejos.

Esta defensa neoliberal pareciera más endeble cuando vemos que la empresa extractiva más importante del país es parte del mismo consorcio económico que la universidad donde se forma a los defensores del orden económico actual. Quizás no haya relación, quizás los tecnócratas no tienen una afinidad nata con los capitalistas y acumuladores, quizás ambos llegaron a la misma conclusión: su verdad es la verdad y no es otra que la de la acumulación, el capital,

el neoliberalismo, el hombre racional, la cientificidad extrema, la eficiencia y la eficacia.

No obstante, quisiera creer que esto no es un orden natural y mucho menos una “verdad”. Prefiero pensar que nuestra lucha es denunciar la opresión ilegítima que el Estado, los capitalistas y sus aparatos ideológicos buscan legitimar. Nuestra lucha es denunciar la impuesta uniformidad para avanzar hacia un mundo donde quepan muchos mundos, donde las visiones contrapuestas no sean enemigas, donde la democracia implique resolver conflictos y conciliar, donde el hombre crezca como un ser de diferencias, un ser de emociones contradictorias y sensaciones compartidas, porque donde sólo hay homogeneidad no queda espacio para lo humano.

AYOTZINAPA: Nos faltan más de cien mil

Enrique Rajchenberg S.

Profesor Facultad de Economía

UNAM

enriquer@economia.unam.mx



FINALES DEL SIGLO XX, UNA EMISIÓN CAUTIVÓ A LAS AUDIENCIAS televisivas. Se trataba de un concurso donde jóvenes seleccionados por uno de los monopolios mediáticos convivían durante interminables días en una casa de utilería con cámaras al interior. Ganaba quien fuera el o la última habitante de la casa en ser expulsado por otro de los residentes del estudio de televisión convertido en ficticia morada. En las pantallas, que todavía no eran de plasma, el público podía ver cómo las improvisadas estrellas televisivas desayunaban, conversaban, se bañaban o reñían entre sí. La gran novedad que *El gran hermano* o *Big Brother* implicaba era la desaparición de la línea divisoria entre lo público y lo privado: ahora todo podía estar sujeto a la mirada escrutadora no sólo de divertidos y atónitos espectadores, sino de un orwelliano poder. *Big Brother* fue la teatralización de la técnica de control que se establecería de manera generalizada poco tiempo después.

Casi al mismo tiempo, debutó otra práctica de gobierno de las ciudades que, según algunos, corrían el riesgo de ser ingobernables. Bajo la consigna de *tolerancia cero*, Rudolph Giuliani, alcalde de Nueva York, sancionó todo acto que transgrediera la estricta legalidad, por minúsculo que fuera. La rotura de vidrios o la pintura de grafitis sobre las paredes fueron castigadas, no en proporción al daño económico producido, sino en razón de que podrían convertirse en precursores de delitos mayores. La acción preventiva consistía entonces en aplicar penas severas que disuadieran a los potenciales transgresores y en confinar a los “peligrosos” a áreas donde los desmanes no entorpecieran la vida de la “gente de bien”. En poco tiempo, el paisaje social quedó normalizado con espacios fragmentados y vigilados: la grabación de los movimientos de las personas, su identificación, así como la presencia desorbitada de policías privados con apariencia de paramilitares en centros

comerciales y condominios de lujo, proporcionó a un segmento de la población el sentimiento de seguridad que habían extraviado. Este escenario fue peldaño de uno más dramático, ahora con el apoyo de tecnologías más sofisticadas, como los drones.

El arsenal descrito forma parte de un Estado policiaco que controla, segrega y promueve la delación de los ciudadanos entre sí, haciéndolos cómplices del poder estatal y, de paso, desbaratando lazos sociales. Todo ello es parte de los dispositivos del poder concebidos hace más de 150 años por Jeremy Bentham, analizados magistralmente por Michel Foucault en la segunda mitad del siglo pasado. Ulteriormente, el poder panóptico vio incrementadas sus capacidades de control con artefactos que la informática desarrolló y con la legitimidad que otorgó una población con un miedo difundido por el propio poder.

Sin embargo, ya no es solamente la lógica del Estado policiaco la que prevalece, sino la del Estado mafioso. Esto es lo que revela la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal de Ayotzinapa hace un año y que queda ratificado con el asesinato del periodista Rubén Espinosa Becerril, Nadia Vera, Yesenia Quiroz, Mile Virginia y Alejandra Negrete a finales de julio de este año. Ahora, el control de la población no se ejerce sólo con cámaras, sino con su desaparición. Ciertamente, la aniquilación de los opositores o su marginalización y ninguneo mediático no son cosa inédita y los habitantes de Guerrero lo saben bien. No obstante, hay algo nuevo en los métodos criminales de eliminar a los incómodos, prácticas que también habían quedado ya registradas entre las organizaciones delictivas. Lo realmente novedoso consiste en la asociación de las instituciones estatales con aquéllas y en la adopción de sus métodos por las instituciones del Estado, mismas que quedan atravesadas por la lógica mafiosa.

Desde mi punto de vista, es preciso detenerse aquí porque, por una parte, el fenómeno ha sido sesgado o muy parcialmente interpretado y, por otra parte, como ha señalado recientemente

Raúl Zibecchi, “...en todo tiempo ha sido importante conocer los modos en que dominan las clases dominantes” (2015).

Las razones de la asociación referida no deben buscarse, como tanto se insiste, en la capacidad corruptora de las organizaciones delictivas de los funcionarios del Estado. Al adoptar esta interpretación, la problemática queda individualizada, pues, aunque sean muchos los agentes estatales involucrados en algún cártel de la droga o en el tráfico de personas, se muestran como personas deshonestas que fueron tentadas por el dinero fácil. No, mi postura es otra: se trata de cómo la arquitectura del poder de Estado va adquiriendo la forma de las propias mafias, las cuales no sólo asesinan para despojar a sus víctimas o para eliminarlas porque obstaculizan la obtención del botín, sino que además hacen gala de su fuerza, de su capacidad de masacrar y de dejar huellas evidentes de su habilidad para someter los cuerpos a las más intensas torturas. Es decir, es el ejercicio del poder sin cortapisas, el Leviatán sin límites o, dicho de otro modo, el poder del Estado sin los frenos que imponen las reglas democráticas del juego político. No necesariamente son los agentes del Estado los ejecutores directos de la barbarie descrita aquí, pero la connivencia entre instituciones estatales y los grupos delincuenciales con base en repartos de botines, cobros de cuotas, traspaso de información, etcétera, hacen que el Estado adopte un perfil mafioso.

El segundo punto es más importante aún. Se trata de saber por qué se está ejerciendo la dominación de esta manera. La noción de *extractivismo* tiene como gran desventaja su polisemia y, por lo tanto, de su vaguedad semántica; sin embargo, tiene la virtud de designar no sólo la apropiación sin precedentes de recursos minerales, sino también de todo lo que durante mucho tiempo, incluso en el seno de las sociedades capitalistas, se consideraban bienes comunes que no se podían fragmentar para devenir propiedad privada. La investigadora Silvia Ribeiro ha advertido recientemente sobre negociaciones secretas entre 90 países para acordar sobre “servicios”,

un concepto que, en realidad, abarca una gama de bienes mucho mayor de lo que solemos entender habitualmente por tal categoría económica. Se trata de incluir en el tratado temas como el agua y su privatización, la eliminación de restricciones ambientales, la educación y la salud consideradas como áreas de inversión que deben ser rentabilizadas; incluso se pretende que los trabajadores indocumentados también pueden ser objeto de circuitos mercantiles. Estamos ante una acumulación por desposesión de proporciones inusitadas, en el sentido acuñado por David Harvey.

Ahora bien, al igual que en la acumulación originaria de hace cuatro siglos que también entrañó el despojo en gran escala de millones de productores directos, la violencia está implícita. No existe otra manera de despojar los bienes comunes si no es a través de la violencia más cruda. En ella participan las organizaciones criminales que, lejos de ser organismos parásitos del sistema, son uno de sus engranajes. ¿Qué sería del capital financiero sin los beneficios arrojados por las operaciones de lavado del narcotráfico? ¿Cómo podrían obtenerse recursos minerales estratégicos sin el despojo violento de tierras comunitarias por los cárteles? La militarización del poder es parte de la misma estrategia de dominación, la otra cara de la misma moneda responsable, entre otros factores, de que nos falten desde 2006 más de 100 mil personas, además de la cancelación progresiva de espacios políticos de genuina deliberación y de resolución democrática de los conflictos, única forma de evitar que otros 43 estudiantes se vean impedidos de seguir asistiendo a sus clases.

¿QUÉ REVELARON LOS HECHOS DE IGUALA?

Claudio Lomnitz

Campbell Family Professor of Anthropology
Department of Latin American and Iberian Cultures
Columbia University
cl2510@columbia.edu

ES DIFÍCIL PONERSE DE ACUERDO RESPECTO A LO QUE *revelaron los hechos de Iguala* porque todavía no hay claridad acerca de lo que sucedió. En especial, no sabemos a ciencia cierta cuál fue el papel de las fuerzas armadas en Iguala, sólo está claro que hay algo ahí que no se alcanza a entender cabalmente.

Iguala es sede de zona militar, y las fuerzas armadas han monitoreado lo que sucede en la región desde hace varias décadas. Sin embargo, Ángeles Pineda, esposa del entonces presidente municipal de Iguala y candidata para sucederlo, era hija y hermana de conocidos capos del cártel de los Beltrán Leyva. En su momento, dos de ellos estuvieron en la lista de los hombres más buscados por la PGR.

Por eso se especula que el ejército difícilmente podía ignorar que Iguala, nodo de una importante zona gomera, estuviera gobernada por narcos. Aún así, según reportaje de Esteban Illades, el comandante de la zona militar estaba sentado en primera fila durante el acto político de Angeles Pineda —justo el que estaba en curso cuando entraron a Iguala los estudiantes de Ayotzinapa. ¿Qué significa esa co-existencia o incluso quizá cordialidad entre las fuerzas armadas y Guerreros Unidos? No lo sabemos.

Básicamente circulan tres interpretaciones al respecto: la primera sostiene que el ejército no estaba al tanto de que Guerreros Unidos controlaba la presidencia municipal de Iguala; y la segunda, que el ejército toleraba a Guerreros Unidos por corruptelas, es decir, que recibía dinero del narco a cambio de no intervenir en el día a día en Iguala. La tercera explicación es algo más elaborada: se especula que la Normal de Ayotzinapa tenía nexos con la guerrilla, y que la guerrilla tiene un brazo dedicada al tráfico de heroína (conocido como los Rojos). En ese escenario, el ejército hubiera permitido que Guerreros Unidos controlara la producción amapolera de la montaña guerrerense para evitar así que la guerrilla la controlara.

Según esa interpretación, Guerreros Unidos en Iguala fungía como una especie de contraparte mexicana de los paramilitares de Colombia, mientras que los Rojos eran, siguiendo el paralelo, una contraparte en miniatura de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

No podemos saber bien lo que revelan los hechos de Iguala antes de saber bien a bien lo que sucedió. Si lo que sucedió fue la interpretación uno —que el ejército no estaba bien enterado de lo que ocurría en Iguala, los hechos de Iguala revelan serias limitaciones de información o en las cadenas de comunicación y mando al interior de las fuerzas armadas— en ese caso, Iguala *reveló* que la estrategia de la guerra contra el narco es fallida, porque la institución encargada de realizar la campaña tiene huecos de información importantísimos, incluso en zonas clave en la producción de drogas, como es la de la montaña de Guerrero.

Si lo que sucedió fue la interpretación dos —es decir, que el ejército no se metió con Guerreros Unidos por corrupción de mandos— Iguala hubiera revelado que se necesita emprender una investigación acerca de la corrupción al interior de las fuerzas armadas, y acerca del grado de involucramiento de las propias fuerzas armadas en la producción y/o tráfico de enervantes.

Si, por último, lo que sucedió fue la interpretación tres —o sea, que el ejército delegó en Guerreros Unidos la lucha contra una guerrilla que podría quedar fuertemente potenciada si ejerce control territorial en una zona amapolera— Iguala revela que la política de criminalización de drogas tiene serio potencial desestabilizador para el estado mexicano en zonas de pobreza rural como la montaña de Guerrero.

Desde luego, los hechos de Iguala también revelaron muchas otras cosas, que son de suma importancia y complejidad. Cuestiones

relativas al financiamiento de las campañas electorales y respecto de la falta de distinciones ideológicas y prácticas entre los partidos de todo el espectro político entero. Cuestiones relativas a la falta de averiguaciones previas y de justicia para los muertos que yacían olvidados e ignorados en fosas clandestinas, hasta que se produjo la matanza de los 43. También se hizo patente la falta de coordinación entre los niveles local, estatal y federal del gobierno; y hubo revelaciones respecto a las formas de movilización que sí funcionan y las que no funcionan: otras matanzas de grande envergadura, como las de San Fernando o, más recientemente, Tlatlaya o Tanhuato, no generaron movimientos comparables a los de Ayotzinapa.

Lo cierto es que los hechos de Iguala revelaron mucho, muchísimo: acerca del sistema político, la procuración de justicia, y la lógica de la movilización social en el México actual. En mi comentario destacué sólo un aspecto —que es el que me parece el de mayor relevancia inmediata para evaluar la urgencia de cambiar de rumbo en la estrategia de criminalización de las drogas.

¿UN ESTADO DELINCUENTE?

Reflexiones sobre Ayotzinapa

Agradezco infinitamente a Lucia Cirianni por hacer posible la redacción de este texto y a Renato Dávalos por sus comentarios

Ishita Banerjee

Profesora Investigadora del CEEA

El Colegio de México

ibanerje@colmex.mx

LA DESAPARICIÓN FORZADA DE 43 ESTUDIANTES Y EL ASESINATO de otras seis personas en Iguala en septiembre del 2014 revelaron, a nivel nacional e internacional, la profunda crisis política y social que impera en México desde hace más de una década. El descubrimiento de fosas comunes con un sinnúmero de restos humanos no identificados durante el proceso de investigación en la zona hizo sonar la alarma sobre la violencia imperante en el estado de Guerrero, en todo el país. Si bien es sabido que la violencia forma parte integral del funcionamiento de los Estados modernos, la desaparición forzada de personas, no en una dictadura sino en un Estado “democrático”, nos impulsa a reflexionar sobre la sutil y borrosa línea entre violencia legítima e ilegítima. El caso de Iguala, en particular, reveló cómo se desdibuja, en todos los niveles del Estado, la distinción entre gobierno y crimen organizado. Esta crisis de *legitimidad* del Estado nos motiva a plantear algunas preguntas: ¿cuándo y por qué el Estado borra la línea que divide la violencia *legítima* de la *ilegítima*?, ¿es posible justificarlo?

Por otro lado, en un país donde se reconoce la desaparición de más de 20 mil personas en la última década, la fuerte reacción ante la desaparición de 43 estudiantes debe ser motivo de análisis. ¿Por qué este caso pudo desatar reacciones que otros miles de casos no lograron? Aquí, es importante notar la trascendencia de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos en la historia política nacional, especialmente su vínculo con los movimientos sociales y las guerrillas o movimientos armados en Guerrero. Es posible que esta larga historia de participación política le brindara a familiares y amigos de los 43 estudiantes desaparecidos la experiencia política, la conciencia de su capacidad de reacción y las redes sociales necesarias para dar a conocer su caso y despertar la indignación

de miles de personas en todo el país, produciendo un movimiento social de dimensiones históricas.

El otro factor que complementa esta coyuntura es la arrogancia y el cinismo de las autoridades, quienes ignoraban la capacidad de movilización y reacción de la comunidad. El continuo maltrato de ciudadanos convertidos en “delincuentes”, la indiferencia hacia los derechos humanos y la desaparición forzada de miles de personas, que las autoridades han perpetrado durante años, les han hecho sentirse omnipotentes. Una reacción tan importante a nivel nacional e internacional quizá los haya tomado por sorpresa, aunque pese a ello llevaron a cabo las investigaciones con inconsistencia, desprecio y negligencia.

Un caso tan intrincado y profundo como el de Ayotzinapa no puede tener una solución simple. Al hacerse visible la violencia protagonizada por las autoridades, nos queda reflexionar críticamente sobre el funcionamiento de los Estados modernos y la complicidad de los ciudadanos al otorgar poder al Estado para el ejercicio de la violencia en nombre del mantenimiento de la ley y el orden. Termino planteando la pregunta de nuevo ¿puede ser la violencia legítima?, o bien ¿se necesita negar el ejercicio de la violencia para empezar a pensar de nuevo en justicia?

FUE EL ESTADO, ES EL ESTADO Y SERÁ EL ESTADO

José Ignacio Lanzagorta García

Doctorado en Ciencias Sociales del CES,
El Colegio de México

@jicito

ESTÁ CLARO QUE LA CONSIGNA ES PROBLEMÁTICA Y TIENE UN origen plenamente identificable en tanto que la masacre de Iguala fusionó a autoridades oficiales locales con el crimen organizado. Es decir, esta atrocidad fue posible gracias a la intervención alevosa de algunas *instituciones del estado*. La discusión, como todos recuerdan, fue acalorada. Tres sencillas palabras para calificar la responsabilidad sobre la matanza nos remitieron a la teoría del estado. ¿Es un pacto maldito que beneficia selectivamente a unos a costa de otros como sugirieron Antonio Martínez Velázquez y José Merino (Merino, 2014, octubre 28) o hay que llevarlo a otros términos de *real politik* como dijo Carlos Bravo Regidor (2014, noviembre 4)?

Decir *fue el estado*, aunque tenga fundamento, resulta para muchos una abstracción tal que al final es inútil para asignar responsabilidades. Y es cierto: *fue el estado* no nos dice a quién hay que encarcelar¹ o de plano linchar. Peor aún: nos deja en el vértigo de no saber a quién o a qué entidad recurrir ahora. ¿No es el Estado² el que debe protegernos de nosotros mismos? En todo caso, la consigna ha sido tan poderosa que sigue incomodando. Tras darse a conocer el reporte del grupo especial de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos no fueron pocos los que volvieron a decirla. A un año de distancia de la masacre en Iguala de los estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa y estando avivada la discusión, pretendo reflexionar sobre la profundidad y pertinencia de la consigna *fue el estado* a la luz de la antropología política.

1 Salvo por la pertinente discusión de la categoría legal de ‘crimen de Estado’ que debe ser evaluada y discutida en los parámetros jurídicos que la propia ley otorga y así fue discutida por María Amparo Casar y Santiago Corcuera, entre otros.

2 En este texto, el juego entre mayúsculas y minúsculas para la palabra ‘estado’ es intencional.

La discusión nos ha dejado claro las dificultades para ponernos de acuerdo sobre qué es y qué debe ser ‘estado’. La definición de diccionario no es suficiente para nadie. “Territorio, población y gobierno”, “monopolio del uso legítimo de la violencia”, “un pacto social”, “conjunto de los órganos de gobierno de una soberanía”. Analizar la historia conceptual del vocablo solo sirve para exponer su polifonía, ambigüedad y complejidad. Discutir alrededor de este concepto desde diferentes definiciones o incluso tradiciones conduce al diálogo de sordos que hemos tenido a lo largo de este año. Y sin embargo, si esta discusión se sostiene hasta hoy es debido, creo, a que tenemos en disputa una palabra esencial de nuestro vocabulario cotidiano: la palabra refiere a efectos políticos a veces más concretos que otros. El estado es, pues, una invocación de poder. Algo pasó en Iguala —y sigue pasando ahora en una arena nacional— que intuimos que el concepto de estado tuvo o sigue teniendo una mediación. Algo pasó en Iguala que creemos que tiene que ver con el estado: su ausencia, su intermitencia selectiva o, de plano, su corrupta e injusta presencia. La disputa aparece con la definición que debe emplearse para justificar cualquiera de estas posiciones, al grado de clamar por la inutilidad de hablar sobre el estado en este —y en casi cualquier— caso concreto.

Desde una perspectiva antropológica³, analizar al estado como una entidad estructural reificada institucionalmente suele perder utilidad cuando se explora la manera en la que se negocia con el concepto y se traduce en realidades específicas, especialmente las que pudieran constituir sus márgenes. Es decir, es posible aprehender y analizar la acción de determinadas instituciones del estado, pero lo que parece ser un reto para cualquier disciplina social que

3 Y por ésta me refiero específicamente a la forma en la que es conceptualizado para su observación empírica en la tradición que se puede trazar desde Gramsci y Weber hasta Foucault y Abrams, recogida en la antología *The Anthropology of the State* curada por Aradhana Sharma y Akhil Gupta (2006), que se ha convertido para muchos en una especie de biblia contemporánea para el estudio etnográfico del estado.

busque una aproximación empírica y material de pequeña escala es el estudio del ‘Estado’ en sí mismo. Ello, sin embargo, no lo convierte una ficción o una abstracción exclusiva de la filosofía jurídica o política, pues ciertamente la invocación del estado ordena en lo cotidiano diferentes conductas y formas de organización política dentro y fuera de los límites de las soberanías estatales.

Así, operativamente —etnográficamente, si se desea— el estado aparece constantemente como el concepto que media la legitimidad para hacer algo o el orden que debe tener una amplia gama de relaciones sociales. Esto lo vemos de forma evidente y clásica cuando alguna institución gubernamental decide hacer uso de la fuerza pública. Sin embargo, existe una creciente batería de estudios y análisis⁴ en los que se encuentra la mediación de una idea o concepto de legitimidad—verbalizada como ‘estado’—en la que pueden o no participar instituciones de gobierno central o bien, que justamente se negocia con éstas a través de diferentes estrategias sobre el orden particular que deben representar y vigilar para asuntos muy concretos.

“Por fin se pone orden”, dice una nota del *Diario de Guerrero* firmada por Abel Miranda Ayala y publicada el 28 de septiembre del año pasado,⁵ al día siguiente de que se diera a conocer la desaparición de los 43 estudiantes, el asesinato de tres de ellos y otras tres personas la noche del 26. La nota no habla sobre los hechos de Iguala, sino sobre algo claramente vinculado que ocurrió en Chilpancingo el día anterior, cuando al parecer otros estudiantes de la Normal de Ayotzinapa buscaban hacerse de autobuses para transportarse a la conmemoración del 2 de octubre en la Ciudad de México y las fuerzas locales de la capital guerrerense se los impidió. A través de numerosos adjetivos, la nota construye la

4 El propio Colegio de México ha editado en los últimos cinco años dos colecciones de estudios empíricos al respecto, ambos coordinados por Marco Estrada Saavedra y Alejandro Agudo Sanchíz. (2011 y 2014)

5 Agradezco a Elisa Godínez la ubicación de esta nota.

legitimidad para que las autoridades actúen contra los “vándalos” e incluso es enfática en la ausencia del respaldo popular. Resulta difícil imaginar que ese periódico desconocía las noticias de Iguala antes del cierre de edición.

De alguna manera, esta nota nos podría hablar de ciertas condiciones de posibilidad para que la masacre de los estudiantes de Ayotzinapa fuera hecha en nombre del estado. Los estudiantes habían sido ya construidos por una buena parte de la sociedad guerrerense —y mexicana— como un actor que subvierte el orden y para el que se precisa una *acción del estado*. Para esto, era necesaria otra condición de posibilidad: instituciones gubernamentales locales y federales capturadas, sometidas o aliadas a organizaciones criminales, habituadas a ejercer la violencia cruda y directa de manera sistemática. En suma: en la noche de Iguala teníamos un alcalde con una fuerza pública extraordinaria a su disposición, una que mezclaba “instituciones del estado” engranada a criminales insertos a esta misma lógica; teníamos también a los normalistas como enemigos del orden público, obstruyendo algún interés de la autoridad —un evento de la primera dama o el traslado de un autobús cargado de drogas, según la verdad histórica de su preferencia. Ordenar su violenta represión era, pues, un acto posible, un acto de estado, un acto tal vez legítimo para sus perpetradores. “Si el caso de Iguala fuera una anomalía, sería solo (*sic*) porque allí confluyen todas nuestras terribles regularidades” (2015, febrero 18), dijo José Merino en un debate organizado por *Horizontal* en febrero pasado.

Fue el estado. Es decir, fue un complejo entramado de situaciones locales, nacionales y hasta globales, sostenido en las últimas décadas, que hicieron posible que un alcalde masacrara a estudiantes empleando una aleación de crimen organizado con fuerza pública. Fue el estado, en el sentido de que hemos construido una sociedad en la que el estudiante es un “vándalo”, especialmente si viene de una de las zonas más empobrecidas del país, con rezagos en todos los

ámbitos posibles. Fue el estado, cuando la única estrategia de estos estudiantes para defender el último resquicio de un privilegio que les otorga el gobierno central de un sistema ya extinto es la lucha social y ésta misma los construye como enemigos de la sociedad. Fue el estado el que hizo posible que un criminal se convirtiera en alcalde tras años de acción federal luchando contra el crimen organizado en la zona. Fue el estado el que activó a este alcalde para dar una orden, delirantemente legítima, de asesinar a estos “enemigos de la sociedad”.

Sin embargo, también podemos hacer estado a partir de nuestra indignación de hoy. Es por el absolutamente inadmisibles significado y proporción que ha cobrado el estado en México que el clamor sale a la calle y quema al judas con la efigie del presidente en turno. Construyamos un nuevo significado al estado. Uno en el que nunca más sea posible el acceso de un criminal a las instituciones gubernamentales. Uno en el que nunca más sea posible la alianza entre crimen organizado y fuerza pública. Nuestra disputa por el estado es también parte del estado. Los intentos de la administración federal por sofocar nuestra indignación a grados tan grotescos y ridículos como convertir el número 43 en tabú en los cárteles de esta edición del Festival Cervantino, son también actos de estado buscando mantener un orden de relaciones. Pero ese orden ya no lo queremos. Para que no vuelva a ser el estado, hay que disputarle los significados de orden y legitimidad al complejo entramado de instituciones políticas, económicas, sociales y criminales que hicieron esto posible. Nos faltan 43.

IGNOMINIA QUE OBLIGA A VER

Elvira Concheiro Bórquez

Investigadora del CEIICH

UNAM

elvira.concheiro@gmail.com

AYOTZINAPA SE HA CONVERTIDO EN UN SÍMBOLO QUE RECORRE el mundo en su ignominia, pero también en su posibilidad como punto de inflexión. Un símbolo que rebasa la empobrecida, pero aguerrida, escuela de normalistas del estado de Guerrero, para, tras un año, aparecer convertida en la más grande escuela de vida y dignidad, que reúne el dolor de un pueblo que ha sabido levantarse a luchar por sus hijos como un gigante. Interpela a todos y todas; interpela sobre todo al Estado, corrupto y autoritario que se desmorona desde hace años, y que ha impedido una y otra vez que se haga realidad la aspiración de la mayoría de la sociedad mexicana de abrir cauce a una transformación democrática y justa. Pero también interpela a las fuerzas políticas del país y, desgraciadamente, en particular a las izquierdas, algunas que están involucradas, otras que no atendieron las señales de alarma. Ayotzinapa ha dejado en claro las responsabilidades fundamentales de un Estado que se ha descompuesto profundamente; que pierde constantemente soberanía ante el poder económico mundial; que se recrea en la corrupción; mercantiliza la vida, trabaja para los negocios privados; que es garante de la mentira y la impunidad.

Ayotzinapa, en efecto, hace ver la lista infame de agravios que ha sufrido México en las últimas décadas. Hace ver la ausencia de una transición a la democracia, que se vendió como discurso y unas cuantas canonjías a cambio de imponer el fraude. Hace ver a un régimen putrefacto que llega con cara de telenovela vulgar. Desnuda a la clase empresarial cada vez más ineficiente y dependiente, a la que las privatizaciones han encumbrado generando algunos de los hombres más ricos del mundo, mientras en el país aumenta la miseria, crece la falta de empleo y el trabajo existente extrema las condiciones de explotación, de los niños y las mujeres en particular, llegando en no pocos casos, al trabajo esclavo o semiesclavo.

Ayotzinapa permite volver a ver la tragedia de mujeres que sufren el acoso, la discriminación y el feminicidio. Hace ver la frustración de los jóvenes a los que se les niega el derecho a la educación y a un empleo bien remunerado, o niños que no conocen lo que es la infancia. Una población que crecientemente sostiene las finanzas del país con las remesas y la actividad del narcotráfico. Ayotzinapa ha vuelto a abrir los ojos de la nación para ver el dolor que recorre el país. Migrantes desaparecidos, niños muertos en la guardería ABC; miles de desaparecidos, más de cien mil muertos en algo que llaman, guerra contra el narcotráfico, mientras ese negocio crece exponencialmente. Ayotzinapa saca a la luz el imperio de la impunidad, la corrupción en todos los niveles de la administración y la alteración de las funciones del Estado gracias al imperio de los intereses privados y el deprecio al ámbito de lo común. Ayotzinapa hace ver que esto es resultado del capitalismo delincencial que permite el draconiano modelo económico neoliberal que en México no se ha podido frenar.

Es por todo lo anterior, que Ayotzinapa ha sido la gran escuela que ha enseñado al país entero la profunda descomposición en la que se encuentra y quiénes son los responsables de tal desastre. Ha enseñado en su lucha la firme determinación para detener la barbarie, pero también las enormes dificultades que existen en el país para conformar la fuerza capaz de lograrlo.

Por otro lado, la fuerza que impide conocer la verdad y alcanzar la justicia es poderosa. Reúne no sólo a la clase política interesada sólo en que quede en el olvido, para que los oscuros negocios puedan seguir. También grandes intereses monetarios circulan en las entretelas del gran crimen de Iguala. Un entramado delincencial que ha logrado someter a los poderes locales de una buena parte del territorio nacional; sobornar e imponer autoridades y jueces de todos los niveles, logrando que México sea el gran imperio de la impunidad.

Por su parte, las izquierdas de todas las tendencias han mostrado sus debilidades y limitaciones. Capaces de sostener en años anteriores enormes batallas para combatir la antidemocracia y el fraude, no ven el fracaso y agotamiento de las formas de acción política seguidas en años pasados y se muestran divididas y agotadas, entrampadas en sus propias construcciones políticas, incapaces de aprender de sus errores, negadas para crear caminos que hagan posible el cambio.

La enorme respuesta colectiva, como quizá no había ocurrido frente a ninguna otra desgracia, expresa, por un lado, el agotamiento de una manera de entender el cambio social y político que ha buscado la nación desde hace décadas, única fuente originaria de la democracia; y, por el otro, inicia un nuevo momento, en el que se hace necesario reinventar las formas de acción. No se puede simplemente persistir en un camino que no ha logrado sus propósitos. Es necesario buscar nuevos que, como nunca, necesitan orientarse a detener la violencia y la muerte; encarnar la defensa de la vida y la lucha por la democracia. La gran fuerza que se requiere construir tiene ahí su vital posibilidad.

AYOTZINAPA

Debilidad, captura del Estado mexicano, y una ciudadanía en ciernes

Reynaldo Yunuen Ortega Ortiz

Profesor Investigador en el CEI

El Colegio de México

yortega@colmex.mx

A MÁS DE UN AÑO DE LA TRAGEDIA EN IGUALA, EN LAS SIGUIENTES líneas intentaré reflexionar sobre dos aspectos de la vida política mexicana: la debilidad del Estado en México y la construcción de una ciudadanía que busca, con los pocos medios de que dispone, hacer responsables a las autoridades del país.

Como Charles Tilly argumentó en su libro *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1992*:

Los estados han sido las organizaciones del mundo más poderosas en los últimos 5000 años; se pueden definir como las organizaciones que ejercen la coerción sobre un territorio determinado y son distintas de las tribus o las familias. En el término estado se incluyen las ciudades estado, los imperios, las teocracias y muchas otras formas de gobierno (Tilly, 1990, p. 1-2).

Incluyendo, evidentemente, los estados nación dominantes en el mundo contemporáneo. Con sus 194 años de vida independiente, el Estado mexicano ha tenido que hacer frente a múltiples retos. El siglo XIX fue siglo de constantes intervenciones extranjeras, de la pérdida de más de la mitad del territorio nacional y de la formación de una *comunidad política*. Las guerras internas e internacionales mostraron, a lo largo del XIX, la debilidad del Estado, pero el triunfo de la república restaurada y la dictadura de Porfirio Díaz significaron el fortalecimiento de las capacidades estatales, sobre todo en términos de control territorial. Las contradicciones de la dictadura llevaron a la revolución. El breve experimento maderista sería lo más cercano a un régimen democrático en México; lamentablemente, por factores internos y externos, la democracia no logró fortalecerse y el resultado fue un nuevo régimen autoritario fincado en un partido hegemónico y un corporativismo estatal.

La estabilidad y el crecimiento económico se convirtieron en la razón de ser del régimen. Esa estabilidad no estuvo exenta de violencia, sobre todo en contra de las oposiciones.

La matanza de Tlatelolco marcó el inicio del fin del régimen autoritario mexicano. La tragedia mostró la incapacidad del estado autoritario mexicano para responder a las demandas más elementales de una sociedad urbanizada que buscaba reivindicar sus derechos y exigía responsabilidad a sus gobernantes. Sin las múltiples movilizaciones que siguieron a esa represión, hoy no podríamos explicar los cambios en el sistema político mexicano. Es verdad que esos cambios no han tenido el alcance que muchos esperábamos y que la construcción de un régimen de competencia electoral con múltiples partidos no es equivalente ni siquiera a una poliarquía en donde hay elecciones libres, regulares y equitativas, libertad de expresión, fuentes alternativas de información, libertad de asociación y ciudadanía incluyente (Dahl, 1988, p. 85); mucho menos existe un régimen de consulta protegida, es decir un régimen en donde las relaciones políticas entre el Estado y los ciudadanos están caracterizadas por su amplitud, su igualdad y su protección frente a la acción arbitraria del Estado o de actores no gubernamentales (Tilly, 2007, pp. 14-15).

Ahora bien, la formación de regímenes democráticos o de consulta protegida ha significado, a lo largo de la historia, múltiples conflictos entre quienes detentan el poder público y los ciudadanos. Es claro que, hoy, el Estado mexicano está rebasado por el crimen organizado y, en algunos casos, hay actores y organizaciones del Estado que han sido penetradas sin que hasta el momento haya respuestas claras para evitar esa penetración. En ese proceso, los errores de quienes han detentado el poder ejecutivo en el último medio siglo son evidentes. En primer lugar, se ha dejado que los intereses externos sean los que decidan la política de combate al narcotráfico centrada en la militarización y no como un problema

de salud pública. Sabemos, gracias al trabajo de jóvenes investigadores como Froylán Enciso, que esa no fue siempre la respuesta del Estado mexicano (2015).

La crisis humanitaria que vive el país, con decenas de miles de desaparecidos, (la tragedia de Iguala es la muestra más evidente), ejemplifica con claridad la necesidad urgente de exigir un cambio en la política de combate al narcotráfico. Un primer paso es atender a cabalidad las recomendaciones del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI, 2015) de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para contribuir a que se adelanten las gestiones exitosas para esclarecer los hechos, para sancionar a los responsables y para ubicar el paradero de los normalistas desaparecidos. Las conclusiones del GIEI se centran en tres aspectos: la investigación, las responsabilidades y la búsqueda de los normalistas. En términos de investigación se requiere unificación, considerar otras violaciones de derechos humanos y delitos cometidos por narcotraficantes y autoridades, como homicidios, tortura, tentativa de homicidio, encubrimiento obstrucción de la justicia y abuso de autoridad, uso no adecuado de la fuerza, lesiones y amenazas a los normalistas sobrevivientes; también se requiere investigar el posible traslado de estupefacientes e investigar las denuncias por malos tratos y tortura; y realizar una segunda autopsia de Julio César Mondragón Fontes. En relación con las responsabilidades, el GIEI considera indispensable determinar si la actuación de los cuerpos de seguridad que estuvieron presentes en los hechos fue acorde al derecho y si cumplieron con sus respectivos protocolos de actuación, en particular, la obligación de proteger a los ciudadanos, también se debe investigar a otros posibles responsables, llevar a cabo nuevas capturas, en particular, de presuntos responsables de mayor nivel como Felipe Flores Velásquez, secretario de seguridad pública de Iguala en el momento de los hechos, Gildardo López Astudillo, alias *el Cabo Gil*, y Alejandro Tenescalco Mejía, ex miembro de la policía municipal. Asimismo se requiere investigar el patrimonio de presuntos

responsables del caso y la posible obstrucción de la investigación. Por otro lado, es fundamental mantener los procesos de búsqueda de los desaparecidos, examinar otros lugares compatibles con restos cremados, actualizar el mapa de fosas y la investigación de casos de otros desaparecidos en Iguala e incorporar nuevos métodos a la investigación, fotografías satelitales y tecnología de búsquedas. Por último, están las recomendaciones sobre la atención de las víctimas: la atención a los familiares y a otras víctimas es indispensable, se deben consolidar los mecanismos de información y la relación con los familiares de los desaparecidos; hay que reformar y cumplir los acuerdos de colaboración, los compromisos con los familiares de los desaparecidos y considerar las medidas de protección de las víctimas y prevención del delito (GIEL, 2015).

En múltiples ocasiones, los representantes del Estado argumentan que no es claro lo que los ciudadanos exigimos; en este caso, el listado es explícito, la tarea no es menor y es indispensable que los ciudadanos sigamos alerta, para que no se caiga en la complacencia y el olvido. Por eso es fundamental la organización y el desarrollo de públicos atentos. Sin movilización no hay democracia; de hecho, ésta será resultado de la constante demanda de los ciudadanos ante sus gobiernos. En distintos momentos de la historia de México los ciudadanos han demostrado su capacidad para organizarse ante las carencias y debilidades del Estado. Es indispensable que esa energía no se pierda y que redoblemos esfuerzos en la exigencia de un Estado responsable. Para ello, la participación debe ser en múltiples frentes: en la movilización, sí, pero también en los partidos, en los sindicatos, en las universidades, en los diversos medios de comunicación y, obviamente, ante las instituciones de Estado. Estoy convencido de que las nuevas generaciones sabrán demandar sus derechos y, con ello, lograr verdaderos regímenes de consulta protegida.



VERDAD E HISTORIA

LA “VERDAD HISTÓRICA” ES PROBLEMÁTICA

Lorenzo Meyer

Profesor-Investigador Emérito

El Colegio de México

lmeyer@colmex.mx

Una versión extensa de este artículo se publicó originalmente el 5 de febrero de 2015 en el periódico *Reforma*.

Les urge dejar atrás a Iguala

AL GOBIERNO SE LE ACUMULAN LAS CRISIS. A LA ORIGINADA POR la tragedia del 26-27 de septiembre pasado en Iguala y las ejecuciones de Tlatlaya tres meses antes, se le unió la del tráfico de influencias—la licitación sin competencia del tren México-Querétaro, la casa “blanca” y las otras, etcétera—y luego la fiscal, producto de la caída de los precios internacionales del petróleo.

Por ello, al inicio de 2015 al gobierno le urgía dar por concluida al menos una de estas crisis, la que estalló en Guerrero. Sin embargo, ese cierre depende menos de la voluntad gubernamental y más de la voluntad de los afectados, de la sociedad en general y hasta de los observadores externos.

El 27 de enero de 2015, el presidente manifestó que la tragedia de Iguala “no puede dejarnos atrapados, no podemos quedarnos ahí”. Ese mismo día, el Procurador General de la República intentó dotar de contenido a la decisión presidencial y dio por concluida no sólo la averiguación previa que su institución, la PGR, llevó a cabo en torno a la desaparición de 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa, sino el gran problema político que eso había provocado. Según la PGR, el 26 de septiembre la policía municipal de Iguala interceptó, disparó y capturó a los estudiantes. En esa operación la policía hirió a 20 personas, dio muerte a otras seis y luego entregó a 43 más a una banda del crimen organizado que los confundió con miembros de una banda rival. Esos jóvenes fueron asesinados, incinerados en un basurero y sus cenizas tiradas a un río. La autoridad federal, dijo el procurador, ya ha capturado y consignado a buena parte de los culpables (2015, enero 28). Sólo faltaba encontrar al resto y que las instancias judiciales hicieran su tarea.

Para el procurador, esta versión es ni más ni menos que “la verdad histórica de los hechos”. Acto seguido, el secretario de

Gobernación aseguró que el gobierno ya no iba a tolerar que “grupos radicales”, so pretexto de exigir justicia, siguieran movilizándose y cometiendo excesos. En suma y según la versión oficial, esta crisis ya estaba casi resuelta y casi era historia, pero ¿realmente lo era?

La verdad sospechosa

El broche de oro con que la PGR cerró la narración de lo ocurrido en Iguala fue el concepto de “verdad histórica”. Pero resulta que en cualquier narración histórica no hay nunca una auténtica verdad sino simples aproximaciones a ella que, con el tiempo, nuevos datos e interpretaciones pueden echar por tierra la versión original y sustituirla por otra u otras. Reconstruir un hecho histórico, saber lo que realmente pasó, cómo y por qué, es imposible. Ningún historiador puede reconstruir realmente el pasado. Lo sucedido son hechos únicos e irrepetibles al nivel de la narración. Las variables que intervienen pueden ser tantas que ni siquiera sabemos cuántas son. La información siempre es incompleta pues nunca queda registro de todo, es imposible de determinar a satisfacción los motivos de los actores pues, a veces, ni ellos mismos entienden plenamente qué los mueve.

Confianza

Para que una narrativa funcione como “verdad histórica” relativa, debe de haber un alto grado de consenso en torno a los hechos y sus causas y de eso se carece en el caso de Iguala. Es también necesario que la explicación sea creíble y, justamente lo que falta en nuestro país es la credibilidad de la fuente de información e interpretación oficiales. Hace mucho que en la base social se desconfía, y con sobrada razón, del gobierno, en particular cuando los datos provienen de declaraciones de presuntos culpables o testigos vulnerables. Y ahí está el caso reciente de los ejecutados en Tlatlaya como ejemplo de “verdad histórica” oficial que puede cambiar 180° en unos cuantos meses.

El 68 quedó muy lejos

En otras condiciones, por ejemplo, las posteriores al 2 de octubre de 1968, lo dicho por el presidente y sus colaboradores más la acción de policías y ejército aunado a medios de información muy controlados, llevaría a que la narrativa gubernamental apareciera como la “verdad histórica”, tal y como sucedió tras la masacre de Tlatelolco, cuando las protestas desaparecieron y la normalidad pareció recuperarse, al menos en la superficie y por un tiempo. Hoy las condiciones son muy otras y lo ocurrido en Iguala dista de ser una crisis superada y la “verdad histórica” necesita de una credibilidad que actualmente simplemente no existe.

AYOTZINAPA Y LA VERDAD

Sergio Aguayo

Profesor-investigador del CEI

saguayo@colmex.mx

Clementina Chávez Ballesteros

Egresada del CEAA e investigadora asociada

El Colegio de México

cchavez@colmex.mx

MÉXICO TIENE UN LARGUÍSIMO HISTORIAL DE MASACRES DEJADAS en la opacidad y la impunidad. Por una combinación poco común de factores es posible que, por primera vez en nuestra historia, nos acerquemos a la verdad histórica de una tragedia paradigmática: la desaparición de 43 normalistas en Iguala. ¿Qué haremos con esa verdad?

En el trasfondo está el poco respeto por la vida humana, que se agravó cuando el Estado perdió el monopolio del uso de la fuerza. La masacre del 2 de octubre de 1968 no fue ni legítima ni legal, pero respondió a la voluntad de un presidente que decidía cuándo debía usarse la fuerza para eliminar opositores. Esa pérdida de control se imbricó con el resquebrajamiento del presidencialismo y la aparición del crimen organizado que utiliza la violencia para asegurarse ganancias económicas. Esa transferencia de poder es el hilo que conecta la evolución de los diferentes tipos de agresión observados en la Guerra Sucia, el 10 de junio de 1971, Aguas Blancas, Acteal, Villas de Salvárcar, Allende (Coahuila), San Fernando, Tlatlaya, Apatzingán, Tanhuato y una interminable lista de atrocidades.

En este escenario se enmarca la desaparición de los 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa. Dada la brutalidad que anega a México, ¿por qué ha recibido tanta importancia la tragedia de Iguala? Enumeramos los factores más relevantes.

1) La identidad de las víctimas. A los normalistas se les podía acusar de radicales, pero no de criminales. Fue una agresión a inocentes que recibió tanta atención porque en esa parte del país hay un tejido social acostumbrado a exigir justicia. Normalistas, grupos de derechos humanos y todo tipo de organizaciones se unieron en torno a los padres y madres de las víctimas.

2) Iguala confirmó la fuerza que ha adquirido el crimen organizado que, en los hechos, se ha convertido en un estado paralelo capaz de infiltrar y corromper al partido heredero de las víctimas del 68. Es una paradoja cruel que las víctimas de la represión política terminaran convirtiéndose en cómplices de la violencia criminal. El 6 de mayo una Comisión del PRD integrada por Pablo Gómez, Octavio Cortés y Pablo Franco presentó un informe que confirma la frivolidad con la cual la principal tribu perredista (Nueva Izquierda) entregó a José Luis Abarca el permiso para saquear y ensangrentar al municipio, además de señalar la omisión de los gobiernos estatal y federal.

3) Las instituciones estatales y federales y los organismos públicos de derechos humanos (en particular la CNDH) dieron un recital de ineficiencia hacia las víctimas y sus familiares. Los 43 desaparecidos son la parte visible de un reinado de terror. La Subprocuraduría de Derechos Humanos de la PGR creó en noviembre de 2014 un programa para averiguar qué pasaba y recibió denuncias de que, además de los 43 normalistas, hay ¡277 personas desaparecidas en Iguala, 65 de ellas en 2013!

4) Una parte importante de la comunidad internacional consideró inaceptables los acontecimientos y pusieron una enorme presión al gobierno de Enrique Peña Nieto para que demuestre su compromiso con la modernidad democrática.

La interacción de estas fuerzas llevó a una situación inédita que permite abrigar la esperanza de que la ocurrida en Iguala será la primera masacre sobre la cual conoceremos la verdad en un plazo relativamente breve. Bosquejamos los principales acontecimientos del año transcurrido entre septiembre de 2014 y de 2015.

1) El 12 de noviembre de 2014 el ejecutivo federal, acorralado por el desprestigio, firmó un Acuerdo de Asistencia Técnica con la CIDH para que enviara a México un Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI), el cual se comprometió a entregar un informe el 6 de septiembre de 2015.

2) Un día después de la firma del acuerdo, el Senado removió a Raúl Plascencia (inútil como presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos) y nombró a Luis Raúl González Pérez, quien está haciendo un esfuerzo por sacar a esa institución del desprestigio y la irrelevancia. La CNDH retomó las investigaciones sobre Iguala y el *ombudsman* nacional se reunió con los familiares de las víctimas en febrero de 2015.

3) Por razones desconocidas el ejecutivo tomó una decisión absurda. Pese a saber que la CNDH y el GIEI realizaban sus investigaciones decidió unilateralmente cerrar el caso el 27 de enero de este año. A Jesús Murillo Karam se le ha desollado públicamente olvidando que el guión fue escrito en los Pinos. La mañana de aquel día Enrique Peña Nieto pronunció un discurso decretando que había llegado la hora de superar el “dolor y [la] tristeza” por la “desaparición de [los] 43 jóvenes”; ya no podíamos, dijo, seguir “parados, paralizados y estancados”, la patria debía unirse para “seguir avanzando y caminando”. Luego añadió que la PGR determinaría con “precisión lo ocurrido”.

4) Una hora después Murillo Karam salió a vanagloriarse con la “verdad histórica”. Presumió que el Estado contaba con evidencias de “una contundencia suficiente para poder consignar a los culpables” y para desmentir a los escépticos. En su conferencia de prensa se mostró lejano, como si de recitar un discurso se tratara. Ni él ni el presidente comprendieron que a las familias de los desaparecidos les resulta imposible olvidarse de los suyos porque no han recorrido los rituales exigidos por el duelo. Decretar el olvido de esa manera provocó críticas severísimas y la supuesta “verdad histórica” fue hecha trizas y sus despojos esparcidos en diversos basureros de la historia.

5) La CNDH fue la primera en presentar, el 23 de julio, un informe sobre el “Estado de la investigación del caso Iguala”. El *ombudsman* aseguró que Iguala es “el más grave conjunto de violaciones a los derechos humanos [...] de cuantos haya memoria reciente

en este país”. Es un documento con omisiones (la más relevante es la relacionada con la situación y la atención brindada a víctimas y familiares), pero entre sus principales méritos está descartar la “verdad histórica” de Peña Nieto.

El informe también desnuda un patrón de incompetencias y descuidos del Estado mexicano y asigna tareas a la PGR, a la Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas y a las autoridades estatales y municipales de Guerrero.

6) El 6 de septiembre de 2015, el GIEI exhibió el trabajo de un Estado desordenado, remendón e incompetente, con un informe brutal. Lo presentado por el Grupo no sólo descarta la “verdad histórica” de Murillo Karam con una investigación profunda y llena de avales científicos, testimonios y señalamiento de omisiones; también ridiculiza a la PGR al citar contradicciones contenidas en su propio expediente (el que utilizó para sustentar su versión oficial), apuntar líneas de investigación que fueron ignoradas y hacer recomendaciones que superan completamente la coyuntura del caso Iguala. En México hay un problema suficientemente argumentado de desaparición forzada y se debe actuar urgentemente. Otro acierto del informe del GIEI es el énfasis que pone en las víctimas y sus familiares, a las cuales desatendieron las instituciones federales y la CNDH.

7) Cuando terminaba de presentar el informe del GIEI, el gobierno de Enrique Peña Nieto tuvo un sorpresivo arranque de humildad y aceptó el regaño público. El GIEI terminó su informe poco antes de las 14 horas y a las 14:32 el presidente envió un tuit agradeciéndoles el trabajo e informando que había dado indicaciones a las dependencias para que “analicen cada una de las recomendaciones”. Poco antes de las 16 horas la procuradora Arely Gómez leía un mensaje conciliador diciendo que el Estado ahora sí demostraría lo bien que sabe investigar y de pasada renovó el mandato del GIEI.

8) Terminamos este texto días antes de la fecha acordada para la reunión entre el presidente y los padres y madres de las víctimas y del primer aniversario de la tragedia de Iguala. Es posible que a partir de esos momentos el caso tome nuevos derroteros.

¿Qué sigue?

Está plenamente justificado el escepticismo ante la actitud conciliadora de un gobierno que ha carecido de una política consistente y adecuada para dar seguridad y proteger los derechos humanos. Es inevitable preguntarse qué sucedió en los cenáculos presidenciales para reconocer las carencias. Tal vez se dieron cuenta que aceptar el informe del GIEI era la última oportunidad para salvar la maltratada credibilidad del actual régimen.

En el fondo lo relevante es reconocer que estamos en un momento inédito de la historia nacional. En masacres previas quienes gobernaban ocultaban —sin importar el color de su partido— la realidad o la entregaban tarde y adulterada. No teníamos ni verdad ni justicia. En Iguala hay dos actores institucionales que pueden hacer la diferencia: la CNDH como autoridad nacional y un grupo, respaldado por la comunidad internacional, que tiene la libertad de llegar hasta el fondo del asunto lanzando un reto frontal al Estado mexicano.

Los padres y madres de los normalistas y las víctimas del 26 y 27 de septiembre de 2014 tienen derecho a saber la verdad. Aunque la verdad no es sinónimo de justicia, sin claridad sobre lo sucedido es imposible tener justicia. Con Iguala es altamente posible que tengamos una aproximación bastante cercana a los que en realidad sucedió. El reto será el diseño de estrategias para varias tareas:

1) Utilizar el o los informes para asignar responsabilidades éticas, políticas y legales.

2) Trabajar en la Ley de desaparición forzada considerando a las víctimas y sus familias, así como tomando en cuenta la verdadera dimensión del problema.

3) Exigir castigo a los verdugos materiales, a los autores intelectuales y a los cómplices por acción u omisión.

4) Atender de manera integral a las víctimas y a sus familiares.

5) Hacer recomendaciones concretas para que el Estado establezca en México un control sobre el uso de la fuerza.

6) Avanzar en el camino de la instauración de un Estado de derecho.

En suma, Ayotzinapa puede convertirse en el parteaguas que nos enderece hacia una sociedad capaz de saber la verdad para, con esa base, derruir el imperio de las impunidades.

AYOTZINAPA Y LA VERDAD DE ESTADO

Marco Palacios

Profesor-investigador en el CEH

El Colegio de México

mpalacio@colmex.mx

POCAS VECES SE APRECIA EL ABISMO ENTRE LA RETÓRICA DEL “estado de derecho” y su práctica como ahora, cuando está cerca el primer aniversario de la tragedia de Iguala. En la noche del 26 y 27 de septiembre de 2014 esa población guerrerense fue escenario del ataque letal e indiscriminado y la detención, a cargo de policías municipales, de un grupo de jóvenes normalistas que habían tomado varios autobuses. La abrumadora mayoría de esos estudiantes llevaba un par de meses de haber ingresado a la Normal Isidro Burgos de Ayotzinapa; hacían parte de una cohorte de 140 y esa noche realizaban una acción rutinaria de *boteo* con el objetivo de conseguir transporte para el grupo de compañeros que había acordado participar en las jornadas de conmemoración del 2 de octubre de 1968 en la ciudad de México.

La desaparición de 43 normalistas y la muerte de 3 más—de los cuales uno de 22 años, Julio César Mondragón Fontes, fue encontrado muerto hacia las seis de la mañana del 27 en un calle de la zona industrial de Iguala después de haber sido torturado y desollado vivo—debe comprenderse dentro de una acción continuada aunque el nexo entre la detención policial de los normalistas que ocupaban dos de los cinco buses incautados por ellos y las desapariciones se adujera chapuceramente sacando a relucir grupos de narcotraficantes, entre éstos los Guerreros Unidos, coludidos con las policías de Iguala y Cocula. Los testigos presentados por la Procuraduría General de la República (PGR) declararon que después de asesinar a los 43 normalistas hicieron una pira en el basurero municipal de Cocula, reduciendo los cadáveres a ceniza que recogieron junto con los restos de la combustión y arrojaron al Río San Juan. Tal “la verdad histórica de los hechos” que ofreció el procurador general de la república el 27 de enero del presente año. Así intentó dar carpetazo a un caso que ahora se reabrirá gracias

a los cuestionamientos de los padres de familia y amplios sectores de la sociedad mexicana que forzaron al gobierno a convenir con la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) una nueva investigación realizada por un Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI) que designó la Organización de Estados Americanos (OEA) y que acaba de producir un primer informe general (GIEI, 2015). En este expediente queda claro que, precisamente por no actuar pese a que seguían minuto a minuto los desarrollos de la tropelía que los policías cometían contra los normalistas en diferentes escenarios de Iguala-Cocula, también son responsables agentes de la PGR y miembros del ejército mexicano.

No es del caso entrar en la materia de este *Informe* que de un modo convincente postula la imposibilidad técnica, logística y organizativa de los narcotraficantes para construir una pira óptima capaz de calcinar 43 cadáveres en tan corto tiempo y sin experiencia previa. De modo, pues, que habrá que seguir buscando a los desaparecidos.

Una parte sustancial del *Informe* se dedica a exhibir pormenorizadamente fallas protuberantes de los sistemas de administración y procuración de justicia del estado mexicano comenzando por la tardanza, lentitud e inepticia de la PGR al acoger el caso e integrarlo debidamente. También subraya el fatídico burocratismo de las primeras 48-72 horas, una vez que fueron evidentes las desapariciones, todo en un contexto que se había hecho rutina en la “guerra a las drogas”: flagrante desatención a la protección de los derechos humanos, pese a la reforma constitucional de 2011; abusos sistemáticos de autoridad, que empañan las dos investigaciones oficiales, la estatal de Guerrero y la de la PGR. El *Informe* recomienda, por tanto, unificar la investigación judicial y enmendar lo que se pueda, considerando el notable desaseo de la investigación, particularmente en el campo del manejo y conservación de las pruebas; recomienda volver a examinar las que aún se conservan y acopiar las que se desestimaron, sin razón aparente, a no ser que se tratara

de un encubrimiento bien orquestado. Todo, en el entendido que, además, se violó la cadena de custodia.



Entre los lugares estigmatizados por el discurso geográfico del poder están sierras y costas del estado de Guerrero habitadas por gentes “violentas” que, en todo caso, son pobres entre los más pobres del país: disidentes políticos, insumisos, rebeldes, radicales. Para colmos, están situados en los bordes de esos lugares de riqueza y ostentación; de venalidad y ensueños de una modernidad peculiar como son el bellísimo balneario de Acapulco con su Punta Diamante y otros excesos.

Si para muchos jóvenes guerrerenses estudiar en una Normal es un camino de la promoción personal y del compromiso social e ideológico, hace un buen rato que el estado mexicano pretende doblar esa página y las “reformas estructurales” que acomete buscan encuadrar el sistema educativo en un tipo de obediencia “moderna”. Bajo esta visión, las normales rurales y los jóvenes normalistas también quedan estigmatizados en los mapas mentales de quienes manejan la educación pública mexicana.

Si estos normalistas de sangre disidente han sido carne de cañón de guerras nombradas e innombrables, las escenas del crimen de Iguala-Cocula, restituyen ese México de ensueño, modernista, modernizador; el México de la movilidad física y mental: telefonía celular, autopistas, centrales camioneras con sistemas de video, autobuses de mandos electrónicos, “periféricos”, “palacios de justicia”. Todo un mundo de cementos, puentes, luces eléctricas; la gran infraestructura de autopistas concesionadas por las que circulan los productos icónicos de la maquila nacional: automotores último modelo, incluidas, claro está, las patrullas policiales desde las que se perpetraron los ataques y desapariciones de normalistas inermes. Toda una infraestructura que funciona gracias a la realidad para-

lela de los contratos y los contratistas, médula del estado, que, se reitera desde el foro oficial, es el mundo del “estado de derecho”. Y muy cerca, valga recordar un sistema estatal cuya cúpula está en descrédito: el malogrado proyecto del tren bala a Querétaro que se juntó con los escándalos de los conflictos de interés de la señora Angélica Rivera y del dr. Luis Videgaray; la malograda Ronda Uno de licitaciones de negociación petrolera, tan lejos de las expectativas; los túneles del *Chapo* Guzmán, también icónicos, y, ahora, el alboroto que levanta en la galería partidista el *Informe Ayotzinapa*.

En otra orilla están la dignidad y pedido de justicia de los padres y familiares de los normalistas desaparecidos, así como de amigos y compañeros, y aun las esperanzas de hallarlos con vida. Unos y otros alienados por las autoridades del país que, al menos en estos momentos y por boca del primer mandatario, acogen algunas recomendaciones del Grupo de Expertos en un giro que, para conservar algún optimismo, parece reconocer el abismo entre la retórica del “estado de derecho” y su práctica cotidiana.

AYOTZINAPA

El discurso y la máscara del Estado

Rodrigo Peña González

Asistente de investigación, CEI

El Colegio de México

rodrigopg87@gmail.com

AYOTZINAPA ES, AL MOMENTO DE ESCRIBIR ESTAS LÍNEAS, SINÓNIMO de injusticia e impunidad. En ese sentido, se trata de un hecho —que, por lo demás, forma parte de una larga serie de otros hechos en México— en el que hay responsables sin responsabilidad y culpables sin culpa. En ese marco, hay y ha habido un discurso oficial, desde la Presidencia de la República, que reacciona a ese fenómeno e intenta darle sentido y contenido, que le habla a la ciudadanía y articula mensajes en torno a lo ocurrido. El tema es que, de hecho, ese discurso hace más que eso o al menos lo intenta. Los mensajes del discurso también configuran y proyectan imágenes, buscan construir horizontes de sentido entre ciudadanos indignados e indiferentes —por igual— y el gobierno mismo. No es una dinámica exclusiva, por supuesto, ni de México ni de este contexto, pero sí es importante e interesante revisar cómo ocurre y se construye tanto en México como en este contexto en particular.

Afirma Philip Abrams, exponente de la Antropología del Estado, que “... el Estado no es la realidad que está detrás de la máscara de la práctica política. Es, en sí mismo, la máscara misma que nos impide ver la práctica política tal como es” (2015, p. 63). ¿Cuánta de esa máscara la dibuja el discurso? Y más aún, ¿qué máscara es la que se dibuja ante la desaparición de 43 normalistas? La idea puede extender el argumento y mostrar ángulos interesantes para entender a las personas en el gobierno y al gobierno de esas personas. Sin embargo, para efectos prácticos del presente texto, se rescatan tres ángulos de esa máscara, dibujados y proyectados desde el discurso del presidente mexicano Enrique Peña Nieto y a propósito de la desaparición de los 43. ¿Qué se quiso proyectar?, ¿a través de qué mensaje?, o en otras palabras, ¿qué parte de la máscara que es el Estado Mexicano la delineó esa parte del discurso? En el fondo, está una práctica política: la violencia, la impunidad

y la injusticia; pero en la medida en la que sea posible reconstruir la máscara, será posible también entender qué se pretende mostrar y, también, qué efectivamente cubre.

La máscara empática

El 7 de noviembre de 2014, a poco más de un mes de los hechos, Enrique Peña Nieto afirmó que “Los acontecimientos en Iguala nos han indignado [...] y conmovido a todos. Han despertado la solidaridad de los mexicanos con los familiares de los jóvenes normalistas” (7 de noviembre de 2014). En medio de esa señal de empatía, es difícil distinguir entre el presidente indignado, responsable de encontrar justicia, y el ciudadano indignado, que asegura compartir el pesar. Es un dilema de tamaño mayúsculo cuando, al mismo tiempo, calles en todos el país se inundaban de protestas que dictaban: “Fue el Estado”, refiriéndose al responsable de los desaparecidos. A partir de esa frase, la protesta pública (que también cuenta con un discurso), buscaba distanciar a la ciudadanía de las autoridades, y con ello adjudicarles responsabilidad y exigirles justicia.

En ese sentido, resulta todavía más disonante aquella frase discursiva de Peña Nieto, cuando afirmó que “El grito de ‘Todos Somos Ayotzinapa’, es un llamado a seguir transformando a México” (27 de noviembre 2014). No sólo se trataba de un modo empático y solidario de expresarse donde, quien recibía acusaciones de responsabilidad por omisión, se sumaba a la protesta y la hacía suya. Adicionalmente sumó al final de la citada frase una fórmula propagandística que se utilizó para promover y promocionar, en su momento, los cien días de Enrique Peña Nieto al frente de la Presidencia: “Transformando a México”. Después de todo, una forma de pretender desarticular una causa es haciéndola propia: “El grito de ‘Todos Somos Ayotzinapa’, es ejemplo de que somos una nación que se une y se solidariza, en momentos de dificultad” (Peña Nieto, 27 de noviembre 2014). Es una frase en la que un representante clave del Estado defiende el campo político en el cual

opera y proyecta una idea de Estado (máscara) empática con las víctimas y los ofendidos, pero inoperante en la tarea de promover investigación sobre lo ocurrido.

La máscara de la lamentación

A partir de la desaparición de los 43 normalistas en Iguala, Guerrero, la Presidencia de la República tardó varios días en pronunciarse. “Lamento de manera muy particular la violencia que se ha dado y, sobre todo, que sean jóvenes estudiantes los que hayan resultado afectados y violentados en sus derechos en el municipio de Iguala” (Hernández, 2014, octubre 7), dijo Enrique Peña Nieto. Se trató del primero de una serie de lamentos asociados a los hechos ocurridos en Iguala, a los estudiantes que lo padecieron y a la violencia asociada. Esa forma de referirse a los hechos de los normalistas desaparecidos se repitió una y otra vez a lo largo del siguiente año. El uso y abuso fue tal, que la lamentación se transformó en una muletilla adjetiva que se justificó sobre la base de lo políticamente correcto. Lo *lamentable de los hechos*, además de configurar formas correctas de no herir susceptibilidades en el discurso, también proyectó la máscara de un Estado que, además de solidarizarse, también lamenta lo ocurrido. No obstante, hace poco para aliviar el lamento supuestamente propio y ajeno. Resulta poco menos que imposible saber si el lamento es real, pero es interesante reconocer en el discurso otra vez la imposibilidad de distinguir entre el ciudadano supuestamente acongojado y la autoridad responsable de investigar; es una cuestión particularmente grave cuando la responsabilidad supone que se espera más lo segundo que lo primero.

La máscara de la superación

El discurso también se ha alojado en el tono de la superación. A principios de enero de 2015, la fórmula discursiva retrató a un Estado que desprecia el pasado en busca de un mejor futuro (una

propuesta por lo demás ofensiva a la memoria histórica de una ciudadanía en buena parte indignada). Refiriéndose al caso Ayotzinapa, Peña Nieto dijo: “No debemos quedar atrapados en este triste instante de nuestra historia, lo peor que nos puede suceder es que seamos una sociedad que extrañe su pasado, que lamente su presente y que llore su futuro”. Es curioso que, poco después, viniera el intento de sellar los hechos con la famosa verdad histórica para decidir cómo lamentar ese pasado, y que fuera fatídicamente desmentida en septiembre 2015, con el Informe del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI) de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Es una fórmula. Oscilar entre la idea del pasado fatídico y la de la historia gloriosa suele ser una forma de seleccionar, a conveniencia, la mejor forma de percibir lo ocurrido y traducirlo en uno u otro mensaje. En todo caso, el “presente” como “este triste instante de nuestra historia” minimiza y se contradice con la máscara de la empatía, pero sobre todo invita a superar sin justicia, olvidar sin remedio y a minimizar consecuencias. El desprecio por las víctimas es mayúsculo.

El Estado, dice Abrams, “... es el sentido de un mundo sin sentido, el propósito de las condiciones carentes de propósito” (2015, p. 63). En el caso mexicano no es la excepción, las prácticas estatales son complejas y están construidas históricamente. Una forma de entender el sentido del sinsentido es reconociendo esas máscaras que se escurren en el discurso de un presidente ante un momento y contexto tan importante como la desaparición de los 43: un gobernante empático con los indignados cuando es la acción y omisión del poder público lo que les produce indignación; un gobernante lamentándose por los hechos sin hacer nada para impartir justicia o promover una investigación seria; y un gobernante llamando a superar los hechos sin haber reconocido con claridad responsables, culpables, paraderos y hechos. No tiene sentido, en ningún caso, pero la máscara pretende dárselo. En contextos de violencia e impunidad es notable la forma en que el Estado se

construye, no sólo porque son más notables las máscaras que le dan sentido al sinsentido, sino porque nos recuerdan que, detrás de ellas, existen prácticas que lucen muy alejadas de la justicia. La apuesta para un país como México y en casos particularmente graves como éste, debe apuntar a que los cambios ocurran en las prácticas, y no en las máscaras.

EL DOMINIO DE LA VERDAD

Mariana Arellano

Doctorado en Literatura, CELL

El Colegio de México

miglesias@colmex.mx

EN ENERO DEL PRESENTE AÑO LOS FAMILIARES DE LOS ESTUDIANTES desaparecidos presentaron de manera pública una lista de diez razones por las cuales el caso Ayotzinapa no debía cerrarse jurídicamente. En ella se señalaba falta de certeza científica en el peritaje, fabricación de delitos por parte de la procuraduría mexicana, manipulación de las declaraciones ante el Ministerio Público, inexistencia de un proceso penal que condene el delito de desaparición forzada de personas, deslinde de responsabilidades por parte del ejército y altas esferas del gobierno y, por último, falta de certeza sobre la muerte de los desaparecidos. Subyace en esta lista un problema fundamental que no sólo imposibilita cualquier atisbo de justicia en el caso Iguala, sino que ofrece un repertorio de las fallas sistémicas que determinan, por un lado, el fracaso de la impartición de justicia a nivel nacional y condicionan, por otro, la perpetuación del poder en manos de aquellos que, precisamente, deberían situarse en el banco de los acusados.

El concepto de ‘democracia’ se instituye ahora como espacio abstracto de legitimación de un poder que, apropiándose del valor que esta palabra encierra y ateniéndose al aura que ella misma confiere, aprovecha su *afiliación* para perpetuar precisamente una antinomia mortífera: la destrucción de la democracia en voz del *poder democrático*. No hay mejor forma de legitimar la violencia y la aberrante injusticia que la incautación de los medios mismos que la regulan y la determinan. Lo que está pasando hoy en México no es sólo la usurpación del país, sus recursos y su población; éstas son sólo bajas visibles que se resienten cada vez más y que afectan de forma inmediata el *modo de vivir*. Hay algo debajo, algo que carece de sustancialidad pero que, paradójicamente, se posee: la *verdad*. Michel Foucault advirtió hace décadas la potencia destructiva del binomio poder-verdad: “La ‘verdad’ está ligada circularmente

a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan. ‘Régimen’ de la verdad.” Los que gobiernan nuestro país, vestidos de una aparente legitimación democrática, son dueños de *la verdad* y utilizarán las instancias gubernamentales para preservarla, así se tenga que mentir, engañar, destruir, asesinar.

Se trata pues de la conversión de un poder fáctico, basado en el control de la economía y sociedad, en un poder simbólico, basado en la posesión de la verdad. En el acaparamiento de este último privilegio se excluye cualquier posibilidad de justicia. Es probable que Ayotzinapa termine sumándose a la lista interminable de casos que fueron cerrados aún ante la denuncia de ilimitadas inconsistencias y manipulaciones. Al reconocer la desaparición forzada por parte del Estado la noche del 26 de septiembre de 2014, el gobierno no sólo aceptaría el solapamiento entre criminalidad e impartición de justicia, sino que también perdería el dominio de la verdad.

De este fenómeno surgen dos paradojas: 1) la posesión de la verdad no significa necesariamente su legitimidad y aceptación por parte de la sociedad y de la comunidad internacional y 2) la lógica de verdad, por su misma naturaleza conceptual, parece no implicar matices: se la posee o no. Está claro que los órganos que conforman el aparato gubernamental en México carecen de credibilidad, tanto por parte de la sociedad mexicana como por parte de la comunidad internacional interesada en lo que sucede en nuestro país. Sin embargo, el escepticismo no es elemento suficiente para desmontar un aparato que, si en un principio teórico servía para la protección de los derechos fundamentales, hoy sirve para asegurar su perpetuo incumplimiento. Lo único que importa, en última instancia, es tener el suficiente poder fáctico para convertir, cueste lo que cueste, la mentira obvia en la verdad oficial.

El caso de Iguala no se cerrará. Depende de nosotros que la verdad, la nuestra, la necesaria, no se olvide.

LOS ARCHIVOS DE LA REPRESIÓN EN MÉXICO: reclamos por una justicia inacabada

Carlos Inclán Fuentes

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

cinclan@colmex.mx

LA APERTURA DE LOS ARCHIVOS DE LA REPRESIÓN —DE FORMA limitada en 1998, (Stout, 2012, p. VIII) y al “público en general” a partir de 2002¹ — permitió por primera vez el acceso a información secreta y reservada, creada por los aparatos de la inteligencia civil del Estado mexicano.² Los documentos provenían de distintas dependencias que estuvieron bajo el control de la Secretaría de Gobernación (SEGOB), pero de manera especial, dichos papeles pertenecieron a la Dirección Federal de Seguridad (DFS).

La DFS fue creada en 1947 por orden de Miguel Alemán y, a diferencia de sus antecesoras,³ estaba bajo el control inmediato de la Oficina de la Presidencia de la República (Navarro, 2010, p. 158 y ss). Sin embargo, al igual que los otros organismos de la inteligencia civil mexicana, la DFS estuvo encargada de monitorear, investigar, vigilar y combatir las actividades de potenciales enemigos y opositores del Estado: líderes políticos, campesinos, sindicalistas, estudiantes, ciudadanos extranjeros, organizaciones religiosas, movimientos fascistas y de derecha, agrupaciones comunistas y anarquistas, asociaciones de las clases medias, movimientos armados y un largo etcétera (Stout, 2012).

La DFS fue creada dentro del contexto del primer ciclo de la Guerra Fría y en medio de un proceso de profesionalización de

1 Correspondientes a los fondos de Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS) y de la Dirección Federal de Seguridad (DFS).

2 En la realidad siguieron existiendo marcadas restricciones para la consulta de estos archivos. Por ejemplo, sólo se podían investigar con el expreso consentimiento de la segob o si se buscaba información relacionada con violaciones a derechos humanos, pero esta modalidad estaba a su vez reservada a las personas directamente afectadas, a sus familiares o los investigadores que tuvieran el permiso de estos últimos.

3 Estas eran: la Primera Sección (PS) 1918, el Departamento Confidencial (DC) 1929, el Departamento de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS) 1941 y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS) 1948.

la inteligencia civil, derivado en parte de la cooperación bilateral con los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial (Inclán Fuentes, 2013, p. 87; Stout, 2012, p. vii). La profesionalización del servicio supuso para la DFS mayor presupuesto y el entrenamiento de sus directivos en el extranjero con el fin de crear un servicio de inteligencia mexicano eficaz, que fuera la principal herramienta para combatir a la subversión, mediante la coordinación de las labores de control, vigilancia, espionaje político y, posteriormente, a través del contraespionaje y la contrainsurgencia (Navarro, 2010, p. 162).

Hay que señalar una característica poco usual que distingue a la DFS de sus predecesoras: la continuidad de sus mandos durante los sexenios y una predominancia de militares en posiciones clave, como la dirección (Navarro, 2010, p. 158). Esto último, hizo que las técnicas de control social y recolección de información estuvieran orientadas en prácticas castrenses. Dados estos antecedentes y por la distorsión de sus atribuciones y acciones, la DFS se convirtió en un instrumento ideal para hacer el trabajo sucio del Estado (Aguayo, 2001, p. 44 y ss).

De la misma forma, no hay que obviar que los agentes de la DFS se veían a sí mismos como un grupo de élite encargado de defender a las instituciones mexicanas y que, por lo tanto, su trabajo estaba orientado a combatir supuestas influencias nocivas, tanto nacionales como extranjeras (Aguayo, 2001, p. 60; Navarro, 2010, p. 165). Esta visión y misión mesiánica explican en parte el grado de violencia con el que llegaron a actuar en contra la disidencia política y la guerrilla. Por otra parte, dada la cercanía de la DFS con el poder político fue común la permisividad hacia acciones y conductas ilegales como la corrupción, el cohecho y la violación sistemática de derechos humanos y garantías constitucionales, especialmente durante la denominada Guerra Sucia (Aguayo, 1998, p. 59).

Durante la llamada *transición democrática* —luego del triunfo de Vicente Fox en las elecciones presidenciales del año 2000— los

archivos de la DFS tuvieron una importancia particular. En primer lugar, en ellos querían fincar las responsabilidades del Estado en su actuación al combate de la disidencia política. Y en segundo lugar, se buscó hacer justicia a las víctimas de la estela de crímenes y violaciones sistemáticas a los derechos humanos que supuso la intervención de agentes y funcionarios, del régimen priísta, durante la avalancha de represión que trajo consigo la Guerra Sucia.⁴

Sin embargo, dichos papeles no fueron desclasificados y puestos a disposición del público en general, sino hasta el año 2002, con la creación de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) (García Morales *et al.*, 2005, p. 221). Si en el caso mexicano se optó por la conformación de una fiscalía, fue bajo el argumento de establecer un organismo que fuera capaz de promover juicios de responsabilidad penal, si así se determinaba con base a los resultados de sus investigaciones (Verduzco y Chávez, 2008).

La FEMOSPP fue creada entre dos tensiones. En primer lugar, para conocer la verdad de lo ocurrido en los casos del movimiento estudiantil de 1968, 1971 y la Guerra Sucia en lo concerniente a la actuación del Estado mexicano. En segunda instancia, para fincar posibles responsabilidades de funcionarios públicos en esos hechos, con la finalidad de llevarlos ante la justicia. En ambos casos, la creación de la FEMOSPP respondía a un fuerte reclamo social de organizaciones e individuos que llevaban años luchando por el esclarecimiento de esos sucesos y exigiendo castigo a los culpables (Aguayo, 1998, p. 13; Verduzco y Chávez, 2008, p. 11).⁵ Por lo mismo, las líneas de investigación de la Fiscalía tenían dos

4 Si bien las labores contrainsurgentes de la DFS ocuparon un lugar central durante la Guerra Sucia; el alcance y contenido de los papeles de la DFS rebasa por mucho ese proceso. Se trata de un fondo documental conformado por 4,223 cajas, a su vez constituidas por 58,302 expedientes y casi 7 millones de tarjetas catalográficas (Pérez Alfaro, 2015, abril 16).

5 Por ejemplo la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) presionó al gobierno con la "Recomendación 26/2001, Caso sobre las quejas en materia de desapariciones forzadas ocurridas en la década de los 70 y principios de los 80", de noviembre de 2001.

vertientes: una histórica y una jurídica, es decir, una relacionada con la verdad sobre hechos del pasado, y otra vinculada con los reclamos de justicia.

Los imperativos de verdad y justicia, no estaban disociados en su objetivo final de enfrentar un pasado traumático, por lo menos no para aquellos individuos y organizaciones que veían en la apertura de los archivos una oportunidad sin precedentes para encararlo y repensar el presente y futuro de la transición democrática en México. No obstante, hubo divergencias respecto a los métodos para hacer frente a ese pasado y, por ello mismo, no hubo un frente común ni una agenda mínima que pudiera sobreponerse a las artimañas de una fuerte oposición que no quería volver a abrir “viejas heridas” y poner en riesgo la estabilidad de las instituciones políticas (Aguayo, 2007, p. 709).

Hay que recalcar que la FEMOSPP operaba con un sesgo importante: el esclarecimiento y persecución sólo de los delitos cometidos por funcionarios públicos que habían excedido sus funciones dentro del marco legal establecido. Al respecto la Fiscalía señalaba:

Aunque la rebelión se puede considerar un derecho y la política de desestabilización que estos grupos siguieron —como fueron los secuestros, asaltos bancarios y asesinatos cometidos— hayan sido delitos que debieron ser castigados conforme a derecho, esta verdad jurídica no es la que corresponde sustentar a esta Fiscalía (Verduzco y Chávez, 2008, p. 33).

Con ello las acciones de los individuos, que fueron objeto de la política represiva del Estado, sólo formaban parte de la verdad histórica que contextualizaba los crímenes, porque de lo que se trataba era de esclarecer, construir y condenar la criminalidad estatal (García Morales *et al.*, 2005, p. 234). Despolitizando las acciones de los sujetos y reduciendo a todos por igual al papel de víctimas.

La apertura de los archivos de la represión en la era de la FEMOSPP fue acompañada por una serie de polémicas: desde la designación del titular de la fiscalía, Ignacio Carrillo Prieto, del que se criticó su falta de pericia y experiencia (*La Jornada*; 2011, junio 26); hasta la entrega de los fondos documentales al Archivo General de la Nación (AGN) sin medios adecuados para su consulta y sin la asignación correspondiente de recursos presupuestales para agilizar su catalogación y organización (Treviño Rangel, 2007, p. 160).

Asimismo, el empleo de prácticas discrecionales por parte de la FEMOSPP, evidenciadas en su capacidad de reservar información, desató una serie de suspicacias sobre una primera depuración de los archivos respecto de la información más relevante o incriminatoria y que posiblemente seguiría reservada de manera indefinida o incluso destruida (Treviño Rangel, 2007, p. 158).

El clima de críticas y dudas, no se disipó con la presentación del borrador de trabajo de la fiscalía, el *Informe histórico* presentado a la sociedad mexicana. Más aún porque hubo dos versiones de dicho documento. Uno filtrado a la prensa por la periodista Kate Doyle⁶ el 25 de febrero de 2006, como prevención para evitar la censura y la deformación de su contenido antes que la versión final fuera publicada por la pgr el 18 de noviembre de 2006,⁷ a días del fin de la presidencia de Fox.⁸

Más controvertidos fueron los escasos resultados del trabajo de la extinta Fiscalía. En primer lugar, su *Informe*, que debía contener

6 Doyle es periodista y analista del National Security Archive (NSA), un instituto de investigación y organización no gubernamental con sede en la Universidad George Washington. En 2012 le fue entregado el premio ALBA/Puffin que se otorga a activistas en derechos humanos, debido a su labor en el esclarecimiento de crímenes de lesa humanidad en varios países de América Latina.

7 Hubo cambios entre las versiones: restructuración de algunos apartados y cambios en la terminología, por ejemplo se cambia “Estado” por “régimen autoritario”, “detenciones forzadas” por “detenciones ilegales”, “campos de concentración” por “centros de detención clandestinos”. Además, se agregaron apartados como uno relacionado con el trabajo de la Fiscalía con organizaciones de derechos humanos y familiares de desaparecidos (Verduzco y Chávez, 2008, p. 23 y 24).

8 A la fecha en la página oficial de la PGR no hay copia del *Informe histórico*.

la verdad de lo sucedido, no logró posicionarse como relato hegemónico sobre esos hechos y por ello no tuvo el impacto social esperado. No sólo por falta de difusión y respaldo por parte de las autoridades (*La Jornada*, 2007, agosto 28), sino también porque algunas organizaciones civiles miraban con escepticismo su contenido por imprecisiones en datos, fechas e interpretaciones a la luz de los testimonios de las víctimas y sus familiares.⁹ En ese sentido, la verdad histórica de la FEMOSPP no se ha sobrepuesto a las diversas memorias que se disputan la verdad sobre lo sucedido (Aguayo, 1998, p. 292).

En términos judiciales, la FEMOSPP acusó a once personas del delito de genocidio, entre ellas al expresidente Luis Echeverría y a uno de los jefes de la DFS, Miguel Nazar Haro. Se consignaron once averiguaciones previas y se obtuvieron veinte órdenes de aprehensión y ocho autos de formal prisión. Con todo, ninguna prosperó porque buena parte de los crímenes perseguidos se consideraron proscritos y porque en los casos en que se alegaba el delito de genocidio, se desecharon las acusaciones por falta de pruebas, incluyendo los casos de la matanza de Tlatelolco, de 2 de octubre de 1968, y el *halconazo*, de 10 de junio de 1971 (Aguayo, 2007: 727).

El fracaso de los procesos judiciales que promovió la FEMOSPP abrió la puerta para la propuesta de otras opciones para hacer frente al pasado violento de la Guerra Sucia. Entre las que destaca la llamada *justicia transicional* que implica acciones de “restitución y reconocimiento de la honorabilidad de las víctimas y también reparación del daño causado de muy diversas maneras para generar condiciones de reconciliación entre los sectores sociales contrapuestos” (Verduzco y Chávez, 2008, p. 8). No obstante, no es una posición que se comparta por igual entre los distintos actores y organizaciones, cabe recordar que por ejemplo, comités

9 Al menos esa es la posición de miembros de los comités Eureka e H.I.J.O.S. México, expresada en el foro: “De lo secreto a lo prohibido. Archivo, memoria y justicia”, realizado en el Instituto Mora, el 20 de abril de 2015.

como H.I.J.O.S. México tiene como una de sus consignas de lucha, la siguiente: “No olvidamos, no perdonamos y no nos reconciamos. Juicio y castigo a los culpables y sus cómplices”. Pese a ello, al repetirse el imperativo del derecho a saber, el debate regresa al papel de los archivos en el proceso de construcción de la verdad sobre el pasado inmediato.

Todo Estado crea registros de sus acciones, inclusive aquellas relacionadas con actividades censurables o ilegales. Las instrucciones de este tipo, por la naturaleza criminal de su origen o destino, nunca llegaron a plasmarse en órdenes escritas, como mecanismo de encubrimiento y defensa de sus promotores.¹⁰ Sin embargo, en el caso de las dictaduras militares o en regímenes autoritarios como el mexicano existían cadenas de mando, una organización burocrático-militar, con instituciones policiales y de inteligencia, por eso Elizabeth Jelin señala: “la práctica de estas instituciones implica llevar registros, redactar informes, organizar prontuarios y archivos” (Jelin y Da Silva, 2002, p. 4). Hubo una administración continua y muchas veces refinada de los papeles que producían las dependencias de seguridad.

Por otra parte, los papeles se preservan porque como dice Jelin, los regímenes confían en su longevidad en el tiempo, en su poder y en su capacidad para permanecer impunes; para los represores no cabe la posibilidad de que sus acciones puedan ser sometidas a juicio. A pesar de esto, con el cambio de esta perspectiva en los procesos de *transición democrática*, los archivos que documentan las acciones represivas de los Estados se vuelven una amenaza latente y por lo mismo deben ser destruidos o de consulta restringida, como sucede en el México de nuestros días (Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C., 2015).

10 El caso extremo es el del exterminio judío durante la Segunda Guerra Mundial. Heinrich Himmler, jefe la ss y la Gestapo, afirmó que se trataba de “una gloriosa página de la historia que nunca había sido escrita y que nunca lo sería”.

La primera labor de los gobiernos de transición democrática ha sido esclarecer las violaciones a los derechos humanos mediante comisiones de la verdad, cuya tarea principal fue la recolección de información con miras a conocer lo realmente sucedido para después reclamar justicia. Los imperativos de conocimiento para la historia y la memoria vinieron después (Jelin y Da Silva, 2002, p. 6). Bajo este modelo se privilegió el uso del archivo con fines de justicia, lo que nos muestra cierta “obsesión social por las pruebas y los papeles” (Jelin y Da Silva, 2002, p. 8). El rescate de los archivos y la lucha por su apertura ha sido liderada por los llamados ‘empreendedores de memoria’, una de cuyas tareas fue: la recuperación de información para transitar hacia una condena moral y pública que abriera canales de comunicación y educación, bajo la consigna de que no se repitieran los hechos violentos del pasado traumático.

En el sentido arriba enunciado, los archivos de la represión se caracterizan por su estrecho vínculo con el presente, dado el uso que se ha hecho de ellos como elementos de prueba para fincar responsabilidad por hechos del pasado reciente, especialmente cuando contienen información sobre violaciones de derechos humanos o de crímenes de lesa humanidad. Al igual que otro tipo de archivos, en su uso operan una serie de intermediaciones. Las primeras tienen que ver con los actores o poderes que seleccionan y toman la decisión sobre lo que se conserva y lo que se destruye, lo que tiene un valor inherente per se y lo que no. A lo que habría que agregar otros problemas como la pertenencia de los archivos, cuándo son públicos o privados y qué criterios han de fijarse para su acceso o restricción, entre otros. Las posibles soluciones a estas interrogantes son fuente permanente de conflicto, en este caso entre las razones de Estado y los reclamos de justicia, que revelan a los archivos de la represión como espacios y escenarios vivos de disputas políticas y sociales y de lucha por las memorias individuales y públicas (Jelin y Da Silva, 2002, p. 3 y 12).

Los papeles de los archivos de la represión movilizan, ya sea para llevar a cabo procesos penales o para crear espacios de denuncia y recuerdo. Al respecto Ludmila Da Silva señala:

Esto hace que cada documento, más allá de su valor histórico o judicial, condense un valor/memoria y un valor/identitario, que acompaña y refuerza la acción militante y el testimonio de las víctimas. Esos documentos, aunque no siempre, legitiman las memorias lastimadas de aquellos que sufrieron la persecución, la cárcel en centros clandestinos de detención, la tortura, la muerte y la desaparición (Jelin y Da Silva, 2002, p. 210).

En el fondo, una vez escudriñados los archivos de la represión revelan pocos datos inéditos sobre el destino de los muertos o desaparecidos, ya que confirman lo que los testimonios han señalado. Sin embargo, el punto importante es que dan una base documental al testimonio y sirven para reconstruir historias fragmentadas de las víctimas de la represión (Jelin y Da Silva, 2002, p. 212). En este aspecto particular, son limitados porque después de todo son como otros documentos que sólo dan luz o pistas dependiendo de lo que se les pregunte.¹¹ Puede decirse, que dan tanto herramientas y datos a los historiadores, como otorgan elementos a las víctimas y afectados para legitimar sus memorias y reconstruir sus identidades.

La consigna por la recuperación de “los archivos de la represión” parte de la lucha por la consolidación de los procesos democráticos y supone luchar contra el olvido y revelar verdades sobre lo ocurrido mediante la democratización de la información. Para las víctimas, estos archivos son llaves para la memoria en tanto les permiten reconstruir fragmentos de sus vidas y recomponer

¹¹ Hay no obstante, otra modalidad de los archivos como lugares de memoria e historia, en tanto archivo-documentos y archivo-monumentos. En la primera modalidad su fin es el conocimiento y la enseñanza, mientras que la segunda evoca y hace recordar (Jelin y Da Silva, 2002, p. 207).

identidades quebradas. En términos judiciales aportan pruebas y, finalmente, son fuentes para la investigación histórica (Jeline y Da Silva, 2002, p. 213).

Una observación que parecería banal, pero que no lo es, ya que en el optimismo desbordado por la creación de la FEMOSPP se propuso la construcción de un museo de la memoria sobre la Guerra Sucia, siguiendo el ejemplo del Cono Sur. El museo debía localizarse en las que fueran las instalaciones de la DFS, en frente de la Plaza de la República, a un lado al monumento a la Revolución. El proyecto nunca se realizó por razones presupuestales y desde hace algunos años el inmueble se halla abandonado (Alberto Morales, 2008, junio 6). Este fracaso bien puede tomarse como símbolo de la incapacidad del Estado mexicano para promover políticas de memoria, pero también para hacer frente a un pasado violento, cuyas secuelas están vivas y presentes en nuestros días.¹²

El caso más claro de los efectos de ese pasado violento directamente ligado con la herencia de terror y contrainsurgencia de la Guerra Sucia es la desaparición forzada de los 43 normalistas de Ayotzinapa, Guerrero. Un acontecimiento terrible, en cuyas secuelas se cruzan reclamos de justicia y de conocimiento de la verdad de los hechos. En esta última modalidad hay también una aguda disputa por el esclarecimiento de lo sucedido y por la verdad. De tal forma, la verdad histórica —más bien oficial— promovida desde el Estado, que quiere posicionarse como relato hegemónico sobre lo ocurrido la noche del 26 de septiembre de 2014, se ha desmoronado a partir de su puesta en duda por los padres de los normalistas y amplios sectores sociales. A la verdad oficial del Estado se ha contrapuesto el informe del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes del 6 de septiembre de 2015, que, a la

¹² La iniciativa para promover políticas de memoria sobre el 68 y la Guerra Sucia ha provenido de otras instituciones y organizaciones: como el memorial de la unam sobre el 2 de octubre o los esfuerzos de camena, EUREKA e H.I.J.O.S México, para rescatar testimonios y conformar archivos de la palabra.

par que busca el esclarecimiento transparente de los hechos, exige justicia para las víctimas y castigo a los culpables. Un llamado potente cuya vigencia está más presente que nunca en un país que, como el nuestro, está herido por la violencia.

GUERRERO, un cementerio histórico

Saúl Iván Hernández Juárez

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

sihernandez@colmex.mx



IN DUDA, HACER UN INFORME DE LA VERDAD SOBRE CIERTOS hechos de la historia mexicana reciente, es algo que se torna verdaderamente complicado. En la teoría y en ocasiones en la práctica, las comisiones de la verdad tienen como objetivo investigar, informar y difundir los atropellos y las violaciones a los derechos humanos que sufrieron ciertos grupos sociales por causa de un conflicto con el Estado, o en el peor de los casos una guerra civil; sin embargo, no tienen la intención de ejercer acción penal contra los responsables. Las comisiones de la verdad tienen como premisa la verdad como una especie de remedio para las víctimas. Las comisiones formulan recomendaciones para tratar de prevenir y subsanar abusos, por lo general en dichos informes no encontramos imperativos, sólo recomendaciones que buscan la reparación material y moral de las víctimas. Bajo la idea de que el Estado pida perdón a todos aquellos que afectó.

Dicho lo anterior y a partir de los hechos de los 43 desaparecidos en Ayotzinapa, llegó a mis manos el informe final de la *Comisión de la verdad del estado de Guerrero* (Comverdad), que fue publicado con fecha de 15 de octubre de 2014. El informe que se rindió trata de lo que hoy históricamente llamamos la Guerra Sucia que tuvo lugar de 1969 hasta 1979 en el Estado de Guerrero. En la primera página encontré un total de 26 agradecimientos, pero también encontré una grave afirmación que debería de llenarnos de miedo y vergüenza: “Está históricamente probado que los intereses políticos y económicos de los perpetradores obstruyen las normas y operación de los aparatos de procuración y aplicación de justicia”. (Comverdad, 2014, p. 4) Por lo que podríamos preguntarnos si la afirmación anterior es predominante en la historia de México, y en dado caso, si la obstrucción de la ley más bien es una enfermedad crónica que pocos han tratado de sanar. Podemos afirmar, también,

que vivimos en un Estado en que la ley sólo es un adorno legal en papel que cualquiera puede violar y corromper. En el caso de la Guerra Sucia, el Estado fue el exterminador de aquellos grupos rebeldes que dirigía Lucio Cabañas. En el caso de los 43 desaparecidos, también fue el Estado, ahora junto con los grupos de la delincuencia organizada los que los exterminaron. Podemos darnos cuenta que es la autoridad la que hizo caso omiso de lo que sucede en Guerrero y que es tradición que en el estado de Guerrero reine la impunidad y la muerte. Ya se dijo líneas arriba, son los mismos intereses del poder los que obstaculizan la impartición de justicia.

En el informe predomina el famoso “nunca más”. ¿Nunca más qué?, el informe señala que “... nunca más la armas y la violencia se usen contra las ideas y la dignidad del ser humano” (Comverdad, 2014, p. 6). Pero, si volvemos al mismo punto de inicio, parece que en el estado de Guerrero ser estudiante es delito; al igual que en aquellos puntos de la república mexicana, donde las ideas, el pensamiento y el ejercicio del periodismo ético, tienen como respuesta las armas y la represión. Volvemos a repetir, tanto del Estado como la delincuencia organizada son los ejecutores de las órdenes de represión. Desde los hechos de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, el “nunca más” se ha pronunciado como un canto triunfante que se queda solo en la lírica, en la retórica y en el discurso demagogo de todos aquellos que están hambrientos de votos y legitimidad. El informe de Comverdad nos muestra a Guerrero como un estado que nunca ha tenido Estado, ya que este mismo se ha encargado de enterrar en su patio trasero, toda aquella miseria e injusticia que no es necesario mostrar al mundo. Basta recordar lo que dijo Murillo Karam hace un año: “Iguala no es el Estado”, y desde antes de la Guerra Sucia hasta la actualidad ha quedado demostrado. ¿Qué es el Estado señor Murillo?

El informe de la Comverdad presenta una introducción junto con un contexto “histórico” sobre la Guerra Sucia; sin embargo, lo verdaderamente alarmante es la enumeración de los actos que

el Estado llevó a cabo en contra de aquellos rebeldes que fueron miembros de diferentes sectores de la sociedad: derechos violados, ejecuciones arbitrarias, desaparición forzada y transitoria, desplazamiento forzado y ejecuciones sumarias. Estos son hechos que se han repetido a lo largo de la historia latinoamericana. A diferencia de México en América del Sur la sociedad no fue del todo cómplice, denunció y buscó, por el contrario nosotros, los mexicanos, participamos con el silencio y la apatía. Ayotzinapa vuelve a ser otro caso de nuestra complicidad: de nuestra permisiva y pasiva sociedad. Deberíamos preguntarnos cómo es posible que tuvieran que pasar 40 años para que los atropellos y la muerte durante la Guerra Sucia fueran más o menos presentados a la sociedad. La memoria de los descendientes de víctimas de la Guerra Sucia y la historia reclaman nuestra complicidad ¿qué hacer con una memoria que sigue siendo cómplice? Hasta la fecha la memoria de la Guerra Sucia sigue viva, aún a pesar de estar concluidos muchos de aquellos procesos judiciales.

¿Qué pasa cuando el Estado no se hace responsable de los imperativos de verdad y justicia? En el caso mexicano, por el contrario, olvida, silencia o simplemente construye un discurso oficial que deja fuera a todos aquellos muertos del pasado reciente. Parte de los esfuerzos de la Comverdad, precisamente fueron la búsqueda de algo de verdad para obtener un poco de justicia, y la reparación del daño; sin embargo, desde el principio sus trabajos fueron obstaculizados. Por poner solo uno de los ejemplos más graves, bajo coerción el Archivo General de la Nación (AGN) cerró y alteró los acervos que tenían que ver con informes de la Guerra Sucia, ¿cómo explicar sin fuentes, cómo mostrar la verdad sin archivos, cómo construir verdades cuando aún sigue predominando el silencio forzado? Fue la misma Procuraduría General de la República (PGR) —a pesar de tantas leyes de transparencia y acceso a la información— la que se encargó de cerrar el acceso a documentos, supuestamente por ser parte de investigaciones

abiertas. ¿Por qué a 40 años se quiere seguir escondiendo esta verdad sobre los atropellos y muerte ocurridos durante la Guerra Sucia? En el mismo informe de la Comverdad, el Grupo de trabajo sobre la Desaparición Forzada o Involuntaria señaló que “la impunidad es un patrón crónico y presente en la desaparición forzada” (Comverdad, 2014, p. 23), y ahora nos encontramos con la desaparición forzosa de documentos sobre personas que fueron desaparecidas, la cadena de impunidad sigue vigente aún después de 40 años. Resulta increíble que otro de los obstáculos a los que se enfrentó la Comverdad fueron el hostigamiento, los ataques y la falta de presupuesto. ¿A quién le importa la justicia y la verdad?, cuando ni siquiera merecen partida presupuestal.

En el informe de la Comverdad se narran algunos testimonios de los vuelos de la muerte, tales como los de Gustavo Tarín, Margarito Monroy Candia, Apolinar Ceballos Espinoza, Roberto Bernardo Huicochea y Zacarías Osorio Cruz. Ellos nos demostraron que tanto el mar como las tierras de Guerrero son un cementerio clandestino histórico, el caso Ayotzinapa vuelve a corroborar dicha tesis. Desde la Guerra Sucia hemos sido testigos que la clandestinidad de la muerte, la tortura, el atropello y la desaparición, buscan deshumanizar a las víctimas, y más grave aún, busca deshumanizar a los familiares y a la sociedad. Por ello vivimos este trágico proceso en el que la muerte y la impunidad, ejecutada o permitida por el Estado, se vuelve moneda corriente en México.

Para seguir con esta enumeración de la impunidad, es necesario regresar a la teoría, porque parte de los esfuerzos y creación de la Comverdad han seguido una corriente mundial que ha tratado de llenar esos vacíos de verdades históricas. Por lo anterior, es necesario señalar que la corriente política y “democrática” de la justicia transicional, es una respuesta del campo jurídico internacional a procesos y violaciones masivas a los derechos humanos. Lo que pretende es el reconocimiento de las víctimas, la creación de procesos de pacificación y espacios democráticos después de

largos periodos de violencia. Los principios que se supone deben regir a la justicia transicional, son los de proclamar como precepto legal el derecho a la verdad, el derecho a la justicia y el derecho a la reparación. En principio, la reparación de los daños, además de ser material, también tendría que promover prácticas que faciliten el procesamiento del dolor, combatir el rechazo social a las víctimas, su despolitización, y finalmente la restauración de los mecanismos democráticos institucionales. Tanto para el caso de las víctimas de la Guerra Sucia como para las de Ayotzinapa, nos encontramos con una Secretaría de Gobernación que se compromete a pagar daños, siempre y cuando se demuestre la calidad de víctima, avalado como tal por la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH); pero también se exige que se ingrese al Registro Nacional de Víctimas. Tener un registro de víctimas es síntoma de una sociedad desmembrada. Si dicho registro busca presentar a los mexicanos cuyos derechos han sido violentados por el Estado y sus instituciones policiales, la lista sería interminable y los derechos violados infinitos.

La Comverdad enumeró una serie de recomendaciones que tienen que ver con un mecanismo compensatorio integral y la toma de medidas para la reparación integral de los daños, así como el ideal de “no repetición”. La principal recomendación fue:

La reparación integral del daño tiene que ver en la recomposición del tejido social, la educación, la salud, el derecho a una vivienda digna, recuperación de sus bienes a quienes los perdieron y sobre todo el derecho a la verdad en relación al destino final de sus familiares desaparecidos (Comverdad, 2014, p. 87).

Pero ¿cómo recomponer un tejido social que nunca ha tenido forma, en un estado en el que el olvido gubernamental y la desigualdad social y económica han prevalecido por siglos? Otra de las recomendaciones es la promoción del derecho a saber el

destino final de las víctimas, pero en una sociedad tan lastimada y violentada, la incredulidad de la sociedad y la falta de efectividad en la impartición de justicia, es utópico creer que esto se pudiera lograr. Las otras formas de reparación integral, están encaminadas a la creación de museos y actos cívicos, pero esto se torna casi inalcanzable ya que, al tener el dolor a flor de piel, se complica la forma en que puedan ser representados los horrores y las injusticias de una memoria e historia tan reciente.

En *Los lugares de la memoria*, Pierre Nora señaló que la memoria es casi como la vida, siempre encarnada por grupos vivientes, trabaja en evaluación permanente en la dialéctica del recuerdo y la amnesia, inconsciente en sus deformaciones, pero vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de lograr latencias y repentinas revitalizaciones (1996, p. 20-21). En un país como en el que habitamos, en donde no se recuerda, en el que el olvido es una constante, ¿cómo revitalizar la memoria de la Guerra Sucia? Con el informe, la Comverdad pudo haberlo hecho pero ¿quién obtuvo acceso a él y de qué manera se difundió? A pesar de esto se volvió a revitalizar la memoria de los atropellos de los que han sido objeto los guerrerenses con otra masacre, Ayotzinapa. No hay verdad ni justicia a 40 años de la Guerra Sucia. Con el avance de la tecnología forense, los tratados internacionales en materia de derechos humanos, con el acceso a la información, la transparencia de las leyes y la vida “democrática”, a un año de Ayotzinapa seguimos sin saber nada. A los mexicanos nos ha gustado y nos hemos acostumbrado a tener poco trecho entre el duelo y el siguiente evento traumático. Reinventamos el recuerdo y por ello de manera efectiva el Estado ha sido el encargado de administrar las formas de olvidar.

MADERA E IGUALA: **la lógica de exclusión del sistema** **político mexicano**

Erick Limas

Egresado de la Maestría en Ciencia Política, CEI

El Colegio de México

limas.erick@gmail.com

Este texto apareció en el blog personal del autor el 9 de Octubre de 2015: <https://perichoresisfractal.wordpress.com/2015/10/09/de-madera-a-ayotzinapa-la-logica-de-exclusion-politica-del-sistema-autopoietico-mexicano-2/>

LA CASUALIDAD ES UNA ILUSIÓN. LA INVOCAMOS PARA HACER inteligible lo que no comprendemos o para ocultar con su sombra imágenes que preferimos ignorar. Incluso aquellos fenómenos que se manifiestan bajo la apariencia del azar son resultado de relaciones causales producidas en entornos complejos o difusos. No es casualidad, entonces, que en este mes de septiembre se cumpla el primer año de la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa y el quincuagésimo aniversario del asalto al cuartel de Madera, Chihuahua. En ambos acontecimientos estuvieron involucrados jóvenes normalistas quienes, por distintas vías, decidieron movilizarse contra un *status quo* que les cerró la puerta. En ambos casos la respuesta del Estado fue minimizar los hechos y criminalizar a los estudiantes (es conocida la orden de Práxedes Giner Durán, gobernador de Chihuahua, de sepultar en una fosa común a los jóvenes chihuahuenses fallecidos aquel 23 de septiembre de 1965 porque, según sus palabras: “¿Querían tierra?, ¡échenles hasta que se harten!”).

Iguala y Madera no son hechos aislados. Son dos eventos en una misma trayectoria, una cadena de sucesos en la periferia de “un orden social de acceso limitado” (siguiendo a Douglas North) orientado a la extracción de rentas en beneficio de las élites. Este orden social fue el caldo de cultivo del sistema político mexicano. Este sistema, al igual que los sistemas biológicos, es guiado por un impulso vital que sirve también de un referente ético que desplaza la noción de lo justo por la de lo válido. Es bueno (válido) lo que mantiene al sistema vivo, malo lo que le hace daño. Tal y como sucede en nuestro organismo ante una enfermedad, el sistema político mexicano ha desarrollado un mecanismo inmunológico que lo defiende ante la amenaza de cuerpos extraños. El sistema político cede territorios que no atentan contra su existencia pero se

atrinchera contra aquello que implica un serio peligro. De manera constante el sistema se auto-produce (crea nuevos cuadros, nuevas instituciones) y se auto-regenera (sustituye funcionarios, modifica leyes, pacta, multa, etc.). Se trata entonces de un sistema autopoiético (del griego *auto* y *poiesis*, que se produce a sí mismo), término acuñado por Humberto Maturana y Francisco Varela y retomado por Niklas Luhmman. Como ejemplo de lo anterior, tenemos al sistema de partidos, endógeno al sistema político mexicano pues existe dentro y es producido por éste. Su objetivo es gestionar demandas de cambio dentro del sistema, pero atendiendo al principio autopoiético de no amenazar su existencia. Por esta razón este sistema de partidos está imposibilitado para funcionar en una democracia o para hacer suyos los reclamos de Madera e Iguala; en cambio, es muy eficiente para realizar, bajo el nombre de elecciones, rotaciones periódicas en la élite.

La trayectoria descrita por los acontecimientos que van de Madera a Iguala dibuja el contorno de nuestro sistema político. Muestra sus vicios y la dimensión de sus no-lugares. La arena política ha devenido en un espacio de extraños, en donde el ciudadano observa sin ser visto y el político lo que mira es un espejo. Los Madera y los Iguala son los puntos-límite; acontecen en los bordes, en donde el olfato autopoiético detecta no un resfriado sino demandas de fondo que amenazan la viabilidad del sistema. Parafraseando a Laslo Földenyi, aquellos territorios que cede el sistema por la vía electoral sólo sirven para regalarnos la ilusión de una victoria siempre cercana aunque en la realidad ésta nunca sea próxima.

BREVE RECUENTO DE LAS VOCES DE AYOTZINAPA

Héctor Saúl Bravo Rosete

Doctorado en Historia, CEH

El Colegio de México

@kraggertz

kraggertz@hotmail.com

DESDE LA DÉCADA DE LOS SESENTA LA NORMAL RURAL ISIDRO Burgos de Ayotzinapa ha sido conocida a nivel nacional e internacional, pero por desgracia, no se ha debido a hechos que demuestren a un México donde hay justicia, crecimiento económico o equidad social. Por el contrario, aquéllos que han pasado por sus aulas han denunciado constantemente que particularmente del Estado de Guerrero, las condiciones sociales, económicas y políticas, no han cambiado a lo largo de cincuenta años.

Los primeros normalistas que pasaron por las aulas de Ayotzinapa y alzaron la voz a nivel nacional fueron Othón Salazar Ramírez y Misael Núñez Acosta, líderes de uno de los primeros movimientos que pidieron la democracia sindical y mayores salarios en el México posrevolucionario, el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), que llevó a cabo una importante huelga en la capital en 1958.¹

Más conocidos y mencionados, le siguieron Lucio Cabañas y Genaro Vázquez. Ambos, antes de optar por las armas participaron en movimientos ciudadanos y organizaciones civiles integradas por estudiantes, maestros y agricultores. En el año de 1963, promovieron el voto a favor de candidatos independientes para diputados y varios ayuntamientos de la región Costa y Costa Montaña. Poco antes de las elecciones varios integrantes de cada organización, incluidos los candidatos, fueron encarcelados injustificadamente. Después de largos años de lucha civil, de una oleada represiva

1 Salazar Ramírez tuvo allí sus primeros contactos con la izquierda en el año de 1944 y, aunque su estadía fue breve, este contacto sería primordial para su acción política posterior en la región Montaña de Guerrero, donde obtuvo el triunfo electoral como diputado plurinominal para el v Distrito (1979) y la elección de un presidente municipal en el municipio de Alcozauca (1981), ambos por parte del Partido Comunista de México.

orquestrada por caciques locales y del asesinato y encarcelación de sus compañeros, Vázquez y Cabañas decidieron la vía guerrillera.²

Estos normalistas se convirtieron en un termómetro de la sociedad, en un indicador del final del “milagro económico” y de cómo no funcionó para todos ni en todas las regiones del país. Fueron ellos quienes dieron voz a los sectores marginados. Por ello, su historia y sus acciones políticas se encuentran íntimamente ligadas a la historia y al origen de las normales rurales, y en general al proyecto educativo posrevolucionario.

En todas las normales rurales, pero más notoriamente en el emblemático caso de la de Ayotzinapa, se cumplieron dos de los pilares ideológicos de la educación socialista del cardenismo: uno, la educación orientada a la vinculación de los maestros con los sectores populares y sus problemas; y dos, la formación de profesionales que contribuyeran al desarrollo económico y social de sus comunidades. La idea de popularizar la enseñanza con que surgieron provenía del liberalismo francés, pero también de la personal de Lázaro Cárdenas de crear un programa integral donde los maestros debían:

...no circunscribirse a las cuatro paredes de la escuela en que actúan, ni a la atención de los niños que educan, sino que deben ser los guías y directores de las organizaciones obreras y campesinas de su localidad, procurando el mejoramiento de los salarios, agitando donde no haya equidad y justicia, por ser ellos los que están más en contacto con las masas (Cárdenas, 1978).

La acción de las comunidades y de los normalistas se convirtió en un recordatorio constante de las difíciles condiciones de vida de los guerrerenses. Desde sus orígenes, la pobreza y la falta de re-

2 En 1967 dos matanzas, una en la Sierra de Atoyac el 18 de mayo contra un mitin de maestros y familiares y la segunda el 20 de agosto contra un mitin de la Unión Regional de Productores de Copra (URPC) en Chilpancingo, se convirtieron en parte de los motivos por los cuales había que tomar las armas.

cursos con que se vieron obligadas a funcionar fueron solventadas por familiares:

A Ayotzinapa se le construyó su edificio por decisión de su director, de ese entonces el Profr. Raúl I. Burgos, quien contribuyó además de su trabajo y entrega total, con dinero que pidió, junto con su esposa, a pensiones como préstamos personales [...] Los maestros que ahí labraban y aportaban parte de su salario y que hacían llegar a través de los inspectores. La escuela no tuvo presupuesto del gobierno para construcciones, por eso se convocó al mismo pueblo para que colaborara. No se nos olvida a quienes nos tocó estudiar en esos años (1932-1935); casos como el de Vicente Jaimes de San Miguel Totolapan, que vino a trabajar de albañil sin pago alguno [...] por haber formado como maestra a su hija María Inés. Otra señora de San Miguel Amuco, municipio de Coyuca de catalán, caminó cinco días hasta Iguala, para hacer entrega al inspector de su colaboración para la construcción de Ayotzinapa, consistente en dos gallinas y \$2.50 (Celedonio, entrevista, 1986).

Así como desde sus orígenes aparecieron sus mejores virtudes, también surgieron sus mayores problemáticas. Estas últimas fueron provocadas por el cambio de proyecto educativo nacional y el acoso de fuerzas políticas y económicas locales. A pesar de ello las virtudes lograron mantenerse y fortalecerse al enfrentar todos los problemas que, casi de manera inmediata y constante, fueron surgiendo.

A nivel nacional los normalistas se enfrentaron a un modelo educativo que consideró a la educación técnica una prioridad, asignando un papel de mayor importancia a las ciudades y las industrias como la vía para el desarrollo económico. Este hecho relegó las actividades del campo, y por lo tanto también al sistema educativo agrícola, a un relativo abandono. Bajo esta idea, el sistema educa-

tivo de las normales se reformó en 1941, y con ello su relación con los programas educativos de la Secretaría de Educación Pública. Como consecuencia, se acrecentó la dificultad para acreditar el tipo de educación que recibían, y de igual manera, aumentaron los obstáculos en la situación laboral de los egresados. En el caso de Ayotzinapa el problema se recrudeció y en los últimos años se ha convertido en una lucha anual por la apertura de nuevos lugares para los estudiantes, así como para la asignación de recursos para el comedor y el mantenimiento del internado.³ Este hecho no sólo constituyó una nueva perspectiva educativa para el desarrollo del país, sino que también eliminó la figura del profesorado como líder de la comunidad, siendo relegado a un mero docente sin contacto con los sectores populares. En el nuevo programa se priorizó la unidad nacional y se vaciaron los ideales de democracia y justicia para la creación de una escuela mexicana.⁴ Aunque se trató de un embate desde el ámbito institucional, éste se reflejó en la cantidad de recursos recibidos así como en una jerarquización donde el nivel educativo de las normales quedó rezagado.

A nivel local los normalistas se enfrentaron a distintos tipos de caciques. A los del sector agrícola, que mantenían el control de algunas organizaciones y favorecían a los representantes de la Central Campesina Independiente, buscando de manera conjunta el control corporativo de la URPC y de la Unión de Productores Cafetaleros de la Costa-Montaña (Ursúa, 1977).⁵ Estos caciques impedían la autonomía y la democracia al interior de las organizaciones al mismo tiempo que favorecían la aparición de interme-

3 Estas dos condiciones hacen del proyecto de la educación gratuita una realidad para las comunidades marginadas. Al cubrir necesidades básicas, como tener techo, comida y un pupitre matriculado, el derecho a recibir educación se vuelve más tangible.

4 Dicho cambio se dio en 1944, después de haberse instalado una Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos (Hurtado).

5 Cabe destacar que es necesaria una investigación que dé luz a la participación particular de los normalistas que tuvieron y han tenido vínculos con las organizaciones agrícolas de Guerrero.

diarios y coyotes, que fijaban el precio a los pequeños productores. También se enfrentaron a otros maestros, caciques que obtenían poder gracias a sus vínculos familiares o amistosos con los burócratas locales, quienes también buscaron corporativizar a los maestros de las normales. Uno de los ejemplos es el caso de la profesora Alberta Moreno, quien logró controlar la economía de Atliaca (en el mismo municipio donde fue construida la Normal), cobrando impuestos ilegales e incluso manejando un grupo armado en los cuarenta, a pesar de las denuncias (Gillingham, 2006).⁶

Las normales rurales son uno de los proyectos herederos de la Revolución mexicana que aún perviven. A lo largo de más de ochenta años han mantenido su modelo educativo y han formado profesores que han intervenido en los cambios sociales y, con ello, también han logrado su supervivencia. Una de sus mayores virtudes ha sido la formación de luchadores sociales; han sido “semillero de buenas personas: críticas, analíticas y reflexivas” (Camacho, 2008). Por ello, además, han logrado hacerse de una importante legitimidad ante las comunidades aledañas, al ofrecer a los jóvenes hijos de campesinos una oportunidad tangible de acceso a la educación gratuita, así como la posibilidad de ascenso social mediante la inserción laboral. Gracias a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM, fundada casi a la par de la aparición del proyecto educativo) y a la forma cooperativista, donde los alumnos tienen una parte importante en la toma de decisiones, se ha mantenido la organización en torno a las normales y se han solventado los problemas económicos y educativos.

6 . Quizás el caso más emblemático de la colusión de intereses económicos con la política fue Rubén Figueroa Figueroa, *el tigre de Huitzuco*. Sus vínculos con el PRI le permitieron escalar en las esferas gubernamentales y construir una de las más grandes asociaciones de concesionarios de transporte público y de carga a nivel nacional, impidiendo la autonomía de copreros y cafetaleros en ese ámbito. Al mismo tiempo que forjaba su imperio de autotransportes, era el funcionario público encargado de solicitar y construir carreteras en el Estado en la década de los cuarenta, sin mencionar sus cargos como diputado en la XXXVIII y XLVI Legislatura, ésta última mientras se sucedieron las matanzas antes mencionadas.

En términos generales, la existencia de las normales ha cambiado el panorama social de los lugares donde fueron construidas. Durante su largo periodo de existencia han mantenido un proyecto que va a contracorriente del modelo económico y educativo del país. Han mostrado en sus regiones historias de esperanza y lucha que no son del todo conocidas, historias personales y grupales que se encuentran en una constante actividad política contra la pobreza y marginación de sus comunidades. Han logrado ofrecer una manera distinta de ser maestros, de ser profesionales, donde se da cabida a la intención de cambio social.⁷

En el caso especial de Ayotzinapa, en un primer periodo que va de 1922 a 1967, los normalistas se convirtieron en voceros de varias de las problemáticas del país y del Estado de Guerrero. Primordialmente por medio de la movilización social, buscaron la ampliación de la vida democrática luchando contra la hegemonía del PRI. También lo hicieron por mejorar las condiciones económicas de los guerrerenses, irradiando su actividad fuera de Tixtla. Sin embargo, prontamente se enfrentaron a la colusión de los intereses políticos y económicos de las camarillas locales, así como a la opacidad estatal por solucionar los problemas por la vía de las instituciones de impartición de justicia.⁸ En un segundo periodo, que va de 1967 hasta 1984, puede decirse que en Ayotzinapa se vivió un momentáneo acallamiento. No precisamente porque sus actividades dejaran de ser valoradas por las comunidades aledañas ni porque sus egresados tuvieran menor actividad política,

7 En palabras de una de las estudiosas de la *Historia de las Normales*: “Las normales rurales son el camino hacia una profesión digna y, a veces, otorgan, despiertan y cultivan el derecho a soñar”, (Padilla, 2014, octubre 4).

8 Quizás el caso más emblemático de la colusión de intereses económicos con la política fue Rubén Figueroa Figueroa, llamado *Tigre de Huitzuco*. Sus vínculos con el PRI le permitieron escalar en las esferas gubernamentales y construir una de las más grandes asociaciones de concesionarios de transporte público y carga a nivel nacional, impidiendo la autonomía de copreros y cafetaleros. Al mismo tiempo que forjaba su imperio de autotransportes era el funcionario público encargado de solicitar y construir carreteras en el Estado.

sino porque las condiciones del país obligaron a un repliegue, ante la continua represión que se cernió sobre sus comunidades en busca de guerrilleros.⁹ Fue en este periodo que la Normal fue marcada con uno de sus más grandes estigmas, *nido de guerrilleros*, *rojillos*, y con ello el estigma también se implantó sobre la FECSM. A este periodo le siguió uno de relativa calma, de supervivencia, hasta el año 2000, cuando las normales de todo el país salieron nuevamente a la luz nacional defendiendo el modelo que las había regido ante el nuevo modelo de educación politécnica. La primera fue la Normal del Mexe, Hidalgo, que en 2008 cambió su modelo educativo con un precio de 133 detenidos. En 2007 Ayotzinapa salió a la luz nuevamente. Ante su combativa respuesta y la digna petición de plazas, se hizo patente la brutal violencia policiaca con la detención de los normalistas, durante una manifestación en las casetas de la Autopista del Sol. En noviembre de 2012 tocó a la Normal Vasco de Quiroga de Tiripetío, Michoacán (Padilla, 4 de octubre de 2014).

Así hasta el 26 de septiembre del 2014, cuando fueron asesinados 6 estudiantes y 3 ciudadanos. Mismo día en que fueron detenidos y desaparecidos 43 normalistas. Nuevamente, igual que hace cuarenta años, vuelve a surgir a nivel internacional el nombre de la Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa. Bajo situaciones similares, en un contexto donde sigue existiendo la opacidad del Estado para ofrecer justicia pero, sobre todo, donde siguen existiendo los vínculos entre burócratas y nuevos intereses económicos. Intereses que siguen siendo agrícolas pero ya no de copra o café, sino de mariguana y amapola. Se trata de una colusión económica y política más salvaje; es el narco coludido con los gobiernos municipales, con las policías locales y federales. Una colusión que deja

9 En el trabajo de la Comisión de la Verdad del estado de Guerrero. Informe Final de Actividades. Se hace alusión a por lo menos dos desaparecidos vinculados con la Normal Rural de Ayotzinapa, en el testimonio 45 p. 126 y el testimonio 231, p. 168 (COMVERDAD, 2014).

entre dos fuegos a la sociedad civil, entre la espada del narcotráfico y la negra pared del Estado.

A pesar de todo, los normalistas han sido a lo largo de su historia un grato ejemplo de acción ciudadana. Con la desaparición de los 43 se abre un nuevo periodo en la historia de las normales rurales, de Ayotzinapa y del país. Sin querer, los normalistas han pasado la estafeta de esa ciudadanía a nuevos actores: a los familiares, que se han convertido en el principal resguardo de su memoria, de su lucha; a los estudiantes de las distintas escuelas de educación media y superior que en las simbólicas 43 bancas, solitarias en medio de los patios, reconocen la voz desaparecida de los normalistas. Ellos, los normalistas, con su acción y su voz, de nuevo han mostrado las condiciones del país, con ello han cambiado el panorama al haberse mantenido como un gran ejemplo del actuar con la sociedad, defendiendo, a pesar de todo, un proyecto revolucionario que no ha dejado de dar frutos.



Ropalo

**MOVILIZACIÓN
Y EXPERIENCIA
COLECTIVA**

AYOTZINAPA: The events that shook the Mexican youth

Ilan Bizberg

Profesor investigador del CEI

El Colegio de México

ilan@colmex.mx

April 2015

Publicado originalmente el 26 de mayo de 2015 en:

<https://www.opendemocracy.net/ilan-bizberg/ayotzinapa-events-that-shook-mexican-youth>

ON THE EVE OF THE 24TH OF SEPTEMBER OF 2014, MEXICO experienced a unique event in its eight year long war on drugs, comparable to the atrocities of the Islamic State or Boko Haram for the cold blooded cruelty of its perpetrators. Iguala, the third largest city of the State of Guerrero (around 120,000 inhabitants) is one of the poorest, most violent, polarized, *terroir* of radical movements, places of guerrilla warfare and home to a *dirty war* led by military forces in the sixties and seventies. It was the Iguala police that attacked a group of around 100 students of a teacher training school in Ayotzinapa (one of the poorest regions of the State) that had come to confiscate (as they regularly do) a couple of buses in order to go Mexico city to participate in the celebration of the 2 of October 1968 manifestations. The police killed 6 students and abducted 43 others and delivered them to a local drug gang led by the mayor's wife. According to the official version provided by the government, they proceeded to kill them in cold blood and burn their corpses in a garbage dump outside the city.

This terrible event aroused a wave of indignation against the local and national government, and a flood of sympathy for the students and their families, as well as a demand that the government further investigate and discover the truth behind the events to prosecute and punish all those involved. The governor had to resign after two months, the mayor of Iguala and his wife are accused of complicity, dozens of policemen are in jail awaiting trial, and the federal government's strategy of remove violence and the war against drugs from its list of priorities, collapsed in the face of its incapacity to respond seriously to such an unprecedented crisis.

Having described the facts and some of their political consequences, I intent to present different interpretations behind the

causes of this event and discuss what people's reactions predict for the future of Mexican politics and society.

There are two distinct interpretations for what happened in Iguala: On the one hand there is the interpretation of those who have tried to understand the relationship between residents, local authorities, and drug cartels that has arisen after the "war against drugs". According to this interpretation, this event, as well as other violent events that have occurred in many other regions of Mexico (among them Chihuahua, Veracruz, Tamaulipas, and Sinaloa) is part of the drug cartels' strategy to control territory rather than, as was the case in the past, control supply routes to the United States. For this strategy, drug cartels attack other criminal gangs, and terrorize the population through these types of massacres. They corrupt and command local police forces and political authorities, through intimidation and bribery, and impose their absolute dominance over a territory in order to grow and transport drugs free of any opposition or risk of denunciation. The feudalization of the political system in Mexico, which was one of the consequences of the process of electoral democratization in a weak civil society, has led to a situation where sovereignty does not lie with elected officials but with criminal gangs.

This accurately describes the current situation of certain regions in the north of the country, including parts of Chihuahua, Tamaulipas, Veracruz, and while not exclusive to this country, it is a reality Mexico is currently living. There is other interpretation, which characterizes a region like Guerrero, where the territorial war amongst drug lords merges with a *continuum* of violence exerted by local government forces. This, more 'traditional' situation, is best analyzed by anthropologists, and involves an ever-present army (present since the guerrilla warfare), the local *caciques* and the paramilitary forces, and the drug cartels. Violence in Guerrero has always been used against social activists, journalists, and politicians of the opposite party. A student interviewed by Mariana Mora

sees drug cartels as mere replacements for the paramilitary forces financed and controlled by local landlords. He defines Guerrero as a Drug-State where “They take away our lands, destroy what we own, then try to hire us as low wage labor for the sowing of poppy, to then accuse us of being criminals. We are squeezed between those two choices, with no honorable options” (Mora, 2015). Not only are peasants being robbed of their land but, more recently, since the Mexican economy’s neoliberal turn and their latest educational reform, most rural schools have closed down and rural teacher training schools like Ayotzinapa, are doomed to disappear. The reasons for their disappearance are partly economic: as rural schools are decreasing in number so is the need for teachers. Nonetheless, we cannot exclude the political reality that these teacher-training colleges have traditionally been a source of radical thought, and a cradle for extreme organizations due to the extreme poverty, exclusion, and violence in which the rural teachers’ schools are located. In fact, according to some of the students that fled the massacre of the 26th of September, soldiers had approached them at the hospital where some of the students had arrived wounded, and instead of protecting them told them, “... you asked for it, this is happening to you because of what you are doing” (Hernández Castillo, 2015).

These terrible events shattered Mexico’s conscience and provoked an ethical awakening, at least among Mexico’s youth. These students aroused an impressive reaction, for the Mexican people were deeply moved by the fate of some of the poorest inhabitants of this country, young adults that had chosen an honorable life, that of a school teacher, instead of becoming guerrilla fighters or drug hit-men. It evidently touched the younger generation. And, thus, it was the youth that organized active strikes, discussion groups, and sit-ins, in dozens of universities all over the country and other parts of the world. They depicted the violence in this country and revealed the perspectives of new generations. They organized three

massive manifestations in Mexico City and several others in the country's largest cities, one after another, from September to December 2014. It was mobilization the country had not experienced since the manifestations of 1968, which ended tragically.

These protests did not oust the government of Peña Nieto, although they demanded the resignation of the president. They did however, force the government to react and try to explain what had happened. They also eventually led to the resignation of the governor of Guerrero and prosecutor of the Republic. Apart from the demand that the government find the students alive, the other most frequent slogan heard in the marches was the cry that the culprit *was the State*. This meant that the perpetrators were not only the drug cartels and the local government as the government pretended, but the federal State that allowed a situation of impunity that permeates the whole country, where deaths are counted but never investigated, where the disappeared are never found, where a handful of criminals end up in trial and even fewer in jail, nobody is accused or found guilty. It was the state that sent the military to fight the drug cartels, which resulted in large increases in human rights violations. It is the State that has been eliminating Mexico's rural schools and its teachers, because they are too radical.

It was the young Mexicans that organized the movement #YoSoy132 in 2012 and protested the PRI's manipulation of the media to favor their return to the presidency, that grew the conscience of Mexican youth and other youngsters in other parts of the world, who know they will inherit a world that is increasingly unequal, polluted and unsustainable. Mexican youth went to the streets to demonstrate Ayotzinapa was not an isolated incident. Albeit being one of the cruelest, it was one assault of many that the Mexican State, directly or indirectly, perpetrates against its youth. Since the sixties, the government has attested its fear from its youth. The state killed hundreds of students in 1968, an unknown number in 1971, and prohibited festive manifestations such as the

Mexican Woodstock (Avándaro) once it realized that they gave birth to an energy the authoritarian PRI government of the time could not control.

Although nothing seems to have changed due to the manifestations for Ayotzinapa, many youngsters manifested for the first time in their lives and grew conscious of the terrible situation in which the country finds itself, no longer believing the very different official government story. This is why one can affirm that the disappearance of the 43 student teachers of Ayotzinapa has marked an important date in the modern history of Mexico. There is a clear conscience, shared by many young people, that Ayotzinapa marks a before and an after in Mexico's present history. Although the capacity for action has now receded, something remains in the consciousness of those hundreds of thousands that participated. Despite not being able to change the government or the country as they wished, they have transformed themselves and greatly diminished their tolerance for injustice.

¿POR QUÉ CASOS COMO LOS DE AYOTZINAPA Y TLATLAYA FUERON VISIBILIZADOS Y ORIGINARON MOVILIZACIÓN SOCIAL EN CIERTOS GRUPOS DE LA SOCIEDAD?

Johan G. García

Egresado de la Maestría en Ciencia Política, CEI
El Colegio de México
@sonojohan

Ana Palacios Canudas

Egresada de la Maestría en Ciencia Política, CEI
El Colegio de México
@anapalaciosc

David Palma,

Doctorado en Estudios Urbanos, CEDUA
El Colegio de México
@maesepalma

Febrero 2015

LA MOVILIZACIÓN SOCIAL INICIADA EL AÑO PASADO COMO consecuencia de la desaparición de 43 normalistas de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa no fue un episodio espontáneo de acción colectiva. La gente ha salido a las calles gracias a un proceso de organización y hartazgo rastreable desde el sexenio pasado, y que ha aumentado año con año.

Durante la administración de Felipe Calderón, se implementó una guerra en contra de las organizaciones criminales de tráfico de drogas que alentó conflictos entre éstas. Desde entonces, la violencia entre cárteles —y de éstos hacia la sociedad— incrementó no sólo el número de muertes, sino también su brutalidad. La opinión pública le otorgó mayor atención debido a la amplia difusión que los asesinatos, desapariciones y ejecuciones tuvieron tanto en medios de comunicación masivos, cuanto en medios alternativos, principalmente Internet, incluyendo redes sociales. También, se comenzaron a visibilizar los casos de colusión entre gobiernos locales, fuerzas policiacas y crimen organizado. La crítica pronto comenzó a expresarse con protestas en el espacio público y virtual —en muchos casos, cuestionando la versión oficial de los hechos.

Desde el secuestro y asesinato de Fernando, hijo del empresario Alejandro Martí en 2008, diversos grupos, en especial de clase media-alta, comenzaron a criticar la política de seguridad. El proceso de movilización en contra de la violencia tomó un nuevo giro cuando, tres años después, Javier Sicilia lideró el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD), debido a la muerte de su hijo Juan Francisco. El MPJD puso en la mirada de la sociedad mexicana la problemática de la violencia nacional ya no sólo como estadísticas: dio nombre y apellido a las víctimas, alejándolas de etiquetas como *daños colaterales* o *como implicados en alguna situación ilícita*. Además, cuestionó desde la raíz los factores que propiciaron las olas de violencia en el país, que, por cierto, no se han solventado: tareas policiacas

asignadas al ejército, impunidad, corrupción, colusión del crimen organizado en el gobierno, falta de oportunidades para los jóvenes... Todo bajo el grito de: “¡Estamos hasta la madre!”. Con sus respectivas diferencias, los dos episodios de protesta sensibilizaron a miles —o millones— de ciudadanos respecto a la necesidad de dar un nuevo enfoque a la política de seguridad.

Así, era necesario que el gobierno, con legitimidad diezmada, tomara una nueva bandera para reclamar la simpatía social. Por ello, en 2012, el Partido Revolucionario Institucional se presentó como una “propuesta novedosa” —se habló del “nuevo PRI”—, que en realidad mantuvo las prácticas político-electorales del siglo pasado. Ciertos sectores de la sociedad, ahora más sensibles, dudaron inmediatamente de la nueva cara del partido. Este escepticismo se materializó en la visita de Enrique Peña a la Universidad Iberoamericana, cuando los estudiantes protestaron, entre otras cosas, por los hechos violentos en San Salvador Atenco. El resultado fue la conformación de un movimiento estudiantil y juvenil que cimbró el proceso electoral —a pesar de los resultados— y la conciencia de muchos mexicanos. Si bien el #YoSoy132 entró después en una fase de desmovilización, sentó las bases para la organización interuniversitaria en el país, con nuevas formas de protesta.

Tan pronto regresó a los Pinos, el Revolucionario Institucional no perdió el tiempo en presentar el Pacto por México, que impulsó de manera expedita 11 reformas en 20 meses. Sin embargo, estas experiencias previas de protesta formaron un repertorio de organización que facilitó las movilizaciones posteriores, entre ellas, las manifestaciones contra las reformas educativa, energética, en materia de telecomunicaciones, pero sobre todo, por el caso de Ayotzinapa.

La desaparición de los 43 normalistas en 2014 levantó la mayor indignación y repudio de los hechos en la sociedad mexicana e internacional. Las protestas comenzaron en el ámbito local, mas no tardaron en llegar a movilizaciones nacionales: el 2 de octubre, durante la marcha en conmemoración de la matanza de

1968, decenas de miles de personas marcharon en las calles de la Ciudad de México y otros estados para expresar su rabia por los acontecimientos y su solidaridad con los familiares de las víctimas. Estas protestas no se limitaron al territorio nacional, días después tuvieron eco en varios países, en voz de artistas, intelectuales, activistas y estudiantes, así como gobiernos y organizaciones civiles que han cuestionado, hasta la fecha, la política de seguridad y la “verdad histórica” ofrecida por la administración de Peña Nieto.

Si bien se trata de un proceso de hartazgo social, es necesario preguntarnos: ¿por qué adquirió tanta relevancia este caso? ¿Por qué tantas personas salieron a las calles? ¿Por qué ahora, y no con Tlatlaya, la guardería ABC, Atenco o los múltiples casos de periodistas asesinados?... Ayotzinapa entró a la agenda pública prioritaria por sus particulares características de atrocidad, pero sumó a miles de personas más, porque ya estaban organizadas, por la identificación inmediata de jóvenes estudiantes —previamente movilizados— con los 43 normalistas, la evidente colusión del crimen organizado con las autoridades locales, fuerzas policiacas y ejército, la ineficacia de los tres ámbitos de gobierno en dar respuesta y solución al conflicto, la presencia de sobrevivientes de la emboscada y el hallazgo de múltiples fosas con cuerpos y restos aún sin identificar.

El recrudecimiento de la violencia, producto de la estrategia de seguridad de Calderón, mostró ocho años después que las consecuencias de esta política continúan causando efectos perversos. Por eso mismo, las protestas son producto del cansancio de la sociedad y de un proceso que pone en cuestionamiento no sólo las políticas y reformas del Estado, sino al Estado mismo.

La sociedad continúa en búsqueda de respuestas; sin aplaudir, no olvida y no se cansa. Aunque el gobierno pida olvidar y superar los hechos en Iguala, las protestas no deben detenerse. Seguiremos saliendo a las calles, criticando a un Estado que no ha mostrado resultados de las reformas que supuestamente traerían mayor bienestar, ni ha respondido la aún pertinente pregunta: ¿dónde están los 43?

SIN LA ACCIÓN, NUESTRO FUTURO ES CIERTO

Alfredo López Austin

Investigador Emérito, IIA

UNAM

alopez@cablevision.net.mx

1) ¿Qué revelaron los hechos de Iguala ocurridos el 26 y 27 de septiembre de 2014 dentro del contexto nacional?

Difícilmente se puede decir que los hechos de Iguala revelaron algo. Ratificaron en forma brutal y contundente situaciones conocidas tanto en el interior como en el exterior de México: el contubernio del crimen organizado con el gobierno mexicano en todos sus niveles; el feroz ataque a los grupos opositores a la política hegemónica; la criminalización de las víctimas; la sanguinaria acción de la fuerza pública (incluyendo al ejército y los cuerpos policíacos) contra el pueblo mexicano; la ausencia de un estado de derecho; la hipocresía gubernamental ante cualquier reclamo por sus acciones y omisiones; el ocultamiento de los hechos y la fabricación de “verdades históricas”.

Estas situaciones, agravadas en los últimos sexenios, han debilitado los lazos de cohesión de la sociedad, han fomentado la criminalidad y han permitido la formación de estructuras económicas en las que el crimen organizado se consolida corporativamente, en connivencia con una parte de la empresa privada y bajo la cobertura de la corrupción gubernamental.

2) ¿Qué opina de las reacciones que existieron en el gobierno, la sociedad civil y otros actores ante el caso Ayotzinapa?

Una de las consecuencias más nocivas es el debilitamiento de la sociedad civil, cuyos lazos cohesivos, su estado económico, su moral y su capacidad de asombro van cayendo en una lasitud que impide una respuesta suficientemente organizada y eficaz. Los hechos de Iguala, por su magnitud, provocaron una fuerte sacudida en la conciencia ciudadana, a la que ha seguido una protesta en progreso.

Esta protesta, hay que reconocerlo, en gran parte se ha sostenido gracias al esfuerzo, la capacidad de coordinación, la tenacidad y la valentía que sólo puede provenir de mujeres y hombres que han perdido a sus propios hijos. Las madres y los padres de los estudiantes asesinados han mostrado a una ciudadanía adormilada que un pueblo con memoria débil nada puede hacer contra la opresión.

El gobierno federal, sorprendido por la reacción en México y en el extranjero, ha actuado con sus recursos habituales ante la censura y el reclamo públicos. Evidentemente, han sido medidas muy torpes e insuficientes que en buena parte apostaron al debilitamiento paulatino de la protesta ciudadana. Por una parte, la incapacidad gubernamental se ha topado con la solidez del reclamo público; por otra, no ha podido aplacar a su propia fuerza pública, que sigue actuando con la misma brutalidad en diferentes regiones del país.

3) *¿Cuáles considera que podrían ser las soluciones a los problemas planteados por el caso Ayotzinapa?*

Las soluciones no pueden ser sencillas. El caso Ayotzinapa no es un mero acontecimiento brutal que irrumpe en la vida normal de una sociedad sana. Es la muestra de la existencia de una estructura ramificada, consolidada, fuerte, a la que han apostado los poderes fácticos —nacionales y extranjeros— para la obtención de una riqueza desmesurada a costa del bienestar nacional. El gobierno corrupto no es sino el instrumento poderoso e indispensable para el logro de tales propósitos.

Las soluciones se empezarán a encontrar en el momento en que la propia sociedad sea consciente de la urgencia de su actuación coordinada; al enfocar nítidamente —para su acción— a las fuerzas productoras y beneficiarias de esta estructura dañina; al dirigir, también en forma inmediata, medidas correctivas contra el deterioro de sí misma, producto de muchos años de haber convertido en normal una actitud viciada por el desaliento, el individualismo,

la indiferencia y la apatía. Las soluciones se encontrarán, por tanto, al estar en marcha la doble lucha: una contra las poderosas fuerzas creadoras de la estructura; otra contra nuestras propias debilidades consecuencia de la creación de dicha estructura. Los caminos de lucha tendrán que ser plurales, realistas y eficaces, originales, coherentes, sin protagonismos ni facciones. Las soluciones serán difíciles, pero son urgentes e indispensables.

Sin la acción, nuestro futuro es cierto, dramáticamente cierto.

¿CÓMO NOS MOVIERON LOS 43?

Clementina Chávez Ballesteros

Egresada del CEAA e investigadora asociada

El Colegio de México

cchavez@colmex.mx

HA PASADO CASI UN AÑO DE LA DESAPARICIÓN DE LOS 43 NORMALISTAS de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos; conservo la esperanza de que esos estudiantes de Ayotzinapa han logrado romper con muchos prejuicios en la sociedad mexicana. A pesar de no ser un caso aislado, el suceso evidenció la colusión, ineptitud y corrupción de las autoridades y movilizó a sectores de la población que no suelen prestar atención a los problemas nacionales.

La sociedad civil mexicana logró mucho en el último año. Los meses que siguieron a la desaparición de los normalistas son una prueba de eso. Por ello, en este breve ejercicio de memoria y reflexión, me gustaría hacer un recuento sucinto de este año resaltando las reacciones de la sociedad civil y las de las autoridades para comprender los logros.

Parto de la suposición de que solamente una ciudadanía organizada puede lograr cambios de fondo y que esa organización debe ser propositiva, creativa y espontánea. Muchas organizaciones, instituciones educativas o colectivos lo han entendido y trabajan para consolidar su influencia. El caso Iguala puede ser un parteaguas en el impacto que puede tener una buena articulación. Al final del texto, me gustaría comentar brevemente la magnitud del problema y los retos para este caso. En ese sentido, considero que además de lograr sortear obstáculos formales, es necesario repensar la manera en la que hay que organizar(se) y movilizar(se) en cada caso específico.

Los hechos, las dudas y las marchas

El 27 de septiembre por la mañana nos enteramos de la desaparición de algunos normalistas en Iguala. La información fluyó lentamente y las versiones iban y venían con suposiciones de la participación de la policía municipal, los Rojos y Guerreros Unidos e incluso

el ejército. Esa semana circularon varios videos de celulares de los estudiantes, el padre Solalinde aseguraba que los habían asesinado e incinerado y sus padres urgían que se apresurara la búsqueda de sus hijos. Más allá de lo que no sabemos, sí hay certezas: la última semana de septiembre, a días de la conmemoración del dos de octubre, había 43 estudiantes desaparecidos de una Normal Rural, varios heridos y un estudiante llamado Julio César Mondragón,¹ a quien habían encontrado desollado en la ciudad de Iguala.

Lo sucedido en Iguala no es un hecho aislado y no representa un paradigma en la crueldad con la que actúan tanto el crimen organizado como las fuerzas del Estado. Para mostrarlo sólo hay que pensar en los días o meses posteriores que llevaron al hallazgo de más de 60 fosas con cientos de cuerpos en la misma zona. Lo sucedido en Tlatlaya es un antecedente muy cercano a la tragedia en Iguala. Son prácticas comunes que posiblemente tienen más que ver con la sociedad que con una etiqueta que corresponda a ‘buenos’ o ‘malos’.

Si no fue una excepción, ¿qué fibra movió en la sociedad? Comenzaron a pasar los días y aquellos que seguimos el proceso de cerca vimos las constantes contradicciones de la Procuraduría, el gobierno de Ángel Aguirre y las policías locales. La frivolidad de las instituciones (y de otros sectores) fue una confirmación del bache al que llegamos. Las organizaciones dedicadas a prestar atención a las víctimas y aquellas especializadas en derechos humanos se movilizaron y exigieron la pronta y oportuna intervención para buscar a los normalistas y castigar a los culpables. Fueron semanas de marchas, movilizaciones y enfrentamientos. Los Días de acción global por Ayotzinapa se convirtieron en costumbre. En el Distrito Federal hubo unas cuantas marchas que, por su magnitud, llamaron mucho la atención dentro y fuera del país. Las manifestaciones

1 Julio César le puso rostro a la barbarie. Su fotografía en internet se difundió ampliamente. El estudiante al que apodaban *el Chilango* fue encontrado muerto el 27 de septiembre de 2014 con huellas de tortura.

de noviembre fueron verdaderamente masivas y replicadas en ciudades como Monterrey, Guadalajara y otras varias en México y el mundo. La participación de contingentes de estudiantes de la UNAM (a través de muchas de sus facultades), el CCH (a través de sus diferentes sedes), la Universidad Iberoamericana, El Colegio de México, el Flacso, la UAM y una larga lista de otras instituciones, generó verdadero interés entre diversos sectores de la población. Además de las organizaciones de la sociedad civil, eran muchos los ciudadanos que se acercaban a los manifestantes y los acompañaban aunque fuera un tramo.

Poco a poco los grupos de ciudadanos se fueron atomizando para generar propuestas, algunas han tenido impacto y otras se han desvanecido. Las organizaciones de la sociedad civil dedicadas a derechos humanos han dado seguimiento jurídico y acompañamiento psicosocial a las familias de las víctimas, pero otros grupos en México y el extranjero se organizaron de diferentes maneras. La iniciativa *Ya me cansé y por eso propongo*, reunió miles de propuestas de la ciudadanía que fueron entregadas en el Senado; algunas comunidades de estudiantes encontraron en Iguala un buen motivo para reactivar su participación; y muchos medios de comunicación decidieron seguir una línea crítica publicando toda la información que se generaba (no importando si fuera oficial o no).

Todas estas propuestas fueron valiosas para desahogar la inquietud de aquellos que participaron. Esta efervescencia, articulación y presión ejercida al interior y exterior del país tuvo logros significativos, el más grande fue la inclusión de especialistas de nivel internacional en la investigación del caso: el grupo de peritos argentinos, la colaboración de la Universidad de Innsbruck y la investigación del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI) de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Si bien es cierto que las autoridades federales han dado el aval y el patrocinio para que participen, sin la organización de la sociedad civil esto no hubiera sido posible. La exposición mediática de los hechos no

permitió una respuesta negativa a la necesidad de obtener ayuda en un caso como Iguala. En otras palabras, cualquiera que fuera la razón política para permitirlo quedó opacada por la posibilidad de hacer avances significativos en el tema de impartición de justicia.

Lo que pasó en Iguala...

Para comprender la magnitud de lo que se logró al traer a expertos internacionales, se deben comprender el tamaño de los enredos en el caso. Las primeras semanas de la búsqueda fueron terribles. La Procuraduría encontró fosa tras fosa a los alrededores de Iguala y los padres y madres de los estudiantes sufrían con una verdad plausible: sus hijos pudieron haber sido asesinados y enterrados en algún lugar de Guerrero.

El 27 de enero en una conferencia de prensa, Jesús Murillo Karam informó el avance de sus investigaciones. En lo personal, quisiera pensar que mi generación no olvidará nunca el semblante del ex procurador al presentar sus hallazgos: despreocupado, incapaz de mostrarse empático, concentrado en apegarse a un guión y cansado. Murillo Karam aseguró, con muchos detalles, que sus investigaciones apuntaban a que los normalistas habían sido incinerados (al punto de ser casi imposible la confirmación de que fueran sus restos) en el basurero de Cocula y tirados al río por miembros del crimen organizado (Guerreros Unidos). Se apoyó en un peritaje que ellos mismos realizaron y en las declaraciones de algunos detenidos.

Aunque el auge de la movilización y la protesta ya no era tan fuerte como en los meses de noviembre y diciembre, no pasó desapercibido. Se confirmó la importancia de actuar diferente y con inteligencia. En este sentido el GIEI jugó uno de los papeles más importantes al presentar una investigación profunda. El GIEI se apoyó en sus diligencias y en una revisión exhaustiva del expediente de la PGR, así como en peritajes consultados. Respecto a las víctimas, algunas organizaciones especializadas en la atención a

víctimas apoyaron en la relación con los familiares tales como el Centro ProDH, el Centro de Derechos Humanos de la Montaña de Tlachinollan, Serapaz A.C., y muchas otras organizaciones solidarias que han acompañado a los afectados del caso.

El 6 de septiembre de 2015, después de 6 meses de trabajo, el GIEI rindió su informe ante la sociedad mexicana. Es imposible hacer una descripción de todo lo que el informe señaló, pero tres puntos parecen indispensables²:

1) Los estudiantes recaudaban fondos para ir a la marcha del 2 de octubre y para ello tomaron un camión de pasajeros (práctica recurrente) con el que llegaron a Iguala. Nunca habían sido objeto de una represión con tal grado de violencia.

2) El perito experto contactado por el GIEI, José Torero, consideró que los hechos presentados por la PGR referentes a la incineración de los normalistas son científicamente imposibles.

3) No se ha dado la atención ni respeto necesario a las víctimas y sus familiares.

Si bien la dificultad del caso genera suspicacias y la cantidad de declaraciones y suposiciones son abrumadoras, aún no hay una verdad que contar. En ese sentido, el trabajo del GIEI, los peritos argentinos e Innsbruck es indispensable para llegar al esclarecimiento de los hechos, pero también para sentar un precedente en materia de desaparición forzada.

Conclusiones

Hay muchas teorías y pocas razones contundentes que expliquen el impacto de lo que sucedió el 26 y 27 de septiembre. Yo me inclino por creer que fue una mezcla entre las circunstancias políticas y económicas y el hartazgo generalizado. A manera de cruel broma, la tragedia de Iguala sucedió una semana antes del 2 de octubre,

² Los avances presentados por el GIEI abren nuevas línea de investigación pero no esclarecen por completo los hechos de aquella noche. Lo que es incuestionable es que la versión que el 27 de enero del 2015 presentada por el ex Procurador Murillo Karam no está ni cerca de la verdad histórica.

dando la impresión de que en nuestro país poco ha cambiado y la impunidad es la regla.

Es imprescindible pensar que además de la coyuntura y la ola de violencia que vivimos en los últimos años, el movimiento de las madres y padres de los normalistas es un movimiento de víctimas y tiene características particulares que lo separa de otros. Una de esas características es la necesidad de interactuar y negociar con las autoridades que deben rendir cuentas ya que no es un movimiento que devenga de una ideología política sino de un suceso trágico.

Comprender esto dimensiona lo que ha sucedido de una mejor manera: no se trata de politizar los logros de la sociedad civil al abrir espacios al escrutinio internacional, sino de atender a un problema muy grave que ya ha sido señalado como lo es la desaparición forzada. Es ahí donde está lo paradigmático del caso Iguala: los 43 normalistas hicieron evidente un problema que ha superado por completo a las instituciones. La desaparición forzada tiene como trasfondo la corrupción, colusión con el crimen organizado y omisión de múltiples sectores gubernamentales.

El reto de la sociedad civil será trabajar en varios frentes: participar en el replanteamiento de las leyes para la atención a víctimas y desaparición forzada, y aportar en materia de la reestructuración del sistema de impartición de justicia en México, aunque seguramente se les acusará de favorecer alguna facción política o de ser manipulados.

Las marchas y expresiones de protesta, entre otras cosas, han servido para difundir las información y legitimar a los movimientos. La desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa y la corrupción de las autoridades generaron una indignación que bastó para que el Estado mexicano aceptara la opinión de árbitros internacionales, las cuales trascienden la coyuntura y hacen pensar que encontrarán a los 43 y muchas cosas más.

NUESTROS FUTUROS MAESTROS: entre la paternidad y la violencia de género

Juan Guillermo Figueroa Perea

Profesor Investigador del CEDEUA

El Colegio de México

jfigue@colmex.mx

ESCRIBO ESTAS NOTAS COMO APRENDIZ DE MAESTRO, OFICIO al que le he dedicado los últimos 37 años y como progenitor en gestación permanente desde hace un cuarto de siglo. Las escribo también desde mi papel como estudioso de temas de paternidad, de salud de los hombres y de los entornos de violencia en los que vivimos.

Me conmueven los diálogos que he escuchado con los padres de Ayotzinapa, ya que a veces se asume que las mamás son quienes dan la vida, pero a la par veo cada vez a más hombres para quienes la vida pierde sentido ante la ausencia de un hijo y más todavía ante la desaparición forzada del mismo. En vez de paralizarse, se han movilizadado para buscar a los personajes de los que son coautores y por quienes están dispuestos a *dar la vida*, dicho con sus propias palabras. Los padres de la plaza de mayo reconocen que la desaparición de sus hijos definió un antes y un después en sus vidas, pero además influyó en sus condiciones de salud, algunos tuvieron infartos o desarrollaron diabetes, pero la constante son procesos de depresión e incluso casos de suicidio. ¿Qué estarán viviendo estos entrañables compañeros de Ayotzi, tan dignos y tan vitales en su búsqueda incansable por recuperar a sus hijos?, ¿será su lucha una estrategia para que sobrevivan políticamente sus vástagos?, ¿será una forma de poder mantenerse ellos con vida ante la espera de sus compañeros, a quienes también les dieron vida, al margen de no haberlos parido físicamente?

“Uno no siempre hace lo que quiere pero tenemos derecho de no hacer lo que no queremos”, escribía Mario Benedetti. Lo que quieren es tenerlos con ellos, nos dicen estos padres; lo que no quieren es olvidarlos ni que otras personas los olviden. Los actores de teatro de varias escuelas y compañías en México convocaron a un plantón en el Ángel de la Independencia para cantar en su honor una pieza de la obra de *Los Miserables* de Víctor Hugo,

“Hoy el pueblo cantará”. Así demandaron su presencia, pero a la par invitaron a la sociedad a manifestarse al respecto. ¿Cómo asegurar que la sociedad no se acostumbra a la violencia, a las desapariciones forzadas y en especial a la impunidad derivada de injusticias no monitoreadas ni juzgadas? Quizás evitando que éstas se silencien, que las mismas se olviden y que la interpretación de su contexto se manipule.

Es probable que algo avancemos nombrando y visibilizando dichas injusticias a través de identificar las aristas que circundan la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa, a quienes seguimos esperando en muchas aulas del país. Dicen los padres que el delito de sus hijos fue querer ser maestros y más por buscar serlo desde una posición crítica, como si se pudiera ser profe de otra manera. Quizás por eso nos duele tanto ver la soledad de sus progenitores y leer la tristeza en sus rostros, a la vez que nos cimbra la congruencia y la fortaleza de su andar y de su decir.

Algunas compañeras feministas reconocieron en un congreso en la Universidad Nacional Autónoma de México que la violencia entre hombres también es ‘violencia de género’, a pesar de que muchas veces se usa dicha categoría para centrarse en la que varones ejercen sobre mujeres. No obstante, algunos colegas hombres que estudian masculinidad no están seguros de usar el mismo término y me pregunto si nos estaremos acostumbrando a recrearnos en disertaciones academicistas y en el camino dejamos de documentar aquello que nos corresponde como oficio cotidiano, acompañando la voz de quienes nos permiten legitimarnos como investigadores.

¿Será posible que incurramos en algún tipo de omisión culposa como académicos, al estudiar y monitorear las injusticias sociales, pero a la vez al no socializar nuestros hallazgos, dudas e incertidumbres con la sociedad que estudiamos y a quien en algunas universidades —como la UNAM— prometemos servir? ¿Será tan relevante la precisión lingüística y teórica de nuestra reflexión, cuando a la par la sociedad espera un mínimo de compañía en su andar cotidiano?

En las marchas de los días 26 de los diferentes meses, posteriores al de septiembre de 2014, cada vez se ven menos personas, lo cual es comprensible por el cansancio, hartazgo y desconfianza antes los mecanismos de impartición de justicia, pero a la par vale la pena preguntarse: ¿qué haríamos si fueran nuestros hijos los desaparecidos?, ¿no hará falta adoptarlos colectivamente y así reforzar nuestra indignación colectiva, porque nos siguen faltando *nuestros futuros maestros*? ¿Nos hará falta una conciencia colectiva como interlocutora para monitorear nuestro quehacer como académicos, activistas y autoridades de instituciones de impartición de justicia, que nos cuestione la legitimidad a seguir como tales cuando optamos por el silencio, derivado de no hacer nada o incluso de una parálisis por no saber qué hacer?; ¿por qué no compartimos nuestras dudas, nuestros miedos y nuestras incertidumbres? Quizás colectivamente identifiquemos el camino a seguir.

“El maestro luchando también está enseñando” es una frase que he escuchado en diferentes movimientos magisteriales; irónicamente la ausencia de estos futuros maestros nos ha enseñado a manifestarnos una vez más, a tratar de acompañar a sus progenitores, familiares y amistades cercanas, pero a la par a reconocernos frágiles no solamente ante el riesgo de ser desaparecidos físicamente, sino de desaparecer colectivamente como sociedad si nos seguimos quedando callados.

Sus progenitores y la sociedad han manifestado de diferentes formas que *vivos se los llevaron* y que por ende *vivos los queremos*. Sigamos pensándolos, nombrándolos y demandando su presencia, cuestionando colectivamente diferentes formas de silencio, de omisión y de indiferencia. No creo que quien calla otorga, pero sí que quien se silencia pudiendo decir algo, incurre en omisión y ésta es una forma de violación a los derechos humanos. Dignifiquemos la vida académica, el activismo y la práctica de la ciudadanía, continuando la búsqueda de nuestros futuros maestros, ya que en muchas aulas sus alumnos y alumnas los siguen esperando.

DECEPCIÓN DE NOSOTROS


Ana Inés Fernández

Maestría en Traducción, CELL

El Colegio de México

@chana_fernandez

15 de noviembre de 2014

 Qué tiene que pasar para que una sociedad reaccione ante un gobierno y poderes fácticos que se burlan de ella permanentemente? Y el problema real es que no sólo se burlan de ella con el discurso, sino que la masacran y se burlan de que no hace nada, de que no se da cuenta o prefiere voltear hacia otro lado, de que se encierra en su individualidad, en su zona de *comfort*, y con eso parece estar satisfecha, de que mientras las cifras macroeconómicas sean altas, las microeconómicas no importan; porque es el otro el que está jodido y mientras uno esté bien tiene que seguir trabajando sólo para estar mejor él solo. ¿Qué tiene que pasar para que uno se dé cuenta de que no se puede estar bien si al de junto lo están acallando a balazos, a fuego? ¿Qué tiene que pasar para sentir un poquito de empatía en un país que se desmorona, y hacer algo? ¿Qué tiene que pasar para que los que están en el poder lo detenten como deben y les dé, a ellos, un poquito de vergüenza?

Ya vimos que en *ellos* no podemos confiar; son los mismos que entraron a Tlatelolco hace 46 años; los que hoy entran a Ciudad Universitaria, con las mismas armas, con el mismo discurso represor encubierto; que usan estos mismos escenarios como sede para competencias deportivas internacionales —Olimpiadas México '68, Juegos Centroamericanos y del Caribe Veracruz 2015— y con ello mostrarle al mundo que México es un país con capacidad de ser sede de algo, mientras el clima social exige otra cosa: exige que se mire hacia adentro y se corrijan las atrocidades que no se ven porque se perpetran contra los vulnerables sin una voz lo suficientemente potente como para hacer ruido en el resto de la sociedad dormida en sus labores cotidianas, en su pura lucha personal.

Las generaciones postlatelolco y preayotzinapa vivimos una situación nacional relativamente eufórica y esperanzada en

el futuro, aceptamos el neoliberalismo como *modus vivendi* y, a lo mucho, criticamos al sistema sin preocuparnos demasiado por cambiar a un monstruo contra el que poco puede hacerse y que además proporciona beneficios —si se saben usar como se debe. Por unos instantes nos compramos su transición democrática cuando en realidad las urnas no significan nada si lo único que alternan es a las élites en un poder viciado y vicioso de sí mismo; pero seguimos esperando que sea sólo la fase de estabilización y que la democracia llegue a funcionar. ¿Qué tiene que pasar para que nos demos cuenta de que sólo nos están dando atole con el dedo, que lo tienen todo controlado y que van a seguir burlándose y matándonos mientras se lo permitamos?

Las generaciones que crecieron a la par de la guerra contra el narco, la fragmentación de los cárteles y su consecuente lucha por el poder que ha llevado a los crímenes civiles y de Estado; crímenes cada vez más flagrantes, cada vez más inverosímiles; ésas generaciones son las que están despertando y nos exigen a las dormidas que las secundemos en una lucha que ahora es suya pero que debió ser de todos en todo momento: en Acteal, en el '94 contra el TLC y con el EZ, en Aguas Blancas, en etcétera.

Ya pasó en Ayotzinapa y hoy entran los granaderos a CU, al espacio autónomo por excelencia de este país. ¿Qué más tiene que pasar para que la sociedad se dé cuenta de que es una, de que le están matando a su gente, de que se está pudriendo por dentro; para que no soporte un muerto más, ni una mentira más; para que defienda a sus estudiantes que no toleran a un Estado que ya no los atemoriza, y a ellos no los maten?

3 de septiembre de 2015

Parece que lo que tiene que pasar es que llegue un periodo vacacional y acabe con un movimiento en ciernes. Parece que al gobierno no le preocupa demasiado que la gente marche, grite, escriba indignada sobre un tema durante un periodo de tiempo, ¿será que

ya nos tienen bien medidos, que ya saben que nosotros nos cansamos antes y que por unos meses pueden contener marchas, asambleas, protestas, porque pronto llega diciembre y cada quien se va a su casa, y las consignas se tornan en villancicos?

Y es que aunque suene inverosímil —en un mundo con un dejo de coherencia— que un Estado, a un año de distancia, no sólo no responda a las familias de 43 estudiantes qué pasó con sus hijos que estudiaban para ser maestros del Estado, sino que sorprende el carpetazo, el “vámonos a otro asunto”, sorprende el que parezca que el gobierno sí conoce a su pueblo, y sabe que a éste se le olvida pronto, que quedarán sólo unos cuantos haciendo ruido, pero nada grave, que se harán algunos documentales, coloquios y libros al respecto: he ahí la muestra de su magnanimidad, de su respeto y tolerancia a la libertad de expresión de su pueblo; ya si alguno se excede, un periodista, por decir, de ése sí se deshacen e inventan cualquier cosa, “un asalto a casa habitación”, por ejemplo.

Quizá lo que tiene que pasar ahora es que la sociedad se decepcione de sí misma y que a la gente le dé vergüenza verse a los ojos mutuamente, porque en realidad no le importa si matan al hijo del de junto; quizá cada familia tendría que tener un muerto o desaparecido para que sintamos en carne propia una indignación que sea duradera e irreprimible. De ser así, quizás no falte mucho tiempo para cambiar a la sociedad en que vivimos o al gobierno que finge gobernarnos.

NUESTRO TRABAJO

Manuel Gil Antón

Profesor investigador en el CES

El Colegio de México

mgil@colmex.mx

ME HA TOCADO SER PROFESOR. ES Y HA SIDO MI CHAMBA DESDE que tenía 25 años. Como todos, creo, he vivido buenas, malas, peores y mejores rachas. No ha estado mal. Al contrario, creo que es un quehacer noble sobre todo porque, mientras uno crece y ocurre que nos cubre el tiempo (ese invento del hombre que sirve como parámetro de la transformación de la materia) nuestros estudiantes tienen la misma edad cada año, pues son otros y nosotros no. Tampoco somos los mismos: cada inicio de cursos nos hacemos más añosos, que no viejos.

Por llorar y reír se hacen surcos en la cara. Quién sabe cuál sea la razón por la que algunos tenemos más blanco, y ralo tirando a poco, el pelo. Hubo un tiempo en que nuestros hijos tuvieron edad para enseñarles a caminar y otro en que, sin darnos cuenta, tuvieron la misma edad que los muchachos y muchachas que hallábamos en el salón de clases. Ahora se han hecho mayores.

Al abrir de nuevo los apuntes cuando inicia el semestre, preparamos las sesiones y sabemos que, a cierta hora y en tal aula — digamos el salón 5245, o el 308 que está en el Edificio F, pasando rectoría según se va al estadio o a la biblioteca— al abrir la puerta habrá bullicio, se tornará silencio y nos escucharemos: Buenos días, soy el profesor, ¿cómo están?

Pares de ojos, caras; en las manos algún lápiz y en el mesa banco un cuaderno, o al alcance una computadora en los nuevos tiempos. Respiran, parpadean, escuchan, o lo simulan bien mientras su mente está uncida al corazón y recuerda los besos que no han dado. Pero están, estamos.

Y al regresar a la casa, cuando aún viven con nosotros, hallamos a los que siendo nuestros hijos son alumnos de otros que son nuestros colegas. ¿Qué tal? ¿Cómo estuvo el día? Y hay ciertas noches, a veces, ratos en que el prodigio de la conversación se instala: quedan

a un lado las tareas, las novias y novios o los amigos, esos trabajos que urge calificar y hablamos. De cualquier cosa, o de cosas que no son cualquier cosa. Pero están, estamos.

Cuando crecen los hijos suelen irse y los alumnos se van: la vida los jala a otros lados. Se les echa de menos, claro, pero sabemos que están, estamos. Nos buscan, quedamos para comer unos tacos, los hallamos años después ya señores, ya señoras: trabajan y tienen hijos o no, no le hace. Empiezan, a fuerza de llanto y risa, los surcos en su cara a dibujarse antes de ser, como serán, grietas que dan cuenta de los años. Crecen. Pero están, estamos: sabemos que por ahí andan, saben que por acá o en algún otro lado estamos.

Alguien nos habla de ellos. Ellas escuchan de nosotros. Nos cuenta quien nos topó en el metro, que a la que era su novia la sigue viendo, y quien llega a pedirnos una carta para que lo recomendemos tiene consigo, en las alforjas de su memoria, los rumbos de sus compañeras y cuates. Nos pone al día. Están, estamos.

Desde el 26 de septiembre del año pasado, del maldito 2014, ando con susto: imagino llegar al salón y hallarlo vacío, con los pupitres llenos de polvo y olvido. Preguntar en el patio y no encontrar a nadie que me sepa dar razón de los pares de ojos, y caras, que me hacían ser profesor y me tienen huérfano de oficio desde que no los miro ni me miran. Regreso y abro la puerta, con esperanza, porque creí escuchar un ruido, pero no están y, por eso, no estamos.

Regreso a la casa y ni siquiera puedo imaginar qué sería de mí si no hallara a esas dos raíces que me tienen atado, y bien amarrado, a la tierra. No es que a mis años y a los suyos estén aún en su cuarto, pero algo supe de ellos en el día: un mensaje, un correíto, alguna llamada, la promesa de ir a La Lechuza el jueves en la noche... ¿Cómo vivir si no estuvieran ese par de esperanzas con nostalgia de futuro? ¿Es vida que pasen los minutos, las horas, días y meses sin saber si están, o no, si estamos o ya no?

Con el salón a solas y el hueco en la casa, o en la espera de, al llegar las vacaciones, verlos bajarse del autobús sonriendo al

vernos. Con el hueco donde no se puede estar ni están ellos, me cuesta trabajo imaginar que estoy vivo.

Y ahí, acá, están los padres, hermanos y hermanas, amigos, tíos y maestros de los estudiantes que les arrancaron sin aviso. A unos los destroza saberlos muertos, sin piel para desnudar, si es posible más, el oprobio de su muerte. A otros los lacera la peor de las parientas de la muerte, incluso más canija que la parca: la incertidumbre cierta que teme lo peor un minuto, y al otro piensa que a lo mejor están, y en una de esas podrán decir, de nuevo, estamos.

Pero no: la verdad histórica se cae a pedazos, los culpables están a buen resguardo y la autoridad miente, miente, miente... Incluso —sin vergüenza ni respeto— se dice indignada cuando lo que tenía que hacer, cuidar su vida, les pareció innecesario. ¿Homicidas por omisos? No sé si valga jurídicamente lo que he escrito, pero lo escribo y los acuso de omisos homicidas.

No se vale dejar salones vacíos, casas con cuartos a la espera desesperada ni abrazos al aire que no se resignan a bajar la guardia del coraje y las ansias por sentirlos otra vez estar estando. Hay que recordar, meterlos de nuevo en el corazón y desde ahí exigir, sin que pase nunca el tiempo suficiente, justicia. Elemental justicia. Y elemental coherencia: no mientan. Con la esperanza y el horror mentir es inhumano, y lo están haciendo.

No, señor presidente: de nuestra cuenta corre, aunque sea tan pequeña en haberes, que no daremos vuelta a la página como nos pide. Dele vuelta a la página de su indecencia, que el viento de la justicia nuestra, no la de su fiscalito a modo, se la volverá a regresar intacta. No, señores autoridades: hicieron fosas para guardar su dinero y su dignidad. Hay que abrir fosas, cárceles, cuarteles y sótanos para saber lo que les hicieron a los muchachos y ustedes esconden. Sí, porque esconder no es nada más callar lo que saben, que no es poco: esconder también significa retirarse de falta.

Nuestro trabajo, así empecé a escribir estas palabras que me calan, es ser profesores. La parte más honda del oficio es compartir

con nuestras estudiantes y sus compañeros que la capacidad de indignación es la raíz de la rebelión ética, así como la capacidad de asombro es el cimiento del saber y las preguntas.

Y que para estar del lado de la historia donde es humano lo que pasa, y por ello nada ajeno, es preciso que cuando a alguien lo quiten de las coordenadas para hallarlo, como a los 43 que andamos echando de menos, el imperativo sustancial sea poner en ese sitio a los que queremos (no a *algunos otros* ajenos a nuestras querencias) y desde el dolor de no alcanzarlos a ver, y la añoranza de poder decir que están, estamos, salgamos a la calle, escribamos, pongámonos de acuerdo para hallarlos. Y si esa esperanza se derrumba, digo, es un decir, hagamos el acuerdo para que no queden sin castigo los culpables, ni los irresponsables de la justicia, ni los que celebran, en los Pinos, a un gobierno que no tiene ni la más elemental decencia. Sí, miserables: han hecho, como dicen, algo de gran calado: una herida profunda.

No tienen ni idea del tamaño de la afrenta, del trancazo, del insulto de su conmisericordia hipócrita. No es que no entiendan que no entienden: es que no pueden sentir lo que les es ajeno, y nos es propio: cada muchacho es nuestro alumno, cada muchacho es nuestro hijo, cada madre y padre somos nosotros. Y cada estudiante a quien podamos tratar, será su compañero, su compañera.

Educar es aprender que lo peor es el olvido.

TRAZOS POR AYOTZINAPA

Rodrigo Rosas

contactorkaos@gmail.com

p. 10

Raúl Mono

Licenciado en Diseño y Comunicación Visual

FAD, UNAM

behance.net/el mono

En portada y p.16

Gonzálo Fontano

Licenciado en Diseño y Comunicación Visual

FAD, UNAM

facebook.com/gonzalofontanoilustracion

p. 94

Francisco Torres Beltrán

Licenciado en Artes Visuales, FAD

UNAM

behance.net/tatsudoodles

p. 166

Rodrigo Padilla López, *RoPaLo*

Licenciado en Diseño de la Comunicación Gráfica

UAM Azcapotzalco

behance.net/rodrigopadillalopez

p. 238

Leo Monzoy

Licenciado en Diseño y Comunicación Visual

FES Cuautitlán, UNAM

[lacoladegolondrina@hotmail](mailto:lacoladegolondrina@hotmail.com)

p. 294



BIBLIOGRAFÍA

- Agencia EFE.* (2008, diciembre 26). Otro golpe al cartel de los Beltrán Leyva.
- El sur de Acapulco.* (2008, mayo 6). Un personaje ligado al PRI, el ejército y las policías. Recuperado de http://el-suracapulco.com.mx/nota1e.php?id_notas=37684
- CNN México.* (2010, agosto 30). La PGR confirma la detención de la Barbie.
- , (2010, febrero 12). De alcalde priista y líder ganadero a jefe del narcotráfico en Guerrero. Recuperado de <http://mexico.cnn.com/nacional/2010/02/12/la-ssp-detiene-a-el-roga-presunto-autor-de-la-muerte-de-digna-ochoa>
- El Universal.* (2012, diciembre 16). La estela de muerte del jefe de jefes. Recuperado de <http://archivo.eluniversal.com.mx/notas/646337.html>
- Reforma.* (2015, enero 28).
- La Jornada.* (2015, enero 30).
- A., S. J. J. (2012). *Spies, Politics and Power. El Departamento Confidencial en México, 1922-1946.* Texas: TCU Press.
- Abrams, P. (2015). Notas sobre la dificultad de estudiar al Estado. En A. P. et al. (ed.), *Antropología del Estado.* México: FCE/Umbrales.
- A. G. Sharma, Akhil (ed.) (2006). *The Anthropology of the State: A Reader.* Malden, MA; Oxford: Blackwell Pub.
- Aguayo, S. (1998). *1968. Los archivos de la violencia.* México: Grijalbo.
- Aguayo, S. (2001). *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia*

- en México*. México: Grijalbo.
- Aguayo, S. (2007). Fox y el pasado. La anatomía de una capitulación. *Foro Internacional*, 190(XLVII), 709-739.
- Aguayo, S. (2015, abril 29). El CISEN y el AGN. *Reforma*.
- Agudo Sanchíz, A. E. S., Marco (coords.). (2011). *(Trans)formaciones del Estado en los márgenes de Latinoamérica : imaginarios alternativos, aparatos inacabados y espacios transnacionales*. México: El Colegio de México/Universidad Iberoamericana.
- Agudo Sanchíz, A. E. S., Marco (coords.). (2014). *Formas reales de la dominación del estado. Perspectivas interdisciplinarias del poder y la política*. México: El Colegio de México.
- Al Hussein, Z.R. (2015), *Declaración del Alto Comisionado de la onu para los Derechos Humanos, Zeid Ra'ad Al Hussein, con motivo de su visita a México*, recuperado de: http://www.hchr.org.mx/index.php?option=com_k2&view=item&id=767:declaracion-del-alto-comisionado-de-la-onu-para-los-derechos-humanos-zeid-ra-ad-al-hussein-con-motivo-de-su-visita-a-mexico&Itemid=265
- Astorga, L. (1996). *El siglo de las drogas: usos, percepciones y personajes*. Mexico: Espasa.
- Astorga, L. (1999). *Drug Trafficking in Mexico: A First General Assessment*. París: UNESCO.
- Astorga, L. (2007). *Seguridad, traficantes y militares: el poder a la sombra*. México: Tusquets.
- Aviña, A. (2007). *Specters of Revolution: Peasant Guerrillas in the Cold War Mexican Countryside*. Oxford: Oxford University Press.
- Boccia Paz, A. (ed.) (2002). *En los sótanos de los generales. Los documentos ocultos del Operativo Cóndor*. Asunción: Expolibro-Servilibro.
- Bravo Regidor, C. (2014, noviembre 4). Menos Hobbes, más Maquiavelo. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversalmas.com.mx/editoriales/2014/11/73158.php>
- Bravo Regidor, C. J. M. (2015, febrero, 18). Después de Ayotzinapa 5. ¿Fue el Estado?, *Horizontal*. Recuperado de <http://horizontal.mx/despues-de-ayotzinapa-5-fue-el-estado/>

- Camacho, Z. (2008). La resistencia de las normales rurales. *Revista Contralínea*. Recuperado de <http://www.contralinea.com.mx/archivo/2008/abril/htm/resistencia-normales-rurales.htm>
- Campos, I. (2012). *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*. North Carolina: North Carolina University Press.
- Cárdenas, L. (1978). *Mensajes y discursos 1928-1940*. México: Siglo XXI.
- Celedonio Serrano, M. (1987). Entrevista realizada por Tomás Bustamante Álvarez, noviembre de 1986. En Bustamante (ed.), *Historia de la Cuestión Agraria Mexicana. Estado de Guerrero 1867-1940*. México: Gobierno del Estado de Guerrero/Universidad Autónoma de Guerrero.
- CNDH. (2015). *Estado de la investigación del "Caso Iguala"*. México: CNDH/Oficina Especial para el "Caso Iguala".
- Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C. (2015). *Información Relacionada al Acceso a Documentos del CISEN en AGN y Fuentes Relacionadas*. Recuperado de <https://ceasmexico.wordpress.com/2015/03/30/informacion-relacionada-al-acceso-a-documentos-del-cisen-en-agn-y-fuentes-relacionadas/>
- Comverdad. (2014). *Informe Final de Actividades de la Comisión de la Verdad del Estado de Guerrero (i)* Recuperado de http://www.cedema.org/uploads/Comverdad_1.pdf
- Comverdad. (2014a). *Informe Final de Actividades de la Comisión de la Verdad del Estado de Guerrero (ii)* Recuperado de http://www.cedema.org/uploads/Comverdad_2.pdf
- Dahl, R. (1988). *On Democracy*. New Haven, Ct: Yale University Press.
- de Mauleón, H. (2010, febrero 1). La ruta de sangre de los Beltrán Leyva. *Nexos*.
- de Mauleón, H. (2014, julio 1). La pulverización de los cárteles. *Nexos*.
- de Mauleón, H. (2014, octubre 23). El negocio detrás de Iguala. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversalmas.com.mx/columnas/2014/10/109430.php>
- Enciso, F. (2009). Régimen global de prohibición, actores criminalizados y la cultura del narcotráfico en México durante la

- década del setenta. *Foro Internacional*, 27(3), 595-637.
- Enciso, F. (2010). Los fracasos del Chantaje: régimen de prohibición de drogas y narcotráfico. En A. A. y M. Serrano (ed.), *Seguridad nacional y seguridad interior* (pp. 61-104). México: El Colegio de México.
- Enciso, F. (2015). *Nuestra historia narcótica: pasajes para (re)legalizar las drogas en México*. México: Penguin Random House Mondadori.
- Escalante Gonzalbo, F. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. México: El Colegio de México.
- Fiorentini, G. P., S. (1995). *The Economics of Organised Crime*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Flores, C. A. (2005). *El Estado en crisis: crimen organizado y política, desafíos para la consolidación democrática*. (Tesis de doctorado), UNAM, México.
- Gambetta, D. (1993). *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*. Cambridge: Harvard University Press.
- García Morales, A. e. a. (2005). La Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado. En R. R. G. (coord) (ed.), *Entre la memoria y la justicia. Experiencias latinoamericanas sobre la Guerra Sucia y la defensa de Derechos Humanos*. México: UNAM.
- GIEI. (2015). *Informe Ayotzinapa. Investigación y primeras conclusiones de las desapariciones y homicidios de los normalistas de Ayotzinapa*. Recuperado de <http://prensagieiyotzi.wix.com/giei-ayotzinapa#!informe-/c1exv>
- Gillingham, P. (verano 2006). Ambiguos Missionaries: rural teachers and States facades in Guerrero, 1930-1950. *Estudios Mexicanos*, 22(2), 331-360.
- Goldcorp. *Activos sin paralelo, Minas y Proyectos*. Recuperado de <http://www.goldcorp.com/Spanish/activos-sin-paralelo/minas-y-proyectos/Latinoamerica/Operations/Los-Filos/vision-general-y-puntos-destacados-de-las-operaciones/default.aspx>
- Gómez, J., F. (1978). *Aceites, jabones y multinacionales*. México: Ediciones Nueva Sociología.

- Gomezjara, F. A. (1979). *Bonapartismo y lucha campesina en la Costa Grande de Guerrero*. México: Ed. Posada.
- Grillo, I. (2012). *El narco: en el corazón de la insurgencia criminal mexicana*. México: Urano.
- Grillo, I. (2015, abril 22). Mexico's drug cartels make millions robbing multinational corporations. *Los Angeles Daily News*. Recuperado de <http://www.dailynews.com/general-news/20150422/mexico-drug-cartels-make-millions-robbing-multinational-corporations>
- Hernández, A. (2010). *Los señores del narco*. México: Random House Mondadori.
- Hernández Castillo, R. A. (2015, enero). Violencia y militarización en Guerrero: antecedentes de Ayotzinapa. *Ichan Tocolotl*, 25(293).
- Hernández, E. (2014, octubre 7). Ofrece Presidente: no habrá impunidad. *Reforma*.
- Hope, A. (2010). Violencia 2007-2011. La tormenta perfecta. *Nexos*.
- Hurtado Tomás, P. *Una mirada, una escuela, una profesión: Historia de las escuelas Normales 1921-1984*. Recuperado de http://biblioweb.tic.unam.mx/diccionario/htm/articulos/sec_27.htm
- Illiades, C. S., Teresa. (2014). *Estado de guerra: de la guerra sucia a la narcoinsurgencia*. México: ERA.
- Illiades, E. (2014, octubre 20). Iguala: el polvorín que nadie olió. *Nexos*.
- Inclán Fuentes, C. (2013). *Perote y los nazis: las políticas de control y vigilancia del Estado mexicano a los ciudadanos alemanes durante la segunda Guerra Mundial (1939-1946)*. México: UNAM/Gobierno del Estado de Veracruz.
- Initiative, O. S. J. (2015). *Justicia fallida en el estado de Guerrero*. Recuperado de: <https://www.opensocietyfoundations.org/sites/default/files/justicia-fallida-estado-guerrero-esp-20150826.pdf>
- Jelin, E. y L. D. S. (2002). *Los archivos de la represión. Documentos, memoria y verdad*. Madrid: Siglo XXI.
- Jovenesemergencia.org. (2015). *Ayotzinapa y Tlatlaya. Geopolítica, ocupación del país y terrorismo de Estado*. Recuperado de <http://>

- jovenesemergencia.org/mapas/geopolitica-ayotzinapa-tlatlaya/index.php
- Knight, A. (2012). Narco-Violence and the State in Modern Mexico. En W. G. Pansters (ed.), *Violence, Coercion, and State-Making in Twentieth-Century Mexico: The Other Half of the Century*. California: Stanford University Press.
- Knight, A. (2014). Guerra, violencia y homicidio en el México moderno. *Clivajes*, 1(enero-junio).
- Kyle, C. (2015, enero). *Violence and Insecurity in Guerrero*. Washington/San Diego: Woodrow Wilson/University of San Diego.
- Lessing, B. (2014). Logics of Violence in Criminal War. *Journal of Conflict Resolution*, versión publicada en línea antes del impreso, 1-31.
- Merino, J. M., Antonio. (2014, octubre 28). Iguala: por qué fue el Estado. *Animal Político*. Recuperado de <http://www.animalpolitico.com/blogueros-blog-invitado/2014/10/28/iguala-por-que-fue-el-estado/>
- Miranda Ayala, A. (2014, septiembre 28). Por fin se pone orden. *Diario de Guerrero*. Recuperado de <http://www.diariodeguerrero.com.mx/secciones/noticias-del-dia/1905-por-fin-se-pone-orden>
- Montemayor, C. (1991). *Guerra en el paraíso*. México: Diana.
- Mora, M. (2015, enero). Ayotzinapa, violencia y sentido del agravio colectivo: reflexiones para el trabajo antropológico. *Ichan Tecolotl*, 25(293).
- Morales, A. (2008, julio 6). DFS, de centro de tortura a hotel. *El Universal*. Recuperado de <http://archivo.eluniversal.com.mx/nacion/160768.html>
- Morelos, R. A., J.; Castillo, G. (2009, diciembre 17). Muere Arturo Beltrán Leyva en Morelos al enfrentar elementos de la Armada. *La Jornada*.
- Navarro, A. W. (2010). *Political Intelligence and the Creation of Modern Mexico, 1938-1954*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.

- Nora, P. (1996). *Realms of Memory. The Construction of the French Past*. Nueva York: Columbia University Press.
- Olivares, E. J. V. (2013, enero 3). Detienen en Sinaloa a Cartlos Beltrán Leyva, hermano de El jefe de jefes. *La Jornada*.
- Ortega Galindo, A. (2015). Sobre el parcial cierre del archivo de la DFS en el Archivo General de la Nación. *Vertical*. Recuperado de <http://verticalmex.com/sobre-el-parcial-cierre-del-archivo-de-la-dfs-en-el-archivo-general-de-la-nacion/>
- Padgett, H. (2014, octubre 11 y 12). Guerrero en llamas: cómo inició el fuego, parte I. *Sin Embargo*. Recuperado de <http://www.sinembargo.mx/11-10-2014/1136286>
- Padilla, T. (2014, octubre 4). La criminalización de los normalistas rurales. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/10/04/la-criminalizacion-de-los-normalistas-rurales-tanalis-padilla-7283.html>
- Paxman, A. (2015). Crisis en el Archivo General de la Nación. México. *Arena Pública*. Recuperado de <http://arenapublica.com/blogs/andrew-paxman/2015/04/06/3427>
- Peña Nieto, E. (2014, noviembre 7). *Mensaje del Presidente Peña Nieto tras los hallazgos de la investigación sobre el caso Ayotzinapa* [Press release]. Recuperado de <http://www.presidencia.gob.mx/multimedia/mensaje-del-presidente-pena-nieto-tras-los-hallazgos-de-la-investigacion-sobre-el-caso-ayotzinapa/>
- Peña Nieto, E. (2014, noviembre 27). *Todos somos Ayotzinapa* [Press release]. Recuperado de <http://www.presidencia.gob.mx/todos-somos-ayotzinapa/>
- Pérez Alfaro, M. M. (2015). Archivo, censura, memoria. *El presente del pasado*. Recuperado de <http://elpresentedelpasado.com/2015/04/16/archivo-censura-memoria/>
- Rivera Mir, S. (2014). El archivo y la construcción de lo “confidencial” en los inicios del México posrevolucionario. *Trashumante*, 4, 44-63.

- Sánchez, A. (2015, marzo 23). En riesgo, inversión de 4 mil mdd de mineras extranjeras en Guerrero. *El Financiero*. Recuperado de <http://www.elfinanciero.com.mx/empresas/en-riesgo-mil-mdd-de-empresas-mineras-foraneas-en-guerrero.html>
- Sanval, V. (2014, noviembre 19). Radiografía de las organizaciones criminales en Guerrero. *Animal Político*. Recuperado de <http://www.animalpolitico.com/blogueros-causa-en-comun/2014/11/19/radiografia-de-las-organizaciones-criminales-que-operan-en-guerrero/>
- Schelling, T. (1984). *Choice and Consequence: Perspectives of an Errant Economist*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Serrano, M. (2012). States of Violence: State-Crime Relations in Mexico. En W. G. Pansters (ed.), *Violence, Coercion, and State-Making in Twentieth-Century Mexico: The Other Half of the Century* (pp. 135-158). California: Standford University Press.
- Tilly, C. (1990). *Coercion, Capital and European States, AD 990-1992*. Oxford: Blackwell.
- Tilly, C. (2007). *Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Treviño Rangel, J. (2007). La transparente manera de negar información. En J. F. et al (coord.) . *Derecho a saber. Balance y perspectivas cívicas*. México: Fundar, Centro de Análisis e Información.
- Ursúa, F. E. (1978). *Las luchas de los copreros guerrerenses*. México: Editora y Distribuidora Nacional.
- Valdés, G. (2013). *Historia del narcotráfico en México*. México: Aguilar.
- Valdez, C., A. Méndez. (2008, enero 21). Detienen a El Mochomo, brazo derecho del Chapo Guzmán. *La Jornada*.
- Varese, F. (2011). *How Organized Crime Conquers new Territories*. Princeton: Princeton University Press.
- Veledíaz, J. (2012, abril 21). Acosta Chaparro: Las deudas de un boina verde. *Animal Político*. Recuperado de <http://www.animalpolitico.com/2012/04/acosta-chaparro-las-deudas-de-un-boina-verde/>
- Veledíaz, J. (2013, septiembre 8). El día que Culiacán conoció

BIBLIOGRAFÍA

- a Medellín. *La Pared*. Recuperado de <http://laparednoticias.com/el-dia-que-culiacan-se-unio-a-medellin-colombia/>
- Verduzco, C. e. I. C. (2008). *Informe histórico presentado a la Sociedad Mexicana: fiscalía especial FEMOSPP*. México: Comité 68 Pro-Libertades Democráticas.
- Vicente Ovalle, C. (2015). *Archivo: entre historia, democracia e impunidad*. Recuperado de http://camilovicente.com/wp-content/uploads/2015/05/Archivo_entre-_historia_democracia_impunidad.pdf

Sociedad de Estudiantes
de El Colegio de México